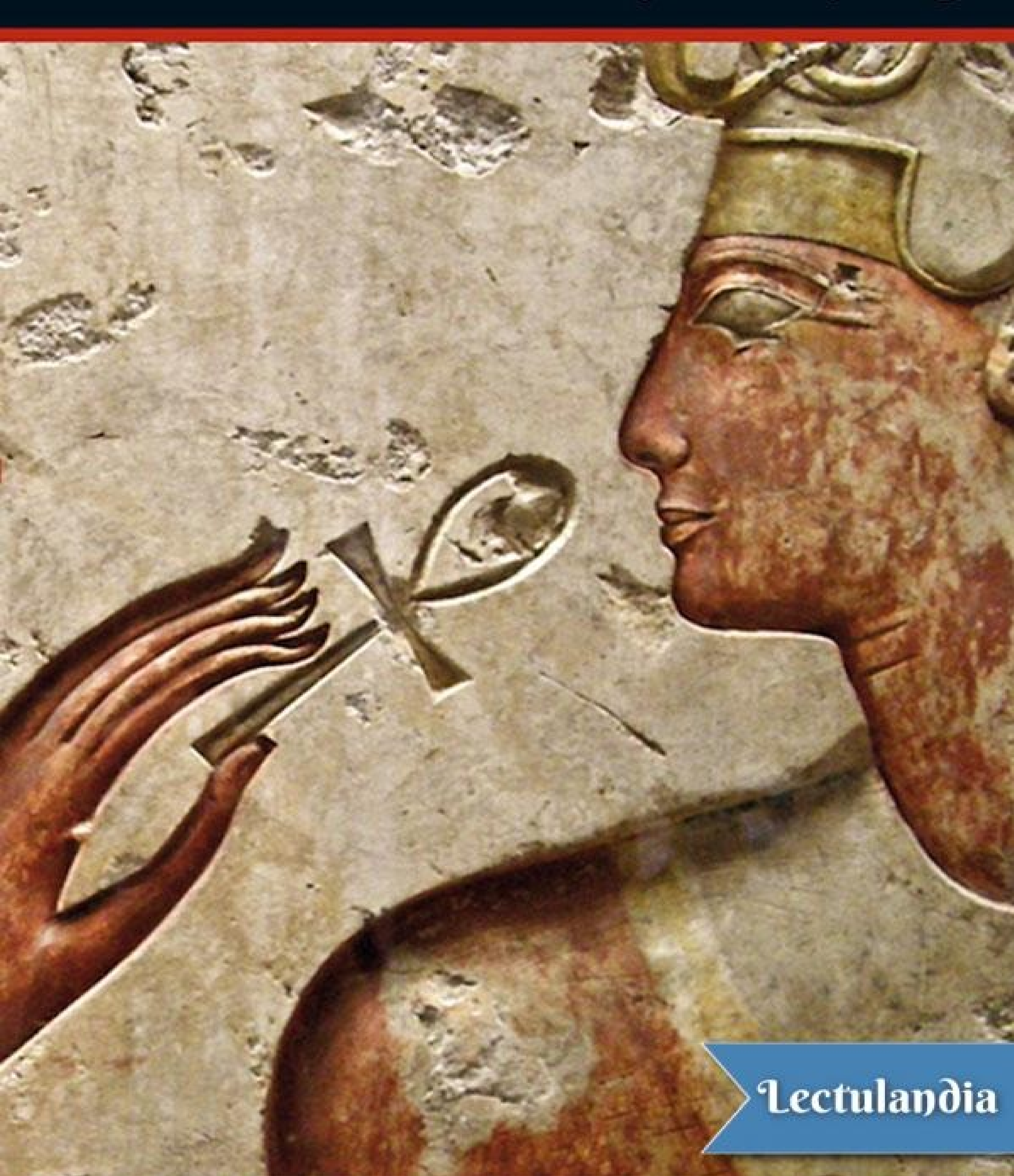
El Egipto de los magos

Edición de Emili Olcina

Rudyard Kipling



Kipling viaja a Egipto y visita el Sudán entre invierno y primavera de 1913 movido por el deseo de «descubrir el sol», y los juegos de luces y sombras darán las páginas más llamativas de un texto que varias veces proporciona ejemplos modélicos de impresionismo literario y casi se diría que pictórico. Sus descripciones del desierto o de los colosos de Abu Simbel hacen que el texto literario adquiera las propiedades de las más límpidas imágenes visuales, o en las necrópolis egipcias hace sentir la humedad, la opresividad y los ecos y resonancias en las cámaras y pasadizos subterráneos de las tumbas labradas en la roca y a la vez transmite el encanto de las escenas de la vida cotidiana representadas en sus paredes.

Pero Kipling viaja también para conocer los peligros que amenazan el dominio de Gran Bretaña en sus colonias norteafricanas. Más allá de la brillantez paisajística, su texto remite a la formación, en el norte de África, de movimientos anticolonialistas que, ceñidos entonces a la lucha por la soberanía nacional, se situaban ya en la línea que lleva a la lucha por la soberanía popular en las revoluciones democráticas desencadenadas en 2011.

Rudyard Kipling

El Egipto de los magos

ePub r1.0
Titivillus 24.11.2021

Título original: *Egypt of the Magicians*
Rudyard Kipling, 1914
Traducción: Emili Olcina
Prólogo: Emili Olcina

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1


Pero los magos de Egipto hicieron otro tanto
con sus encantamientos.

Éxodo 7, 22

Nota a la edición

Los capítulos de *El Egipto de los magos (Egypt of the Magicians)* fueron publicados serialmente, en siete partes, en dos revistas: *Nash's Magazine*, entre junio y diciembre de 1914, y *Cosmopolitan Magazine*, entre julio (las dos primeras partes) y diciembre del mismo año. El texto íntegro se publicó en libro en las ediciones de obras de Kipling llamadas *Scribner's* (1916-1920), *Uniform* (1899-1947) y *Sussex Edition* (póstuma, 1937-1939, pero revisada por Kipling), siendo esta última la que se considera definitiva de los textos incluidos en ella y, por lo tanto, también del texto de *El Egipto de los magos*.

En esta edición (la primera en lengua castellana) se incluye la totalidad de los elementos verbales que figuraron en unas u otras de las ediciones de la obra aprobadas por Kipling. Los versos iniciales de seis de las partes figuraron en *Cosmopolitan Magazine* pero no en las restantes ediciones. Los títulos de las partes III a VII que constaron en *Nash's Magazine* no figuraron en el resto de las ediciones, y se dan, junto con su traducción, en notas a pie de página. En *Cosmopolitan* el título de cada entrega fue el general de la obra seguido del número en romanos. Los títulos definitivos de los capítulos aparecieron en las ediciones en libro.

Dado que Kipling no se detiene a explicar los hechos que eran de conocimiento común en el tiempo de su viaje (1913) pero no hoy, y dado el tono ligero que a veces reduce a pinceladas las referencias al Egipto antiguo, se aportan, tanto en un caso como en el otro, en notas a pie de página los datos necesarios para la lectura sin trabas del texto.

Prólogo

1. Motivos para un viaje

Kipling viaja a Egipto y el Sudán entre invierno y primavera de 1913 movido, según dice, por el deseo de «descubrir el sol», y es cierto que los juegos de luces y sombras darán las páginas más llamativas de un texto que varias veces (en especial en las descripciones del desierto y de Abu Simbel) proporciona ejemplos modélicos de impresionismo literario y casi se diría que pictórico.

Pero el motivo real de Kipling para viajar a Egipto y el Sudán es la esperanza de disipar su temor a que, tras las guerras balcánicas de 1912-1913, la aceleración del derrumbe del Imperio otomano altere el orden mundial en detrimento de un ya precario dominio de Gran Bretaña en sus colonias del norte de África. Más allá de la brillantez paisajística, el texto de Kipling sobre el viaje remite a la formación, en el norte de África, de movimientos populares anticolonialistas que, si bien su horizonte se ceñía a la conquista de la soberanía nacional, se situaban en la línea que llevará a la lucha por la soberanía popular en las revoluciones democráticas desencadenadas en 2011.

2. Luchas anticoloniales

Egipto fue, desde la expedición napoleónica de 1798, una encrucijada de influencias de las potencias europeas. Con la construcción del canal de Suez (inaugurado en 1869), las presiones sobre su soberanía se acentuaron hasta tal punto que la perdió, convirtiéndose (de hecho, no de derecho) en colonia británica y francesa en 1875. Desde aquel año se multiplicaron los mecanismos del control anglofrancés de los resortes del poder político en Egipto. Y ya en 1879 se había desatado un movimiento independentista egipcio, protagonizado por el campesinado y el ejército, que no pudo ser aplastado sino en una guerra, en 1882, que los franceses dieron por perdida y en la que por unas horas, en la batalla de Kassassin, el ejército británico bordeó la derrota.

En el tiempo de la visita de Kipling, los sentimientos antibritánicos se habían avivado en Egipto tras el incidente de Denshawai, un pueblo donde unos años antes, en 1906, un pasatiempo de tiro al pichón de un grupo de oficiales británicos había derivado en disparos contra campesinos egipcios, dos de los cuales, tras un juicio inicuo, fueron ahorcados delante de sus casas, y muchos otros azotados y encarcelados, por haber increpado a sus agresores hasta hacerlos huir. La atrocidad de Denshawai, con la que el Gobierno británico había querido paralizar por el miedo el independentismo egipcio, tuvo el efecto inverso de contribuir a la gestación del movimiento que desembocó en la revolución egipcia de 1919 y en la declaración, en 1922, de una independencia que acabó de consumarse tres décadas más tarde con el derrocamiento de la monarquía títere del Gobierno británico por la revolución nacionalista y socialista de 1952.

El Sudán había sido el escenario de las peores humillaciones sufridas por Gran Bretaña en toda su historia militar. Más que un país, el Sudán era un montaje colonial que abarcaba un subcontinente tan diverso en culturas, idiomas y religiones que costaba siquiera imaginar que surgiese en él un movimiento de signo nacional, pero el sentimiento anticolonial engendró uno que se canalizó a través del movimiento ascético islámico del Mahdi (el Guía o Redentor). Entre 1881 y 1885, los combatientes sudaneses (los «derviches», según los llamaron desde su bando opuesto), mal armados, barrieron del campo de batalla a varios ejércitos británicos, y en 1885 tomaron Jartum, venciendo y dando muerte a un héroe del colonialismo británico, el general Gordon. Entre 1885 y 1896, las fuerzas de un Sudán independiente mantuvieron a los británicos confinados en el enclave de Suakin, en la costa del mar Rojo.

No fue hasta 1898, al cabo de dos años de una segunda guerra, que un ejército británico impuso de nuevo al Sudán el sojuzgamiento colonial. La guerra se alargó hasta finales de 1899 y, dice Kipling, en los tiempos de su visita al norte del Sudán, en 1913, «en las provincias más cercanas el viejo juego excitante deb[ía] continuar todavía». Aun sin contar con los restos de lucha armada, la hostilidad sudanesa a la colonización debía ser en 1913 lo bastante seria para que Kipling profetice amargamente el día en que sonará de nuevo el grito de «el Sudán para los sudaneses». La independencia llegó por segunda vez en 1956.

No solo el colonialismo británico era precario en el norte de África. Las actividades de «pacificación», eufemismo que maquillaba la imposición bélica del sojuzgamiento colonial, fueron incesantes. Por no hablar de

insurrecciones y resistencia civil y política, sino únicamente de conflictos bélicos a gran escala en África del norte dentro del período evocado por Kipling en la obra, a las guerras en Egipto en 1882 y en el Sudán entre 1881 y 1899 se suman la perduración de la lucha armada contra Francia iniciada en Argelia en 1830, la guerra de 1893 contra España y la de 1911 contra Francia en Marruecos, y el año antes del viaje de Kipling, en 1912, terminaba, tras ocho años, una guerra contra Francia en Mauritania, pero empezaba una más contra España en Marruecos y otra contra Italia en Libia, ambas destinadas a durar décadas. En no pocas batallas y campañas, en todas esas guerras, los ejércitos coloniales llevaron la peor parte. Y entre 1895 y 1896, las fuerzas etíopes habían derrotado aplastantemente a los ejércitos de invasión italianos.

La lección de las guerras norteafricanas para los imperialistas era evidente: miremos de evitar la guerra con los «nativos», no por amor a la paz sino porque podemos perderla. La «pacificación» colonial alternativa a la acción militar consistía en un feroz paternalismo policial, pero el sueño de paz del colonialista bienintencionado había de ser similar a una fantasía sadomasoquista: que los «nativos» se recreasen en su propio sojuzgamiento.

Kipling quiere creerse que en Egipto y el Sudán reina una paz estable que sería imposible sin el consentimiento «nativo» del régimen colonial. Insiste una y otra vez en su condición de turista y no de viajero. ¿Hay turismo donde no hay paz estable? Después de la imposición armada al Sudán y a Egipto de la que él venera como la sagrada Ley imperial británica, Kipling aspira a una «pacificación» incruenta y pone en marcha una estrategia turística de dominación colonial.

3. La orientalización de Oriente

Un requisito ineludible para imponer la propia Ley a un país ajeno es la elaboración de un discurso legitimador según el cual *ellos* deben estar sometidos a *nosotros*. Y, en este punto, el discurso colonialista ya ha llegado a su máximo refinamiento: basta con que haya un «ellos», y cae por su propio peso que sería intolerable que *nosotros* nos hubiésemos de atener a *sus* maneras de ver y de hacer.

El barco con el que Kipling viaja a Egipto une a la India con Inglaterra y su tripulación es mixta. Apenas sube a bordo, al cabo de veinte años fuera de su India natal, Kipling se siente en casa porque los tripulantes «nativos» lo tratan como «sahib». Simpatiza con ellos, pero «ellos» son *ellos*. Así es la Ley. Se cuenta, en una de las anécdotas con que los «sahibs» combaten el

tedio de la navegación, que un juez «nativo» «fingía reflexionar de acuerdo con las pautas occidentales», y con esa mala imitación empieza y termina el acercamiento igualitario entre los «nativos» y «nosotros». Ya en el barco, Kipling reencuentra Oriente invocando una y otra vez la Ley que traza la frontera entre «sahibs» y «nativos», «blancos» y «negros», «occidentales» y «orientales»: entre «nosotros» y «ellos».

Los orientales son «ellos». Y Oriente, más que un área geográfica de contornos difusos cuyos confines, según Kipling, pueden intuirse incluso en Venecia o en los Alpes, es por encima de todo el espacio imaginario capaz de alojar a todos los «ellos» del mundo. Asia, dice Kipling, es hija del matrimonio formado por el junco que navega en los mares chinos y el dhow que lo hace en las aguas árabes. Tan «oriental» es una embarcación como la otra, tan «oriental» es un egipcio como un manchú, y uno y otro son tan «orientales» como un esquimal o un tahitiano, pese a que no tienen, ni en idioma, ni en historia, ni en cultura, ni en creencias, ni en arte, ni en entorno social o climático, ni en vestuario, ni en gustos culinarios, más parecidos entre sí que cualquiera de ellos con un inglés. ¿Cómo meterlos a todos en el mismo saco que al resto de los «orientales», entre los cuales figurarán desde el sultán otomano y el monje tibetano hasta el cazador de cabezas de Borneo? A falta de mejor, *su* rasgo común será de tipo estético: «ellos» y sus entornos son *exóticos* y *pintorescos*.

Y si antes los límites de Oriente eran elásticos para que cupieran dentro todos los «nativos», ahora, en Egipto, estallidos de exotismo permiten trazar «la división entre Oriente y Occidente», dice Kipling, «con una exactitud impresionante»: se llega a Oriente cuando se pisa el jardín que tiene en Port Said la Compañía del Canal. Ahí, al lado del canal de Suez, empieza la nostalgia del país europeo que se deja atrás o, a la inversa, el «occidental» se siente acogido por «los buenos espíritus de Oriente» y entonces «las voces de los jardineros y de los vigilantes [del jardín] serán como los saludos de los sirvientes de su padre [en la India]». En El Cairo, el «sahib» tiene otro reconfortante encuentro con los «orientales» cuando los encuadra a «todos ahí, al pie de las palmeras cantarinas: mozos de cuadra, chicos de recados, mercaderes ambulantes, aguadores, barrenderos, vendedores de pollo». He aquí que, complementariamente a su exótico pintoresquismo, el «oriental» es definible por su condición *sociolaboral* como *subalterno*.

El «oriental» es el «otro» que está a «nuestro» servicio, es, por lo tanto, «inferior» y, dado que es «otro», es *diferente* y por ello exótico. El exotismo no es sino la dimensión estética del dominio del «blanco» sobre el «nativo».

La exotización de Oriente, la orientalización de Oriente, la ideación misma de Oriente, se revelan como la construcción fantasiosa sobre la cual se elabora el discurso legitimador de la imposición de la Ley «occidental» a los «orientales». Y la mirada turística, que se deposita selectivamente en pintoresquismos y exotismos, servirá a Kipling como un instrumento de discriminación colonizadora.

4. El turista victorioso

Kipling recorre Egipto y llega al Sudán remontando el Nilo a bordo de un vapor. En dirección inversa, Nilo abajo, esa es la ruta de las tropas británicas que abandonaron el Sudán en la guerra de 1881-1885, y Kipling evoca la Expedición del Nilo, que se retiró tras llegar tarde para evitar la caída de Jartum y la muerte de Gordon en 1885. Kipling, claro está, fue y volvió, pero no dice nada de *su* camino de vuelta: literariamente, su viaje es unidireccional, Nilo arriba, hacia el sur, África adentro. El intrépido turista no se retira como las viejas tropas vencidas, el turista redimirá el fracaso de la Expedición del Nilo.

Como Conrad quince años antes en *El corazón de las tinieblas*, Kipling remonta un río en dirección al centro de África. Pero Conrad, en el corazón de la selva, encuentra a un «blanco» contagiado de salvajismo «negro»: hay una invasión mutua de lo «negro» y lo «blanco» y el consiguiente caos de demencia y muerte. Con Kipling, en cambio, en el corazón de África, el caos es vencido por el acto turístico que conjura el peligro de lo «nativo» al reducir el salvajismo «negro» a un pintoresquismo decorativo dentro del orden imperial. Jartum era, quince años antes, en términos de Kipling, «un demencial infierno de asesinatos, torturas y lujuria» o, dicho de otro modo, la capital de un Sudán independiente cuyos combatientes habían derrotado una y otra vez a los ejércitos británicos. Ahora, el tren procedente de Jartum vierte en Wadi Halfa, el punto de enlace entre el Sudán y Egipto, no a tropas «blancas» que se retiran del Sudán vencidas y desmoralizadas, sino a «alegres» turistas «adornados (…) con cuernos, pezuñas, pieles, cueros, cuchillos y azagayas», y, en medio del alegre tumulto, una turista lamenta «la pérdida de su lanza derviche», y es que en los bazares de la excapital «nativa» se encuentran «curiosidades encantadoras». En el corazón de África no está el doble «horror» del Kurtz de Conrad, sino que hay *un bazar* orientalmente pintoresco en el que las armas con que los guerreros sudaneses causaban estragos entre las fuerzas británicas pierden sus propiedades letales al

transformarse en chucherías turísticas. Las armas sudanesas son ahora *souvenirs*, los demonios «nativos» han sido conjurados por medio de una trivialización turística que reemplaza a la represión armada como acto de afirmación del orden colonial.

5. El viaje paralelo del escritor

El turismo y la literatura de Kipling sirven a los intereses *imperiales* británicos, pero Kipling no se vende a los intereses *materiales* del colonialismo, de los cuales parece no tener la menor noticia. El Imperio de Kipling es *altruista*. ¿Hay mejor suerte para un «nativo» que someterse al arbitrio del *abnegado* funcionario colonial británico que, Kipling no se cansa jamás de repetirlo, *sacrifica* su comodidad, sus intereses, su salud, en aras del benéfico Imperio? Llegará el día, se lamenta Kipling, en que los sudaneses crean «sinceramente que ellos mismos consiguieron la vida fácil que fue comprada para ellos a tan alto precio». Los británicos soportaron, pues, el esfuerzo de dos décadas de durísima guerra en el Sudán con el fin de proporcionar a los sudaneses una «vida fácil». Los «nativos» deben gratitud, y no poca, al Imperio por haberse ocupado, añade Kipling, de «doblegar [al Sudán] a la cordura por una aplicación de la muerte a una escala que los más esforzados asesinos y torturadores no podrían ni siquiera soñar».

Reclamar gratitud a quienes se reprime con una saña de «torturador» o de «asesino», creer «sinceramente» que el Imperio martiriza a los «nativos» con una abnegación que enternece a Kipling cuando entona sus cánticos de adoración al funcionario colonial y los mata a veintenas de millares para que los supervivientes gocen de una «vida fácil», he aquí una mezcla de candidez y ferocidad que refleja la problemática coexistencia, en Kipling, del «sahib» y el escritor.

Kipling gesticula como un «sahib» a través de sus escritos y cree ser un «sahib» escritor, cuando es un escritor a pesar de ser un «sahib». Cualquier pasaje suyo puede estar manchado por un exabrupto racista, machista o clasista, porque el grosero «sahib» no anda nunca lejos del escritor, pero el escritor da la talla cuando el «sahib» cierra la boca.

Algo hastiado de la compañía de «blancos», Kipling pasea por el viejo El Cairo, el de las *Mil y una noches*, y disfrutamos no de la visión torcida de un «sahib» que mira por encima del hombro, sino de la mirada directa y limpia a lo que Kipling percibe como su «mundo real». Veintitantos años antes, perplejo ante la cultura «nativa» japonesa, Kipling dudaba si los japoneses

eran blancos o negros. El «sahib» se asustaba ante su lascivo salvajismo negro, pero el escritor es capaz de abrirse a «mundos reales» diferentes al suyo y, del mismo modo que admira la cultura japonesa, sabe que «allí donde hay musulmanes hay una civilización comprensible». La simpatía hacia el islam, el respeto por una cultura ajena, ayudan a Kipling, en El Cairo, a dejar al «sahib» en sus alturas y hacer que el escritor baje a ver el «mundo real» y alabe «a Alá por la diversidad de sus criaturas». «No compré nada», precisa: no hay espacio para el coleccionista de *souvenirs* cuando el escritor se deleita ante la variedad del tránsito humano y animal en «calles palpitantes», la llamada del muecín a la oración, las escenas de familia en patios frescos o la austeridad de una mezquita de ladrillo, hasta que, al anochecer, la ciudad se hace un juego de nieblas de colores y adquiere «una desgarradora semejanza con toda ciudad» que ese *escritor* «hubiese conocido y querido».

El «sahib», especializado en clasificar superioridades e inferioridades raciales, no tiene nada que opinar delante de diez millones de kilómetros cuadrados del materia mineral y, ante la fluidez de las filigranas de roca y arena y las variaciones cromáticas que cambian una y otra vez la imagen del desierto africano, el escritor, un hombre turbado por el atractivo de esa enormidad rocosa, lo describe como cuerpo sin alma, vampiro hembra, mujerzuela soez y deliciosa, danzarina cuyas formas se diluyen entre torbellinos de velos de colores vivos.

Tampoco tiene el «sahib» nada que decir sobre los egipcios de millares de años antes, porque ignora si eran «sahibs» o «nativos», y vuelve a ser el escritor quien, en Amarna, balbucea como medio eficiente de expresar su admiración por la grandeza revolucionaria del rey hereje y reformador moral, el monoteísta Ajenatón, se maravilla ante la genialidad del realismo del arte también revolucionario de su tiempo de reinado, hace sentir la humedad, la opresividad y los ecos y resonancias en las cámaras y pasadizos subterráneos de las tumbas labradas en la roca de Deir el-Bahari y el Valle de los Reyes y a la vez transmite el encanto de las escenas de la vida cotidiana representadas en sus paredes, o con su descripción de los juegos de luces cambiantes en los colosos de Abu Simbel al amanecer consigue que el texto literario adquiera mágicamente las propiedades de las más límpidas imágenes visuales.

Pese a su contigüidad con los grotescos pavoneos del «sahib», la imaginación del escritor, en Kipling, desborda los límites de la mentalidad colonial, deshace los tópicos del exotismo turístico y los transfigura en vivos paisajes literarios.

Emili Olcina, 2011

1. Viaje por mar

Por mucho que lo intente, no hay hombre que se escape
de su primer amor, no importa ella quien fuese.
Oh, ¿puede nunca un marino elegir libremente
quedarse donde sea si no es junto al mar?[1]

No había dejado Europa por ninguna otra razón que descubrir el sol, y corrían rumores de que podía darse con él en Egipto.

Pero no había comprendido qué más me encontraría allí.

Un barco de la P & O[2] nos sacó de Marsella. Un serang de lascars,[3] con silbato, pañuelo de cabeza y ondeante uniforme azul, trabajaba en la cubierta del equipaje. Alguien la pifió en el cabrestante. El serang lo llamó con un nombre que en sí mismo no era amable pero despertaba recuerdos deliciosos en el oyente.[4]

—Oh, serang, ¿este hombre es estúpido?

—Lo es, y mucho, sahib. Viene de Surat. Solo viene por la comida.

El serang sonreía; el surti[5] sonreía; el cabrestante volvió a funcionar, y las voces que gritaban: «¡Más abajo! ¡Parad!» eran familiares como el olor amistoso de la cocina de los lascars o los chasquidos de pies descalzos en la cubierta. De no haber sido por el paso impertinente de unos pocos años,[6] de buena gana hubiese ido sin dudarlo a compartir su arroz. Los serangs solían ser muy amables con los niños blancos por debajo de la edad de las castas.[7] Lo más familiar de todo era el barco mismo. Había resbalado fuera de mi memoria, y no había nada en las tarifas para recordármelo, que todavía quedaban barcos de hélice única[8] en el lucrativo negocio del tráfico de pasajeros.[9]

Unos pasajeros del Atlántico Norte acostumbrados a los barcos de verdad hicieron el descubrimiento, y estuvieron contentos como si fuesen turistas americanos en Stratford-on-Avon.[10]

—¡Oh! ¡Venid a ver! —exclamaban—. Tiene *una* hélice… ¡una sola! ¡Oíd, oíd el ruido que hace! Y, ¿*habéis* visto el granero viejo que tienen como sala? ¿Y la biblioteca de oficiales? Está abierta durante dos medias horas al

día entre semana, y una sola en domingo. Dejas un dólar y cuarto en depósito por cada libro. No nos hubiéramos perdido este viaje por nada del mundo. Es como viajar con Colón.

Vagaban por aquí y por allí, parlanchines, atónitos, y felices, porque desembarcaban en Port Said.[11]

Yo también exploré. Desde los manteles mal planchados, los vasos de vidrio grueso de cepillado de dientes para las bebidas y el desaseado despliegue de víveres en las comidas hasta las incómodas instalaciones del camarote sin cortinas donde, a la hora de tumbarse en el camastro, todavía no habían llegado las bandejas para el té matutino, el tiempo y el progreso no habían hecho mella en la P & O. Seamos justos: había ventiladores eléctricos en los camarotes, pero los ventiladores te los cobraban aparte; y circulaba el rumor, no comprobado, de que podías comer en cubierta o en tu camarote sin tener certificado médico. Todo lo demás respondía al viejo lema: *Quis separabit*, «Esto está muy separado del resto de las líneas».[12]

—A fin de cuentas —dijo un angloindio[13] a quien yo contaba cosas sobre los viajes oceánicos civilizados—, no les quieren, a ustedes, los visitantes de Egipto. Con *nosotros* van sobre seguro,[14] porque… —y me dio muchas razones convincentes relacionadas con los permisos, la economía, la ausencia de competencia y la propiedad de la franja costera de Bombay.[15]

—Pero es absurdo —insistí—. La empresa entera está anticuada. Hay en mi cubierta un aviso que prohíbe fumar y usar cerillas, y un lascar no sé qué hace con el cierre de una escotilla, delante de mi camarote, con una vela dentro de una linterna.

A todo eso, nuestra bañera de hélice única traqueteaba cautamente hacia Port Said, porque no llevábamos correo a bordo[16] y el Mediterráneo, exhausto después de un grave ataque de histeria en febrero, parecía una balsa de aceite.

Charlé un poco con un contramaestre escocés que se quejaba de que los lascars ya no eran como antes por su costumbre (pero era la que habían tenido siempre) de enrolarse por clanes o familias: toda clase de gente a la vez.

El serang decía que, en cuanto a *él*, no había observado ninguna diferencia en veinte años.

—Siempre hay hombres de toda clase, sahib. Y es así porque Dios hace a los hombres de esta manera y de aquella. No los corta a todos con el mismo patrón, no lo hace así en absoluto.

Me dijo, también, que las pagas subían, pero también los precios del ghee,[17] el arroz y los curris, y era malo para las esposas y las familias en

Porbandar.

—Y también esto es como es, y digamos lo que digamos no será de otro modo.

Después de Suez, el serang hubiera florecido en ropa delgada y largas charlas, pero el acre helor de la primavera lo pinchaba, del mismo modo que pensar en las despedidas recientes y en el trabajo por hacer helaba al contingente angloindio.[18] Poco a poco uno iba llegando a los rasgos de las historias de siempre: una esposa enferma que se había dejado atrás por aquí, un hijo por allí, una hija en la escuela, una hija muy pequeña dejada a cargo de amigos o de asalariados, una determinada separación por tantos años y no muchas esperanzas o deleites en el futuro. No era una India simpática la que esbozaban las historias. He aquí una muy elocuente.

Había un patán,[19] un mahometano,[20] en un pueblo hindú, empleado del prestamista local como cobrador de deudas, y ese oficio no es popular. Vivía solo entre hindúes, y (así constaba en la acusación ante el juez de primera instancia) había descastado deliberadamente a un aldeano hindú haciéndole ingerir comida musulmana prohibida, y, cuando el piadoso aldeano lo llevó ante el jefe del pueblo en busca de una reparación, aquel impío desenvainó su cuchillo afgano, mató al jefe e hirió a unos pocos más. Las pruebas de la acusación eran intachables, tan impecables como deberían ser en los casos bien llevados, y el patán fue condenado a muerte por asesinato premeditado. Apeló y, gracias a algún tipo de arreglo, obtuvo permiso para exponer personalmente su caso ante el tribunal de apelación. Dijo, me parece, que no confiaba demasiado en los abogados, pero que si los sahib accedían a escucharlo, de hombre a hombre, se veía con muchas posibilidades.

Salió de la cárcel, pues, se presentó y, al modo de los patanes, no se contentó con exponer los hechos, sino que tuvo que empezar con el cuento de hadas de que era un agente secreto del Gobierno enviado a espiar en aquel pueblo. Después se decidió a ir al grano. Sí, *era* el cobrador de aquel prestamista (un persuasor de reacios, si se prefiere), trabajaba para un empleador hindú. Naturalmente, muchos estaban resentidos con él. Muchas de las pruebas en su contra eran absolutamente ciertas, pero la acusación las había retorcido abominablemente. Con el cuchillo, por ejemplo. Cierto, tenía en la mano un cuchillo tal como se había dicho. Pero ¿por qué? Porque con aquel mismo cuchillo cortaba y distribuía un cordero asado que ofrecía a los aldeanos en un banquete. Durante el banquete, mientras él estaba sentado amistosamente con toda la gente, el pueblo entero se puso en pie a una voz de mando, lo apresó y lo arrastró hasta la casa del jefe del pueblo. ¿Cómo podía

él haber descastado a *nadie* si todos comían de su cordero? Y en el patio del jefe del pueblo lo rodearon, armados con gruesos palos, y se animaban unos a otros a enfurecerse contra él, excitando cada cual a quien tenía al lado. Él era un patán. Sabía qué significaba aquella clase de charla. Un hombre no puede cobrar deudas sin hacerse enemigos. De modo que él los advirtió. Una y otra vez los advirtió, diciendo: «Dejadme en paz. No me pongáis las manos encima». Pero la cosa fue a peor, y se dio cuenta de que la idea era apalearlo a muerte como a un chacal en una cuneta. Entonces dijo: «Si se dan golpes, yo daré golpes, y los daré a matar, porque soy un patán». Pero los golpes cayeron, y eran fuertes. Por lo tanto, él, con el mismo cuchillo afgano con que había cortado el cordero, golpeó al jefe. «¿Tenía usted la intención de matar al jefe?». «¡Claro que sí! Soy un patán. Si golpeo, golpeo a matar. Los había advertido una y otra vez. Creo que le di en el hígado. Murió. Y esto es todo, sahibs. Era mi vida o la de esa gente. Me la hubiesen quitado al lado mismo de la carne que les ofrecía gratis. Y *ahora*, ¿qué me harán?».

Al final, acabó con varios años por homicidio intencionado.

—Pero —dije, cuando se terminó de contar la historia—, ¿por qué el juez de primera instancia aceptó la declaración del pueblo entero? Era demasiado bonito para ser cierto.

—El juez dijo que no consideraba posible que tantos respetables caballeros nativos hubiesen podido compincharse para contar una mentira.

—¡Ah! ¿Hacía mucho que el juez estaba en el país?

—Era un juez nativo —me contestaron.

Si piensan en los diferentes aspectos del asunto, se darán cuenta de que el juez de primera instancia era absolutamente sincero. El mismo juez de primera instancia, ¿no era un producto de la civilización occidental y, como tal, no iba con la mano forzada (fingiendo reflexionar de acuerdo con pautas occidentales) al traducir cada grado de la sociedad de un pueblo indio en su equivalente inglés, y al sentenciar como lo hubiera hecho un juez inglés? Los patanes y, dicho sea de paso, los funcionarios ingleses deben cuidar de sí mismos.

Hay, en este siglo, una enfermedad devastadora que se llama «esnobismo del alma». Su germen se ha desarrollado con virulencia en las culturas modernas a partir del bacilo simple aislado hace sesenta años por el difunto William Makepeace Thackeray.[21] Precisamente lo mismo que el mayor Ponto,[22] con sus platos dorados y su mozo de cuadras disfrazado de lacayo, se mentía a sí mismo y mentía a sus huéspedes, de modo que… pero *The Book of Snobs* solo podría ser actualizado por quien lo escribió.

Después intervino un hombre del Sudán (muy y muy lejos hacia el sur) con una historia sobre un juez destemplado y un preso demasiado sereno.

A los grandes bazares de Omdurmán, donde se vende de todo, llegó un joven procedente de los desiertos más remotos de una parte u otra y oyó un gramófono. La vida no tuvo para él ningún valor hasta que hubo comprado el engendro. Se lo llevó a su pueblo, y en el crepúsculo lo hizo funcionar para sus deleitados amigos. Su padre, el jeque del pueblo, acudió también, escuchó sin aliento los fuertes alaridos, porque la potente música carecía de instrumentistas, y dijo, bastante atinadamente:

—Esta cosa es un demonio. No debes traer demonios a mi pueblo. Enciérralo.

Esperaron a que se hubiese ido y pusieron otra melodía. Por segunda vez se acercó el jeque, repitió su orden, y añadió que si volvía a oír a la caja cantante mataría a su comprador. Pero la curiosidad y la alegría desafiaron incluso aquello y, por tercera vez (ya entrada la noche), pusieron disco y aguja y dejaron delirar al djinn.[23] De modo que el jeque, con su rifle, abatió a su hijo según había prometido, y el juez inglés ante el cual acabó por comparecer lo tuvo tremendamente difícil para salvar de la horca aquella severa cabeza gris. La cosa fue así:

—Ahora, anciano, debes decir culpable o no culpable.

—Pero le disparé. Por esto estoy aquí. Yo…

—¡Shhh!… Es una formalidad verbal que la ley exige. (*Sotto voce*: Escriba que ese viejo idiota no entiende.) Ahora, cállese.

—Pero le disparé. ¿Qué otra cosa podía hacer? Compró un diablo metido en una caja, y…

—¡Silencio! Esto viene luego. No diga nada.

—Pero soy el jeque del pueblo. Uno no ha de meter diablos en un pueblo. *Dije* que lo abatiría.

—El asunto está en manos de la ley. *Yo* juzgo.

—¿Qué falta hace? Le disparé. Suponga que *su* hijo hubiese llevado un diablo metido en una caja a *su* pueblo…

Le explicaron, finalmente, que, de acuerdo con las normas británicas, los padres debían dejar que los hijos manipuladores de demonios fuesen fusilados por hombres blancos (el primer paso, ya ven, en el camino descendente del auxilio estatal), y que debía ir a la cárcel por varios meses por interferirse con un fusilamiento gubernamental.

Somos una gran raza. Hubo una vez en Nigeria un joven juez piadoso que hacía esperar varios minutos a los condenados a muerte mientras él

consultaba las páginas del diccionario hausa, palabra por palabra, para poder decir: «Dios… tenga… piedad… de… tu… alma».

Y oí otra historia (esta vez sobre el canal de Suez) que insinuaba lo que podría ocurrir algún día en Panamá.[24] Había un vapor volandero, cargado de explosivos de alta potencia, navegando hacia oriente, y en el extremo del canal un marinero, muy naturalmente, volcó una lámpara en el castillo de proa. Al cabo de un animado intervalo, la tripulación se internó en el desierto ahí al lado, mientras el capitán y el primer oficial abrían todas las espitas y lo hundían, no en medio del mar sino contra un banco de arena, dejando el espacio justo para que un vapor pudiese pasar apuradamente. Entonces las autoridades del canal telegrafiaron a los fletadores para saber exactamente qué había allí dentro; y dicen que la respuesta los mantuvo despiertos varias noches, porque era asunto suyo volar el barco.

A todo eso, el tráfico debía proseguir, y se acercaba un vapor de la P & O. Allí estaba el canal; allí estaba el barco hundido, señalizado por un árabe entrado en años en un pequeño bote con bandera roja, y había un margen de cosa de metro y medio a lado y lado para el barco de la P & O. El barco pasó de puntillas, porque tan solo cincuenta toneladas de dinamita pueden dar a un barco una sacudida perceptible, y el vapor volandero contenía más, muchísimas más, eso sin contar los detonadores. Por una casualidad absurda, casi la única persona a bordo que por entonces sabía alguna cosa del asunto era una pasajera ya mayor que se sentía más bien orgullosa del secreto.

—Ah —decía, mientras proseguía aquel angustiante deslizamiento—, pueden estar convencidos de que si todo el mundo supiera lo que *yo* sé, estarían todos al otro lado del barco.

Más tarde, las autoridades volaron el pecio con infinitas precauciones, desde una distancia de un par de millas, por lo cual ni acabó con el canal de Suez ni dislocó la tubería de agua dulce que corre a su lado, sino que tan solo abrió un hoyo de treinta o de cien metros de profundidad y desapareció de los registros de la Lloyd's.[25]

Pero no había historia capaz de distraerle a uno por mucho rato ante las peculiaridades de aquella línea asombrosa que existe estrictamente para sí misma. Había un baño (ocupado) en el extremo de un corredor abierto al viento. Cuando terminó, el bañista salió.

Dijo el camarero, mientras fregaba la bañera para su sucesor:

—Ese era el ingeniero jefe. Ha tardado un poco. Debía haberse ensuciado mucho en el trabajo allí abajo, esta mañana.

Experimento una admiración inmensa por los ingenieros jefes. Se trata de unos hombres dotados de autoridad y son merecedores de todas las comodidades y todas las ayudas que se les puedan ofrecer, como, pongamos por caso, la instalación de baños para ellos solos en sus camarotes, para que puedan lavarse sin prisa.

No es justo mezclarlos con el común de los pasajeros, y no se hace en los barcos auténticos. Y, cuando un pasajero quiere tomar un baño por la tarde, en los barcos auténticos los camareros no hacen rodar los ojos como sacristanes de catedral ni dicen: «Veremos si puede arreglarse». Se alejan por el corredor y gritan: «Matcham», o «Ponting», o «Guttman», y a los quince segundos uno de estos tres veloces personajes ha llenado la bañera y ha sacado unas toallas. Los barcos auténticos no son anexos de la abadía de Westminster o del reformatorio de Borstal.[26] Proporcionan un acomodo decente a cambio de un buen dinero, e imagino que los directores instruyen a sus equipos para que adopten el aire de sentirse a gusto en el trabajo.

Entre algunas generaciones anteriores es posible que existiese la idea de que la P & O era enormemente superior a todo el resto de las líneas de navegación[27], de que se trataba de algo así como de un espectáculo semipontificial no susceptible de ser criticado. Hasta qué punto esa idea se la había ganado por su propia excelencia y hasta qué punto la debía al monopolio del tráfico de pasajeros, ahora resulta indiferente. En la actualidad, ni alimenta ni atiende a sus pasajeros, ni mantiene a sus barcos en el buen estado suficiente para que pueda permitirse presumir de nada. Razón por la cual, siendo la naturaleza humana como es, la compañía se envuelve de una antipática atmósfera de ritual absurdo para disimular una actuación inadecuada y hecha de mala gana.

Lo que realmente necesita es que la arrojen al mar, en marzo, en el Atlántico Norte, sin lascars,[28] y tenga que nadar para salvar la vida entre un barco de la C. P. R.[29] y otro de la Lloyd del Norte de Alemania, hasta que aprenda a sonreír.

2. Un regreso a Oriente

Si vives en Leyden cendro
hallarás, buedes greerlo,
las formas de los amigos
gue de hicisde a los seis años.[30]

¡Benditos los ingleses y cuanto dicen y hacen,
malditos los infieles, heréticos y turcos![31]

Oriente es una tajada del mundo mucho mayor de lo que a muchos europeos les gusta admitir. Algunos dicen que empieza en el Saint Gotthard, donde los aromas de dos continentes se encuentran y luchan durante esa terrible cena en el vagón restaurante dentro del túnel.[32] Otros han dado con él en Venecia, las mañanas caldeadas de abril. Pero Oriente está en todas partes donde uno ve la vela latina, ese aparejo en aleta de tiburón que a lo largo de cientos de años ha seguido a todos los bañistas blancos alrededor del Mediterráneo. Notas todavía en la sangre una sugerencia de amenaza, una insinuación de piratería cada vez que pasa la latina, pescando, comerciando, costeando.

«Este no es *mi* oficio ancestral», susurra al mar cómplice. «Si cada cual tuviese lo que se merece, estaría haciendo cosas muy diferentes; porque mi padre fue Junco, y mi madre fue Dhow, y entre los dos hicieron Asia.»[33] Después vira, desordenadamente pero con una rapidez tremenda, y deja atrás, patinando, con su sombrero caído sobre un ojo y un cuchillo, por así decirlo, en sus mangas abombadas, al inimaginativo vapor mercante.

Incluso los pontones en Port Said, atareados en la ampliación de malecones, dejan ver su linaje indómito por detrás de su pesada torpeza. Son todos hijos del dhow de morro de camello, esa embarcación que es la madre de las diabluras; pero daba gusto de veras encontrarse de nuevo con ellos bajo un sol de justicia, sin ningún cambio en ningún cable o parche.

El viejo Port Said había desaparecido detrás de acres de edificios nuevos por donde uno podía pasear a su aire sin que unos soldados le cortasen el paso.

Quedaban dos o tres hitos; se decía que otros dos o tres todavía existían, y un Rostro se manifestó al cabo de muchos años, estragado pero respetable, rígidamente respetable.

—Sí —dijo el Rostro—, he estado aquí todo este tiempo. Pero he hecho dinero, y cuando muera me iré a mi país para que me entierren.

—¿Por qué no te vas a tu país antes del entierro, oh, Rostro?

—Porque hace *tanto* tiempo que vivo aquí. Mi país solo es bueno para ser enterrado en él.

—¿Y a qué te dedicas, ahora?

—Ahora, a nada. Vivo de mis *rentes…* mis rentas.

¡Imagínense! Vivir gélidamente en un espectáculo cinematográfico perpetuo de viajeros excitados e inquietos; ver como los grandes vapores se deslizan hacia dentro y hacia fuera[34] durante todo el día y toda la noche como si fuesen vagones de tren, sin conocer ni ser conocido por una sola alma a bordo; hablar cinco o seis idiomas sin ningún problema, pero no tener patria, no sentir interés por ninguna tierra excepto la reservada en un cementerio continental.

Era una tarde fría después de una fuerte lluvia y las calles medio inundadas apestaban. Pero nosotros, los indomables turistas, íbamos por ahí en rebaños y veíamos todo lo que podía verse antes de la hora del tren. Nos perdimos, la mayoría, el jardín de la Compañía del Canal, el cual, según resulta, señaliza con una exactitud impresionante la división entre Oriente y Occidente.

Hasta que se llega a ese punto (se trata de una franja con palmeras que se recortan, tiesas, contra el cielo), la inercia de los recuerdos del país natal y el eco de los intereses domésticos acompañan reconfortantemente al joven en su primer viaje. Pero en Suez hay que encararse a los hechos. Hay gente, generalmente la más simpática, que desembarca allí; los hombres mayores que siguen adelante se han descubierto los unos a los otros y han empezado a hablar de sus asuntos; no llegan periódicos a bordo, tan solo recortes de telegramas de la Reuter; el mundo parece cruelmente grande y absorto en sí mismo. Uno va a pasear y encuentra ese pedacito de terreno cuidado, con puertas de jardín de casas confortables a lado y lado del camino. Y uno empieza a preguntarse (en el crepúsculo, preferentemente) cuándo volverá a ver esas palmeras desde el otro lado. Entonces la negra hora de las vanas tristezas de la nostalgia, las promesas insensatas y la debilidad de la desesperanza se abate en mezcla con el olor de una tierra extraña y la cadencia de idiomas desconocidos.

Las encrucijadas y los altos en el desierto están siempre frecuentados por djinns y afrits.[35] El joven se los encontrará esperándolo en el jardín de la Compañía del Canal en Port Said.

Por otra parte, si es lo bastante afortunado para haber adquirido Oriente como herencia, porque hay familias que han servido ahí por cinco o seis generaciones, no encontrará gules[36] en ese jardín, sino una libre y amistosa y generosa bienvenida de los buenos espíritus de Oriente que lo esperan. Las voces de los jardineros y de los vigilantes serán como los saludos de los sirvientes de su padre en casa de su padre; los aromas vespertinos y la vista de los hibiscus y de las poinsettias liberarán su lengua, llevando a ella palabras y frases que creía haber olvidado por completo, y volverá al barco (lo he visto) como un príncipe que entra en su reino.

Había entre nosotros un hombre (un joven inglés) que acababa de ver cumplido su sueño en forma de un distrito indómito al sur de lo que sea que esté más al sur del Sudán, donde, cobrando los dos tercios de lo que cobra un miembro del Parlamento,[37] en unas condiciones de vida que horrorizarían a cualquier operario que se precie, verá quizá a una docena de blancos al cabo del año, e indudablemente contraerá fiebres de dos clases. Lo animaron a solicitar ese puesto de trabajo las descripciones de un amigo empleado en el mismo servicio, el cual decía que era «una clase de servicio más bien decente», y lo inflamaba la idea de llegar a Jartum, presentarse ante sus superiores y poner manos a la obra. Si tiene suerte, lo asignarán a un distrito donde la gente sea tan virtuosa que no sepa cómo se hace para llevar ropa puesta, y tan ignorante que jamás haya tenido noticia de las bebidas fuertes.

El tren que nos llevó a El Cairo era hermano gemelo, en aspecto y equipamiento, a cualquier tren de Sudáfrica (por esto me encantó), pero fue un tormento para algunos ciudadanos de los Estados Unidos que, acostumbrados a los Pullman,[38] no comprendían la idea del pasillo lateral y los compartimentos separados.[39] El problema de una democracia estandarizada parece ser que, cuando se libera de sus estándares, no tiene donde apoyarse. *No* se deja atrás a la gente, y los equipajes raras veces se pierden, en los ferrocarriles del mundo más viejo. Hay un ritual preceptivo para la manipulación de toda clase de cosas y, si alguien se limita a conformarse y callar, será atendido como todos. La gente a la que observé, esto no se lo creían. Protestaban de todo fútilmente y se agotaban tratando de superar a sus vecinos.

He aquí un fragmento de diálogo en el vagón restaurante:

—¡A ver si me entiende! Yo y unos amigos míos vamos a comer en esta mesa. No queremos que nos separen y…

—¿Tiene usted su número para el servicio, señor?

—¿Número? ¿Qué número? Queremos cenar *aquí*, le estoy diciendo.

—¿Quiere que le dé número, señor, para el primer servicio?

—¿Pero esto qué es? En todo caso, ¿de dónde *sacamos* los números?

—Yo le daré el número, señor, en su momento, de reserva de sitio para el primer servicio.

—Ya, pero queremos comer juntos aquí… *ahora mismo*.

—El servicio no está listo, señor.

Y así y así; con marchas y contramarchas, y con cada palabra nerviosamente subrayada. Acabaron comiendo justo allí donde había sitio para ellos en aquel nuevo mundo en el que se habían extraviado.

Por nuestras ventanas se veía, a un lado, la oscuridad de la desolación y, por el otro, el canal negro punteado por los monstruosos faros de los vapores que navegaban de noche. Después vinieron ciudades, iluminadas por electricidad, gobernadas por comisiones mixtas,[40] centros del comercio del algodón. Tomemos una ciudad como, por ejemplo, Zagazig, vista la vez anterior por un niño pequeño al que sacaron en brazos de un vagón de tren y depositaron al pie de un muro encalado bajo un cielo estrellado en mitad de un vacío ilimitado porque, le dijeron, el tren se incendiaba. A la manera de los niños, aquello no lo preocupó. Lo que impresionó a su mente soñolienta fue el nombre absurdo de aquel sitio y la profecía de su padre de que cuando fuese mayor «llegaría por allí en un gran barco de vapor».[41]

De modo que, durante toda su vida, la palabra «Zagazig» le trajo recuerdos de un cobertizo de ladrillo, el parpadeo de la mecha fluctuante de una lámpara de petróleo, un cielo lleno de ojos y una locomotora tosiendo en medio de un desierto en el fin del mundo, los cuales recuerdos volvieron en un vagón restaurante que traqueteaba a través de lo que parecían millas de calles y fábricas brillantemente iluminadas. Nadie en la mesa había siquiera vuelto la cabeza en los campos de batalla de Kassassin y Tel-el-Kebir.[42] Al fin y al cabo, ¿para qué? Es un trabajo ya hecho, y no tardarán en nacer niños destinados a decir: «*Puedo* acordarme de Gondokoro (o de El-Obeid,[43] o de alguna inimaginable Clapham Junction[44] al estilo abisinio) antes de que funcionase ahí ni una sola fábrica… antes de que empezase el tránsito aéreo.[45] Sí, de vez en cuando había fiebre epidémica… de veras, había fiebre epidémica… ¡dentro de la ciudad misma!».[46]

La distancia no es mayor que entre la Zagazig de hoy y la de anteayer, entre las vagonetas tiradas por caballos de la ruta por tierra del teniente Waghorn[47] y el automóvil reluciente que nos llevó como el rayo a nuestro hotel en El Cairo pasando por sitios que parecían los suburbios de Marsella o de Roma.

Deja siempre una ciudad nueva para la mañana. «De día», está escrito en el Libro Perspicuo, «tienes mucho que hacer».[48] Nuestra ventana daba al río, pero antes de desplazarse hacia él se oía el chillido escalofriante de los milanos, esos ladrones compañeros de viaje que, a esas horas, vigilaban el desayuno de todo inglés en toda habitación y todo campamento desde El Cairo hasta Calcuta.

Llegaron unas voces desde abajo, unas palabras ininteligibles con acentos enloquecedoramente familiares. Un muchacho negro, vestido con una única prenda azul, trepó, utilizando los dedos de los pies como si fuesen los de las manos, hasta lo más alto del puntiagudo mástil de una embarcación del Nilo y quedó enmarcado por la ventana. Después, porque se sentía feliz, cantó, todo eso en medio del revoloteo de los milanos. Y debajo de nuestro balcón fluía el mismísimo Nilo, dorado bajo la luz del sol, rizado por fuertes brisas, y una multitud de crujientes cargueros esperaba a que abriesen un puente.

En el muelle cortado en la roca, allá arriba, unos cocheros en hilera (una parada de *ticca-gharri*,[49] ni más ni menos) gesticulaban y bromeaban y toqueteaban los arneses en todas las bonitas posturas del inmedible Oriente. Todo el terreno a su alrededor estaba salpicado de caña de azúcar masticada: una primera señal del tiempo cálido en el mundo entero.

Unos soldados con las caras sorprendentemente rosadas (ayer uno no se hubiera fijado en eso) desfilaban por el puente de viga entre motores tosedores y pomposos camellos, y todo el mundo musulmán de vestido largo estaba despierto y se ocupaba de sus asuntos, según corresponde a personas juiciosas que rezan al amanecer.

Me apresuré a cruzar el puente para escuchar las palmeras al viento en la otra ribera. Cantaban tan noblemente como si hubiesen sido auténticos cocoteros, y el empuje del viento del norte detrás de ellas era casi tan generoso como los vientos de los navegantes. Después pasó un entierro, con el cadáver amortajado en la estrecha camilla, los portadores de paso vivo (si fue bueno, cuanto antes lo enterremos antes irá al cielo; si fue malo, enterrémoslo aprisa por el bien de la familia; en cualquiera de los casos, como dice el Profeta, no dejemos que quienes lo han perdido se pasen demasiado tiempo entre llantos y con hambre), las mujeres detrás, retorciéndose de

brazos y lamentándose, y los hombres y los muchachos canturreando alto y bajo.

Podrían haber salido de la puerta de Taksali, en la ciudad de Lahore,[50] en una mañana fría como esta, de camino hacia el cementerio mahometano[51] junto al río. Y las campesinas veladas que arrastraban los pies lado a lado, con el codo en la cadera y una elocuente mano derecha trazando círculos, con la palma hacia arriba, para realzar cada frase estridente, podrían haber sido las esposas de agricultores punyabíes de no ser porque llevaban otro tipo de brazalete y de calzado. Un joven de rodillas nudosas sentado encima de un asno, tanto el uno como el otro provistos de amuletos contra el mal de ojo, mascaba tres rojizos pies[52] de caña de azúcar, lo cual le causaba a uno envidia y una voluptuosa nostalgia del país natal, a pesar de que la caña de azúcar de Egipto no es comparable con la de Bombay.

Hans Breitmann[53] escribe en alguna parte:

Si vives en Leyden cendro
hallarás, buedes greerlo,
las formas de los amigos
gue de hicisde a los seis años.

Y estaban todos allí, al pie de las palmeras cantarinas: mozos de cuadra, chicos de recados, mercaderes ambulantes, aguadores, barrenderos, vendedores de pollo, y el búfalo color ladrillo con ojos de porcelana azul con el que charla una niña pequeña provista de un palo grande. Detrás de los setos de jardines bien cuidados se acuclillaba el jardinero tostado, abriendo surcos indistintamente con la azada y con el dedo gordo del pie, y al pie de la farola municipal descansaba el policía de bronce (un toque de árabe en la boca y en las estrechas fosas nasales) del todo indiferente a una feroz pelea entre dos fogoneros. Luchaban por encima del cuerpo de un nubio que había optado por dormir allí. A los pocos momentos, uno de ellos se subió a la barriga del durmiente. El nubio gruñó, se incorporó sobre los codos, hizo rodar los ojos, y pronunció unas pocas palabras desapasionadas. Los guerreros se interrumpieron, le arreglaron el turbante y se alejaron tan rápidamente como se durmió de nuevo el nubio. Era la vida, era lo real, era materia incontaminada, valía por un desierto lleno de momias. Y justo en medio de todo aquello, tocando la sirena y batiendo el Nilo corriente arriba, pasó un vapor de la Cook[54] dispuesto a llevar turistas hasta Asuán.[55] Desde el punto de vista del nubio, el prodigio era el barco y no él mismo, un prodigio tan grande como el hotel de capital y personal suizo que estaba detrás de él, cuyo ascensor, quizá, aquel nubio hacía funcionar. Los marids y afrits,[56]

guardianes del oro escondido, que asfixian o aplastan al buscador imprudente, las topadas con muertos y enterrados en callejuelas de El Cairo, las promociones inimaginables[57] y los amores a primera vista forman parte de la vida cotidiana de cualquier persona respetable; pero el hombre blanco de más allá del mar, llegado a centenares con esposas sin velo, que se construye habitaciones voladoras y habla a través de cables, que desfila río arriba y río abajo, que se pirra por subirse a camellos y asnos, obligado a soltar plata a puñados, un niño y a la vez un hechicero, he ahí algo que, para el nubio, debe salir directamente de las *Mil y una noches*. Sea como sea, el nubio estaba perfectamente en sus cabales. Después de comer, dormía a plena luz solar de Dios, y me alejé de él para visitar la afortunada y vigilada y deseable ciudad de El Cairo, a cuyos habitantes, masculinos y femeninos, Alá ha otorgado sutileza en abundancia. Consta que sus humoristas han superado en refinamiento a los de Damasco, como sus doce capitanes de policía[58] a los más audaces y corruptos de Bagdad en los días tolerantes de Harun al-Rashid; y sus viejas, por no hablar de las esposas jóvenes, podrían engañar al mismísimo Padre de los Embustes. Delhi es una gran ciudad, y la mayoría de los narradores orales de los bazares de la India hacen que sus villanos procedan de allí; pero cuando la angustia y la intriga están en su punto culminante y la narración se detiene hasta que el último tintineo de monedas con el aliento en suspenso ha dejado de sonar en su estera, bueno, entonces, meneando la cabeza y haciendo un gancho con el dedo, el narrador prosigue:

«*Pero* había un hombre de El Cairo, un egipcio de los egipcios, que…». Y todos en la muchedumbre saben que ahora llegará un ejemplo de auténtica bribonería metropolitana.

3. Una serpiente del viejo Nilo[59]

No fueron nunca así los ojos de tu amor.
¿Por qué fingir que es así como te gustan?
¡Tú que te libraste de su fidelidad,
y de aquellas cejas anchas y serenas![60]

El Cairo moderno es un sitio desaseado. Las calles están sucias y mal construidas, los pavimentos no se barren y a menudo están rotos, los tranvías están tirados más que instalados, las cunetas descuidadas. Uno se espera algo mejor de una ciudad donde el turista gasta tanto en todas las estaciones. Dado que el turista es un perro,[61] llega cuando menos con un hueso en la boca, y mucha gente lo roe. Debería tener una perrera mejor. La respuesta oficial es que el negocio turístico no es nada comparado con la industria del algodón. Incluso así, el suelo en la ciudad de El Cairo debe ser demasiado valioso para que lo utilicen como campo de algodón. O sea que muy bien podría estar pavimentado y barrido. Se supone que existe alguna clase de autoridad a cargo de los asuntos municipales, pero su trabajo está trabado por eso que llaman «Las Capitulaciones».[62] Se me dijo que todo el mundo en El Cairo, excepto los ingleses, los cuales, según parece, son aquí los blancos miserables,[63] tiene el privilegio de recurrir a su cónsul a propósito de todos los asuntos concebibles, desde obtener un cubo de basura hasta deshacerse de un cadáver. Dado que casi todo el mundo que tiene algún derecho a la respetabilidad, y sin duda todos y cada uno de los que no tienen ninguno, disponen de un cónsul, de ahí se desprende que hay en la ciudad un cónsul por metro, arshin o codo de Ezequiel.[64] Y puesto que cada cónsul protege con celo el honor de su país y no está en absoluto por encima de fastidiar a los ingleses en base a principios generales, el progreso municipal es lento.

El Cairo le produce a uno la sensación de que no está ventilado ni esterilizado, incluso cuando el sol y el viento lo desengrasan simultáneamente. El turista habla mucho, según aquí se puede comprobar,

pero el residente permanente europeo no abre la boca más de lo necesario… El sonido se propaga tan aprisa sobre las aguas lisas… Además, todas las cosas, política y administrativamente, están en una posición esencialmente falsa.

He aquí un país que no es un país sino una larga franja de huertos, nominalmente bajo la custodia de un Gobierno que no es un gobierno sino una satrapía desconectada de un imperio medio muerto,[65] y está controlado al estilo Pecksniff[66] por una potencia que no es una potencia sino una agencia,[67] la cual agencia está sujeta por los años, la costumbre y el chantaje a toda clase de relaciones íntimas con seis o siete potencias europeas, cada cual con sus derechos y privilegios, ninguno de cuyos súbditos parece directamente susceptible de responder en primera, segunda o tercera instancia ante ninguna potencia ante la cual se diría que debería hacerlo. Esto es tan solo el más esquemático de los esbozos. Rellenarlo con detalles (si es que algún ser humano viviente los conoce) sería tan fácil como explicar el béisbol a un inglés o el juego de pared de Eton[68] a un ciudadano de los Estados Unidos. Pero es un juego fascinante. Hay en él franceses a cuya mente lógica ofende y que se cobran venganza imprimiendo los informes económicos y el catálogo del museo de Bulaq[69] en francés. Hay en él alemanes, cuyas exigencias deben ser cuidadosamente sopesadas, no porque exista ninguna manera humana de satisfacerlas, sino porque sirven para no satisfacer las exigencias de otra gente. Hay en él rusos, que no cuentan demasiado hoy por hoy pero de los que con el tiempo se oirá hablar. Hay en él italianos y griegos (unos y otros muy satisfechos de sí mismos precisamente ahora), rebosantes de altas finanzas y de las emociones más refinadas. Hay en él pachás egipcios, que de vez en cuando vuelven de París y preguntan quejumbrosamente a quién se supone que pertenecen. Hay en él Su Alteza el Jedive, y a *él* hay que tomarlo muy en cuenta, y hay en él mujeres, metidas en intrigas hasta el cuello. Y hay grandes intereses algodoneros y azucareros ingleses, y encolerizados importadores ingleses que reclaman a gritos saber por qué no pueden hacer negocios sobre una base racional o introducirse en el Sudán,[70] que consideran maduro para el desarrollo tan solo con que allí la Administración fuese razonable. En medio de estos intereses conflictivos, permanece sentado y suda el funcionario inglés, cuya tarea consiste en irrigar o drenar o reclamar tierras por cuenta de apenas diez millones de personas, entrampado en marañas de intrigas y contratiempos que pueden ramificarse por media docena de harenes y cuatro consulados. Todo esto favorece la

mansedumbre, la tolerancia y la bendita costumbre de no dejarse sorprender por nada de nada.

O así me lo pareció, viendo un gran baile en uno de los hoteles. Estaban allí representadas todas las razas y raleas de Europa y la mitad de las de los Estados Unidos, pero me pareció que podía distinguir tres grupos diferentes. Los turistas, con las arrugas del baúl del viaje en barco todavía en sus entrañables y excitadas espaldas; los militares y funcionarios, seguros de antemano de quién sería su pareja de baile y diciendo con claridad lo que tocaba decir; y un tercer contingente, de voz baja, pisada discreta, y de ojos más perspicaces que los otros dos grupos, de personas que lanzaban a los amigos, por encima del hombro, medias palabras en argot local, se entendían por medio de ladeos de cabeza y estaban activadas por unos resortes que compartían tan solo los del clan. Por ejemplo, una mujer hablaba un inglés impecable con su acompañante, un funcionario inglés. Justo antes de que empezase el baile siguiente, otra mujer la llamó por señas, al estilo inglés, con todos los dedos vueltos hacia abajo. La primera mujer cruzó la sala hasta un tiesto con una palmera; la segunda se dirigió también hacia allí, y las dos se situaron, sin mirarse, una a cada lado de la planta. Después, la que había hecho las señas habló en un idioma extraño *con la* palmera. La primera mujer, todavía mirando hacia otra parte, respondió del mismo modo con un torrente de palabras que crepitaban como la metralla a través de las hojas tiesas. Su tono no tenía nada que ver con aquel con que saludó a su acompañante cuando fue en su busca al empezar la música. Este era un delicioso arrastre de palabras; el otro había sido el áspero chasqueo gutural de la cocina y el bazar. Se alejó, pues, y, al cabo de poco, la segunda mujer desapareció entre la multitud. Muy probablemente se trataba tan solo de una cuestión de programa o vestuario, pero la felina precisión sigilosa y la frialdad de la operación, la rapidez fulgurante de la ida y vuelta entre civilizaciones separadas por un mundo, quedaron grabadas en mi memoria.

También lo quedó la cara exangüe de un turco viejísimo, testigo reciente de un asesinato horrible en Constantinopla en el que también él había estado a punto de recibir un pistoletazo, pero, contaban, había argumentado tranquilamente por encima del cadáver de un difunto colega, como si la muerte no tuviese para él la menor importancia, hasta que los jóvenes turcos[71] histéricos se avergonzaron y dejaron que se fuese… a las luces y la música de aquel distinguido hotel.

Esas modernas «mil y una noches»[72] son demasiado agitadas para la gente tranquila. Me decanté por un El Cairo más racional, por la ciudad árabe

donde todo es como era cuando Maruf el Zapatero huyó de Fátima-el-Orra[73] y encontró al djinn[74] en la musjid Adelia.[75] Los artesanos y mercaderes estaban sentados delante de sus tenderetes, con un rico misterio de tinieblas detrás de ellos, y los angostos callejones eran pulidos hasta la altura de los hombros por el simple flujo de gente. Los blancos, calzados con zapatos, a menos que sean agricultores, hacen roces ligeros, cuando mucho con las manos, a su paso. Los orientales se balancean, se ladean, se agachan y se apoyan contra las cosas cuando deambulan. Si los pies van descalzos, el cuerpo entero piensa. Además, no es decoroso comprar nada o hacer lo que sea y dejar el asunto zanjado. Tan solo las personas de ropas ajustadas indignas de atención disponen de tiempo para eso. De modo que nosotros, los de la falda suelta, pantalones flotantes y pantuflas holgadas, dirigimos saludos completos y floridos a los amigos, y todavía más a quienes nos quieren mal, y, si se trata de comprar algo, el objeto debe ser palpado y valorado por medio de un proverbio o algo por el estilo, y si algún turista insensato piensa que no pueden estafarlo, ¡oh, verdaderos creyentes!, acercaos a ver como lo despluman.

Pero no compré nada. La ciudad me cubrió con un tesoro mayor que el que podía llevarme. Aquel tesoro salía de oscuras callejuelas en camellos rojizos cargados de cacharros o en burritos apresurados medio sepultados debajo de sacos de trébol recién cortado; estaba en las manos exquisitamente modeladas de los niños que corrían de la cantina a casa con la comida vespertina, apretando la barbilla contra el borde de la bandeja, con la responsabilidad exorbitándoles los ojos por encima del manjar apilado en ella; en las luces irregulares de las habitaciones saledizas allá arriba, donde las mujeres tendidas, con el mentón entre las manos, miran por ventanas que no levantan dos palmos del suelo; estaba en cada vistazo a cada patio, donde los hombres fuman junto a la cisterna; en los montones de cascotes y ladrillos rotos que flanqueaban casas recién pintadas a la espera de convertirse, algún día, una vez más en casas; en el frote y el roce de las pantuflas rojas y amarillas sin talones y, por encima de todo, en los deliciosos olores mezclados de manteca friéndose, pan mahometano, kebabs, cuero, humos de cocina, asafétida, pimienta y cúrcuma. Ni los diablos soportan el olor de la cúrcuma ardiendo, pero al hombre de recto juicio le gusta. Representa la noche que todo lo reúne en el hogar: la comida vespertina, la mezcla de dedos amigos en el plato, el rostro conyugal, el velo retirado y, después, la enorme pipa parpadeante.

¡Loado sea Alá por la diversidad de Sus criaturas, por las Cinco Ventajas de Viajar y por las glorias de las Ciudades de la Tierra! Harun-al-Rashid, en la bulliciosa Bagdad de otros tiempos, no llegó nunca en su deleite hasta los límites del que yo sentí aquella tarde. Es verdad que la llamada a la oración, la cadencia de algunos de los gritos callejeros y el corte de algunas prendas de vestir diferían un tanto de aquello a lo que yo estaba acostumbrado; pero, en cuanto al resto, la sombra de la aguja del dial se había desplazado para mí en veinte grados,[76] y me sorprendí a mí mismo diciendo, como quizá dicen los muertos cuando recobran el juicio: «Este vuelve a ser mi mundo real».

Hay hombres que son mahometanos por nacimiento, otros que lo son por adiestramiento y otros por destino, pero nunca he conocido a ningún inglés que odie al islam y a su gente del modo que algunos ingleses que conozco odian a otros credos. *Musalmani awadani*, como dice el dicho: allí donde hay mahometanos hay una civilización inteligible.

Después dimos con una mezquita desierta de columnas de ladrillo estucado alrededor de un gran patio abierto al cielo pálido. Estaba completamente vacía salvo por su propio espíritu, el cual te asía por el cuello así que entrabas. Las iglesias cristianas pueden entrar en compromisos por medio de imágenes y de capillas laterales donde los indignos o los avergonzados pueden negociar con santos asequibles. El islam tiene un solo púlpito y una afirmación desnuda (en la vida o en la muerte, una sola), y, cuando los hombres la han repetido con una fe candente a lo largo de siglos, el aire sigue vibrando con ella.

Hay ahora quienes dicen que el islam está moribundo y a nadie le importa; otros que, si se marchita en Europa y en Asia, se renovará en África y regresará (terrible) al cabo de unos años a la cabeza de los nueve hijos de Cam;[77] otros imaginan en sueños que los ingleses entienden el islam como no lo entiende nadie más y, en años venideros, el islam así lo admitirá y el mundo cambiará. Si va usted a la mezquita de al-Azhar[78] (la milenaria Universidad de El Cairo)[79] podrá decidir por usted mismo. No hay nada que ver fuera de muchos patios, frescos cuando hace calor, rodeados por paredes de ladrillo que parecen acantilados. Los hombres, tan libremente como si el sitio fuese un bazar, entran y salen por oscuros portales que dan a claustros todavía más oscuros. No hay agresivos accesorios educativos. Los estudiantes se sientan en el suelo y sus maestros los instruyen, sobre todo oralmente, en gramática, sintaxis, lógica; *al-hisab*, que es aritmética; *al-fab'r w'al muqabalah*, que es álgebra; *al-tafsir*, comentarios sobre el Corán, y, por último, lo más embarazoso, *al-ahadis*, tradiciones, y todavía más comentarios

sobre la ley del islam, lo cual remite una vez más, como todo, al Corán. (Porque está escrito: «En verdad el Corán no es sino una revelación».)[80] Es un plan de estudios muy amplio. No hay quien pueda dominarlo entero, pero cualquiera puede permanecer ahí tanto tiempo como desee. La universidad proporciona provisiones (veinticinco mil panes diarios, me parece) y siempre hay un sitio donde echarse para quienes no quieren una habitación cerrada y una cama. Nada podría ser más simple ni, dadas unas ciertas condiciones, más eficiente. Cosa de seis mil profesores, que representan oficial y oficiosamente a todas las escuelas de pensamiento, enseñan a diez o doce mil estudiantes procedentes de todas las comunidades mahometanas de este a oeste, desde Manila hasta Marruecos, de norte a sur desde Kamchatka hasta la mezquita malaya en Ciudad del Cabo.[81] Los estudiantes se dispersan para convertirse en maestros de pequeños colegios, predicadores en mezquitas, estudiosos juristas conocidos por millones (pero raras veces por los europeos), soñadores, devotos adoradores o milagreros en todos los rincones de la tierra. El hombre que más me interesó era un mulá[82] de barba roja y ojos hundidos en las órbitas procedente de la frontera india, seguramente no el último de la cola en las distribuciones de comida, tieso como un perro lobo flaco entre perros pastores en una asamblea en un portal.

Y había otra mezquita, suntuosamente alfombrada e iluminada (cosas ambas que el Profeta no aprueba), donde los hombres rezaban con ese murmullo apagado que, a veces, se eleva y aumenta bajo las bóvedas como un redoble de tambores o como la salida de una colmena dividida antes del vuelo del enjambre. Y, a la vuelta de la esquina, uno casi se da de bruces contra nuestro discreto aunque absolutamente destacado soldado de infantería,[83] con la guerrera abierta y un cigarrillo encendido, acodado en una baranda y examinando la ciudad allá abajo. Los hombres de los fuertes, ciudadelas y guarniciones de todo el mundo salen al crepúsculo tan automáticamente como las ovejas a la puesta del sol para echar un último vistazo a su alrededor. Hablan poco y vuelven igual de silenciosamente por la gravilla crujiente, detestada por los pies descalzos, a sus alojamientos encalados y sus reguladas vidas. Uno de los soldados me dijo que El Cairo le parecía bien. Era interesante. «Hágame caso», me dijo, «está muy bien eso de ver sitios, porque después los recuerdas».

Tenía mucha razón. Las neblinas moradas y limón del crepúsculo y los reflejos del día se extendieron sobre las calles palpitantes y titilantes, enmascararon la enorme silueta de la ciudadela y las colinas desiertas y conspiraron para crear confusión y sugerir y evocar recuerdos, hasta que

Cairo la Hechicera se amoldó a su propia forma y danzó delante de mí con una desgarradora semejanza con toda ciudad que yo hubiese conocido y querido, algo más lejos camino arriba.[84]

La doble magia era cruel. Porque en el mismo momento en que mi alma nostálgica se rendía al sueño de la sombra que había vuelto atrás en el dial, comprendí los largos días desolados y la nostalgia de todos los hombres retenidos en sitios remotos entre sonidos y aromas extraños.

4. Río arriba[85]

No espero que almas santas me empujen a avanzar
o genios macho o hembra extravíen mis pasos.
Si se suman, me alegro… si no, tanto me da.[86]

Érase una vez un asesino a quien sentenciaron a cadena perpetua. Lo que más lo impresionó, cuando dispuso de tiempo para pensar, fue lo mucho que se aburrieron todos quienes tomaron parte en el ritual.

—Era lo mismo que ir al médico o al dentista —explicaba—. *Tú* los visitas preocupado por tus cosas, y entonces te das cuenta de que para *ellos* es tan solo una parte de su experiencia cotidiana. Supongo —añadía— que me hubiese encontrado con lo mismo si… ehem… la cosa hubiese llegado hasta el final.

Se lo hubiese encontrado. Si irrumpes en cualquier cielo o infierno nuevos, en su muy desgastado umbral te encontrarás con los aburridos expertos de servicio.

Durante tres semanas nos sentamos en cubiertas alfombradas y profusamente dotadas de sillas, cuidadosamente aisladas de cualquier cosa que tuviese nada que ver con Egipto, bajo la tutela de un dragomán[87] convenientemente orientalizado. Dos o tres veces al día, nuestro vapor se detenía en un banco de barro cubierto de asnos. Descargaban sillas de montar de la parte de proa; preparaban a los asnos y los repartían como si fuesen naipes; íbamos entre campos de cultivo o desierto a través, según los casos, nos metían en un templo entre explicaciones rimbombantes, y después nos devolvían debidamente a nuestro bridge y nuestras Baedekers.[88] En cuanto a puro confort, por no hablar de dorada holgazanería, la vida era inigualable y, dado que el grueso del pasaje estaba formado por ciudadanos de los Estados Unidos (Egipto, en invierno, debería ser admitido como un territorio temporal de la Unión), no carecía de interés. Eran en su abrumadora mayoría mujeres, con aquí y allí un plácido marido o padre que se dejaban llevar mansamente, visiblemente congestionados por exceso de información sobre sus respectivas

ciudades natales. Pude disfrutar del encuentro de dos de aquellos hombres. Le volvieron la espalda resueltamente al río, enrollaron y encendieron cigarrillos, y a lo largo de una hora y cuarto no se interrumpieron de emitir estadísticas sobre las industrias, el comercio, la manufactura, el transporte y el periodismo de sus ciudades (Los Ángeles, pongamos por caso, y Rochester, Nueva York). Hacía pensar en un duelo entre dos cajas registradoras.

Olvidabas, claro está, que todas aquellas cifras áridas para ellos vivían y cuando Los Ángeles hablaba Rochester visualizaba. Al día siguiente me encontré con un inglés del fin del mundo sudanés, rebosante de datos sobre una línea férrea poco conocida que había sido tendida en lo que parecía un puro y simple desierto, y de ahí su pasión por los costes de transporte. Estaba en plena marea alta del tema cuando Los Ángeles se alineó a nuestro lado y echó el ancla, fascinado por el simple rodar de cifras.

—¿Cómo eso? —incidió bruscamente en una pausa.

Le fue explicado el cómo, y entonces drenó a mi amigo hasta dejarlo seco en lo relativo a aquella línea férrea, por simple interés fraternal, según explicó, hacia «cualquier maldita cosa que se haga en cualquier parte».

—Así que ya lo ve —prosiguió mi amigo—, transportaremos ganado abisinio hasta El Cairo.

—¿A golpe de pezuña? —veloz mirada a las montañas del desierto.

—¡No, no! En tren y por río. Y después de *esto* cultivaremos algodón entre el Nilo Azul y el Blanco**[89]** y sacaremos ventaja a los Estados Unidos.

—¿Cómo eso?

—De esta manera —el orador separó los dedos índice y medio a modo de abanico delante del interesado rostro picudo—. Este es el Nilo Azul. Y este el Blanco. Hay una diferencia de nivel de tantos pies entre el uno y el otro, y en esta horquilla, entre mis dedos, haremos…

—*Ya veo*. Irrigarán valiéndose de la pequeña diferencia de niveles. ¿Cuántos acres?

De nuevo Los Ángeles fue informado. Estaba contento como un sapo en una ducha.

—¡Y yo que creía —musitó— que Egipto no era más que momias y la Biblia! Algo me sé *yo* del algodón. Ahora hablemos.

Durante todo aquel día los dos pasearon arriba y abajo por cubierta con la absorta insolencia de los amantes; y, al estilo de los amantes, cada cual hacía escapadas para venir a decirme lo estupendo que era su compañero.

Aquel era un tipo, pero había otros: profesionales que no hacían ni vendían cosas, y a estos la mano de una democracia implacable parecía

haberlos fabricado con un único molde. No es que fuesen poco comunicativos pero, te los encontrases donde te los encontrases, su conversación era tan estandarizada como el equipamiento de un Pullman.[90]

Insinué algo en ese sentido a una mujer a bordo que estaba versada en los sermones de cualquiera de los idiomas.

—Me parece —empezó— que la aridez de la que usted se queja…

—Yo no he dicho «aridez» —protesté.

—Pero lo piensa. La aridez que ha observado se debe a que nuestros hombres han sido educados en una enorme medida por viejas… solteronas. Prácticamente hasta que va a la universidad, y entonces no siempre, un muchacho no puede prescindir de ellas.

—¿Qué ocurre entonces?

—Se da el resultado natural. El instinto de un hombre es enseñar a un niño a pensar por su cuenta. Si una mujer no consigue que un niño piense como *ella* piensa, se sienta y llora. Un hombre no tiene pautas. Las hace. Una mujer es el ser más estandarizado del mundo. Debe serlo, ¿entiende *ahora*?

—Todavía no.

—Mire, nuestro problema, en América, es una educación femenina a muerte. Puede verlo en cualquier periódico que elija. ¿De qué hablaban esos hombres justo ahora?

—Adulteración de alimentos, reforma de la policía, y hermosos descampados edificables en las ciudades —contesté enseguida.

Alzó las manos al cielo.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Nuestra gran Policía Nacional de las labores domésticas! Virutas de jamón y cojines de fantasía. ¿Sabe usted de algún hombre que se gane el respeto de una mujer exhibiéndose por el mundo con un trapo de cocina colgando del faldón de su chaqueta?

—¿Y si es su mujer quien se lo orde… quien le dice de hacerlo?

—Entonces, lo despreciará todavía más por hacerlo. No tiene *usted* de qué reírse. En Inglaterra están llegando a eso mismo.

Volví a la pequeña reunión. Una mujer hablaba con ellos como lo haría alguien acostumbrado a hablar desde la cuna. Ellos la escuchaban con la rígida atención de unos hombres adiestrados a escuchar a las mujeres, pero no a hablar con ellas. Ella era, por decirlo suavemente, la madre de todos los latazos, pero, cuando se acercaba, ningún hombre se atrevía a decirlo.

—A esto me refiero cuando hablo de educación femenina a muerte —dijo mi conocida, perversamente—. Fíjese, los tiene fritos de aburrimiento; pero

son tan educados que ni siquiera se dan cuenta de que se aburren. Algún día, el Hombre Americano se rebelará.

—¿Y qué hará la Mujer Americana?

—Se sentará y llorará… y eso le hará bien.

Más tarde, me encontré con una mujer de un cierto estado del Oeste que veía por primera vez este gran, feliz y despistado mundo de Dios, y se sentía un tanto acongojada porque no era como el suyo. Siempre había creído que los ingleses eran brutales con sus esposas, porque así lo dicen los periódicos de su estado. (¡Si vieran ustedes los periódicos de su estado!) Pero no había observado hasta el momento ningún trato escandaloso, y las inglesas, a quienes, lo admitía, ella no comprendería nunca, parecían gozar de una cierta clase falaciosa de libertad y de igualdad;[91] y los ingleses, por su parte, eran incuestionablemente amables con las jóvenes en dificultades con el equipaje y los billetes en ferrocarriles forasteros. Una gente realmente agradable, concluyó, pero sin demasiado sentido del humor. Cierto día, me mostró lo que parecía una ilustración de revista de moda de un tejido para vestido: un bonito medallón ovalado con estrellas sobre fondo rojo oscuro. Me resultaba vagamente familiar.

—¡Qué bonito! ¿Qué es? —pregunté.

—Nuestra bandera nacional —me contestó.

—Ah. Ya. Pero no acaba de tener el aspecto…

—No. Esto es un diseño nuevo que dispone las estrellas de manera que sean más fáciles de contar y tengan un efecto más decorativo. Votaremos sobre esto en mi estado. Tenemos franquicia para hacerlo. Yo votaré cuando vuelva a casa.

—¡Ah, vaya! ¿Y en qué sentido votará?

—Me lo estoy pensando.

Desplegó la imagen sobre las rodillas y la examinó pensativamente, con la cabeza ladeada, como si se tratase de veras de tejido para un vestido.

Todo esto mientras la tierra de Egipto desfilaba solemnemente a lado y lado nuestro. Desde allí abajo, en el río, la veíamos en el barco como un largo zócalo, doce o veinte pies[92] de barro marrón rojizo, visiblemente elevado más o menos cada cien yardas[93] por relucientes cariátides de cobre en forma de hombres desnudos que subían agua hasta los cultivos de allá arriba. Detrás de aquella lustrosa línea esmeralda se extendía el fondo color ciervo o león[94] del desierto, y un cielo azul pálido lo envolvía todo. Allí estaba Egipto tal como los faraones y sus ingenieros y arquitectos lo habían visto:[95] tierra cultivable, gente y ganado para el trabajo, y fuera del trabajo ninguna

diversión o entretenimiento de ninguna clase, salvo cuando los muertos eran transportados a sus sitios más allá de los límites de los cultivos. Cuando las orillas eran más bajas, la mirada alcanzaba hasta dos millas[96] de cosa verde atestada, como un arca de Noé de juguete, de gente, camellos, ovejas, corderos, bueyes, búfalos, y algún que otro caballo. Las bestias, por lo demás, se mantenían quietas como los juguetes, porque estaban atadas o encerradas en sus semicírculos de trébol, y cada una era trasladada más adelante cuando se lo había comido. Tan solo los niños muy pequeños iban sueltos, y jugaban como gatitos encima de los tejados de barro planos.

Si «los egipcios abominan de todos los pastores»,[97] no tiene nada de extraño. Cada polvoriento sendero para pies descalzos está limitado al centímetro en su regateada anchura; los caminos principales se elevan lo más posible en los flancos de los canales, esto si no se puede forzar que el recorrido fijo de un tren ligero cumpla sus funciones. El trigo, la pálida caña de azúcar madura empenachada, el mijo, la cebada, las cebollas, los ricinos orlados compiten a empujones por la tierra, porque el desierto no les hará espacio; y los hombres persiguen al Nilo decreciente pulgada a pulgada, cada madrugada, arando nuevos surcos para los melones en las orillas todavía empapadas.

Desde el punto de vista administrativo, una tierra como esta debería ser una maravilla. La gente no emigra; tienen todos sus recursos a la vista; están tan acostumbrados como sus reses a que los conduzcan. Lo único que piden, y les ha sido dado, es que los protejan del asesinato y la mutilación, de la violación y el robo. De todo el resto ya se ocupan ellos en sus silenciosos pueblos a la sombra de palmeras en los que arrullan las palomas y los niños pequeños juegan en el polvo.

Pero la civilización occidental es un juego devastador y egoísta. Lo mismo que las muchachas de «nuestro estado», dice, en efecto: «Soy rica. No tengo nada que hacer. *Debo* hacer algo. Me ocuparé de la reforma social».

Justo ahora hay en Egipto una pequeña reforma social que resulta más bien divertida. El agricultor egipcio toma dinero en préstamo, como deben hacer todos los agricultores. Esta tierra sin cercas y sin flores silvestres es su pasión por herencia y sufrimiento ancestrales y vive por, en y para ella. Toma prestado para explotarla y para comprar más a un precio de entre 30 y 200 libras esterlinas por acre,[98] y, una vez todo pagado, obtiene una ganancia de entre 5 y 10 libras por acre.[99] Antes, tomaba prestado de los prestamistas locales, sobre todo griegos, al treinta por ciento anual e incluso más. La tasa no es excesiva cuando la opinión pública permite que de vez en cuando el

prestatario mate al prestamista; pero la Administración moderna califica esto de rebelión y asesinato. Hace unos años, por lo tanto, se creó un banco con garantía del Estado que prestaba a los agricultores al ocho por ciento, y el agricultor se acogió celosamente a aquel privilegio. No se demoraba en el pago más de lo razonable, pero, naturalmente, siendo un agricultor, no pagaba hasta que lo amenazaban con el embargo. Así prosperó y compró más tierra, lo cual respondía a sus más caros deseos. Este año (1913), la Administración emitió repentinamente órdenes en el sentido de que ningún hombre que poseyera menos de cinco acres podía tomar prestado sobre garantía de sus tierras. El asunto me afectaba directamente, porque tengo cinco mil libras**[100]** en acciones de ese banco con garantía estatal, y más de la mitad de nuestros clientes eran pequeños agricultores, de menos de cinco acres. Hice, pues, indagaciones en sectores que parecían disponer de información, y se me dijo que la medida estaba en perfecta concordancia con las leyes agrarias de los Estados Unidos y Francia, y con los designios de la Divina Providencia (o algo por el estilo).

—Pero —pregunté—, ¿esta limitación del crédito no impedirá a los hombres con menos de cinco acres conseguir más dinero prestado, comprar más tierra y prosperar en este mundo?

—Sí —fue la respuesta—, claro que sí. Es precisamente esto lo que queremos impedir. La mitad de esos tipos se arruinan tratando de comprar más tierra. Debemos protegerlos contra ellos mismos.

He aquí, ¡ay!, el único enemigo contra el cual ninguna ley puede proteger a ningún hijo de Adán; porque las auténticas razones que hacen o destruyen a un hombre son demasiado absurdas o demasiado obscenas para que se puedan entender desde fuera. Entonces busqué por otras partes para averiguar qué haría el agricultor al respecto.

—Oh, ¿él? —dijo uno de mis informantes—. *Él* puede estar tranquilo. Hay cosa de seis maneras de burlar la ley, que *yo* sepa. El felah**[101]** seguramente conoce seis más. Se ha acostumbrado a cuidar de sí mismo desde los tiempos de Ramsés.**[102]** De entrada, puede falsificar documentos de transferencias de tierras; puede tomar prestada la tierra suficiente para que sus posesiones superen los cinco acres durante el tiempo necesario para negociar un crédito; puede tomar dinero de su propia mujer (sí, ese es uno de los resultados del progreso moderno en esta tierra), y puede volver a su viejo amigo el griego al treinta por ciento.

—Entonces el griego le subastará las tierras, y eso irá contra la ley, ¿no es así? —dije.

—No se preocupe por el griego. Es capaz de saltarse todas las leyes del mundo si al otro lado de ellas hay cinco piastras.

—Quizá; pero ¿el Banco Agrícola embargaba demasiado a los campesinos?

—En absoluto. El número de pequeñas propiedades va, si acaso, en aumento. En su mayoría, los campesinos no pagan un crédito hasta que les apuntan a la cabeza con una citación judicial. Les parece que así demuestran que son gente de peso. Esto hincha el número de citaciones judiciales, pero no significa que haya un embargo por citación. Otro hecho es que en la vida real hay hombres que no prosperan tanto como otros. O bien no cultivan lo bastante bien, o son adictos al hachís, o se enamoran locamente de una chica y toman dinero en préstamo por ella, o… bueno… algo por el estilo, y acaban embargados. Quizá usted lo haya observado.

—Pues sí. Y, a todo eso, ¿qué hace el campesino?

—Entretanto, el felah ha interpretado mal la ley, como de costumbre. Cree que es retrospectiva y que no hay que pagar las deudas pasadas. Pueden montar algún jaleo, pero me parece que su banco puede estar tranquilo.

—¿Estar tranquilo? ¡Con la línea de flotación golpeada por la pérdida de las dos terceras partes de su negocio y… y con mis cinco mil libras implicadas!

—¿Esto lo preocupa? No creo que sus acciones suban como la espuma; pero si quiere algo más de diversión, hable del tema con los franceses.

Parecía una manera tan buena como cualquier otra de entretenerse un poco. El francés al que recurrí hablaba en base a ciertos conocimientos de finanzas y política y con la malicia natural en una raza lógica encarada a una horda ilógica.

—Sí —dijo—. La idea de limitar el crédito en esas circunstancias es absurda. Pero esto no es todo. Si la gente está asustada, si los negocios están trastornados, no es por culpa de una idea absurda, sino por la posibilidad de que vengan más.

—Entonces, ¿hay más ideas que se van a probar en este país?

—Dos o tres —contestó plácidamente—. Todas son generosas; pero todas son ridículas. Egipto no es un buen sitio donde propagar ideas ridículas.

—Pero ¡mis acciones! ¡Mis acciones! —exclamé—. Ya han bajado varios puntos.

—Puede. Bajarán más. Después subirán.

—Gracias, pero ¿por qué?

—Porque la idea es fundamentalmente absurda. Esto su gente no lo admitirá jamás, pero habrá arreglos, componendas, ajustes, hasta que todo vuelva a ser como era. Será cosa del Funcionario Permanente[103] (¡pobre diablo!) poner la cosa en orden. Todo es siempre cosa suya. Entretanto, subirá el precio de todo.

—¿Por qué?

—Porque la tierra es la principal garantía en Egipto. Si un hombre no puede tomar prestado sobre esta garantía, las tasas de interés subirán sea cual sea la otra garantía que ofrezca. Esto afectará a todo el trabajo, los sueldos y los contratos con el Gobierno.

Lo explicó tan convincentemente y con tantas ilustraciones históricas que vi horizontes enteros de viejos y enérgicos faraones, dueños de la vida y la muerte a lo largo del Río, bloqueados a mitad de camino por impávidos contables que entonaban la cantinela de que ni los mismísimos dioses pueden hacer que dos y dos sumen más de cuatro. Y la visión recorrió las edades hasta llegar a la enfática cabecita, a bordo de un vapor de la Cook, ladeada sobre el vital problema de rediseñar «nuestra bandera nacional» de tal modo que fuese «más fácil contar las estrellas».

Por milésima vez: ¡loado sea Alá por la diversidad de sus criaturas!

5. Reyes muertos[104]

Aquel que murió en viernes
se acabó para siempre.
Pues la vida es vapor.
Porque la carne es hierba.
Pues la vida es ceniza.
Porque la carne es barro.
Mas la hierba vuelve como res.
Y la nube vuelve como lluvia.
Con ceniza se repara una senda,
y con barro se tapona una grieta.
¿Por qué razón, entonces,
él y Faraón no han de volver?[105]

Los suizos son el único pueblo que se ha tomado la molestia de dominar el arte de la dirección de hoteles. En consecuencia, en todo lo que realmente importa (camas, baños y víveres) controlan Egipto; y, dado que toda tierra se retrotrae a su vida aborigen (por esto en los Estados Unidos les encanta contar historias viejas), cualquier egipcio antiguo entendería enseguida y se pondría a tono con la vida que ruge en los barracones de tuberías de níquel que alojan a los turistas junto al río, donde el mundo entero retoza bajo la luz del sol. A primera vista, el espectáculo se presta a moralizaciones baratas, hasta que uno recuerda que uno ve únicamente a gente activa en su tiempo de no hacer nada y a gente rica que ya ha hecho su fortuna. Un ciudadano de los Estados Unidos (era su primer viaje al extranjero) señaló con el dedo a un anglosajón de mediana edad que descansaba al estilo de no pocos colegiales.

—¡Ahí tiene un ejemplo! —dijo, despectivo, el Hijo del Ímpetu—. Dígame, ¿*ese* ha hecho nada de nada en su vida?

Por mala suerte, había acertado al único que, cuando va de cuello duro, se apunta una razonable ración diaria de trece horas y medio de trabajo.

Había en aquel grupo hombres y mujeres tostados en un tinte azul negruzco, gente civilizada de cabellos desteñidos y ojos chispeantes. Se designaban a sí mismos como «excavadores», simplemente excavadores, y

me abrieron un mundo nuevo. Dando por cierto que Egipto entero es un gran emporio de pompas fúnebres, ¿qué podría resultar más fascinante que obtener un permiso del Gobierno para hurgar en uno de sus rincones, montar una pequeña empresa y pasar el tiempo frío tratando de pagar dividendos en forma de collares de amatista, escarabeos de lapislázuli, jarros de oro puro y trocitos de estatuaria más allá de todo precio?[106] O, si uno es rico, ¿qué mejor diversión que adelantar el dinero para una expedición al supuesto emplazamiento de una ciudad muerta y ver qué sale?[107] Había un cazador de caza mayor que había recorrido la mayor parte del continente, irrefrenablemente arrastrado por aquel deporte.

—Tendré participación en una ciudad el año que viene, y supervisaré yo mismo la excavación —dijo—. Esto deja pálida la caza de elefantes. En *este* juego excavas cosas muertas y les das vida. ¿No irá usted a echar un vistazo?

Me enseñó un pequeño prospecto seductor. Lo que es yo preferiría dejar en paz el ajuar funerario de un hombre, especialmente si se fue a la tumba creyendo que las baratijas garantizaban su salvación. Tenemos, claro, el argumento inverso, esgrimido por los escépticos: que el egipcio hacía descaradamente propaganda de sí mismo y nada lo complacería más que la idea de ser examinado y admirado al cabo de tantos años. Con todo, puede que uno esté perpetrando un robo contra un alma menguante[108] que no veía las cosas bajo esa luz.

A finales de primavera los excavadores se retiran del desierto e intercambian chismes y noticias en espléndidas verandas. Por ejemplo: el equipo A ha hecho el hallazgo de unas cosas invalorables, Dios sabe de qué antigüedad y… no es excesivamente humilde al respecto. El equipo B, menos afortunado, insinúa que si los de A supieran de qué modo sus excavadores nativos les han estado robando y vendiendo lo robado delante de sus arqueológicas narices, no estarían tan contentos.

—Absurdo —dice el equipo A—. Nuestros excavadores están fuera de toda sospecha. Además, los vigilábamos.

—¿Lo *están*? —es la respuesta—. Bueno, la próxima vez que estéis en Berlín, id al museo y veréis lo que han conseguido los alemanes. Tiene que haber salido de vuestro territorio. La dinastía lo demuestra.

De este modo el equipo A queda envenenado… hasta la temporada siguiente.

Ningún coleccionista o director de museo tiene absolutamente ninguna clase de escrúpulos morales; jamás he conocido a ninguno que los tuviera; y he sido informado, por informantes de cuatro nacionalidades hondamente

escandalizados, de que entre todos ellos los alemanes son los piratas más desvergonzados.[109]

El negocio de la exploración es más o menos igual de romántico que el trabajo en terraplenes de los ferrocarriles de la India. Hay las mismas vagonetas de vía estrecha y los mismos asnos, los mismos grupos de trabajo sudorosos en las mismas zanjas y la misma multitud chillona de mujeres y niños de azul oscuro cargando los pequeños capazos de tierra. Pero las azadas no se hincan y las paladas no se arrojan al azar, y cuando el trabajo se hace a lo largo de un imponente muro los hombres utilizan las manos cuidadosamente. Un hombre blanco (vaya, blanco a la hora del desayuno) patrulla en medio de la neblina de polvo constantemente renovada. Pueden transcurrir semanas sin que se encuentre ni un simple abalorio, pero puede ocurrir cualquier cosa en cualquier momento, y a él le toca responder al grito del descubrimiento.

Tuvimos la buena suerte de conocer un poco el cuartel general del Metropolitan Museum de Nueva York en un valle acribillado de tumbas[110] como una colina de conejeras. Sus cuadras, almacenes y dependencias de servicio son viejas tumbas; su conversación es sobre tumbas, y su sueño (ese es siempre el sueño del excavador) es descubrir una tumba virgen donde el muerto intacto yazga con sus joyas puestas.[111] A cuatro millas[112] están los cada vez más numerosos hoteles de anchas alas. Aquí no hay nada en absoluto fuera de los restos de muertos de hace millares de años[113] sobre cuyas tumbas no ha crecido nunca nada verde. Los pueblos, expertos en el robo de tumbas desde hace doscientas generaciones, se acurrucan entre túmulos de desechos y gritan de entusiasmo por el turista de cada día. Sendas hechas por pies descalzos van de una media tumba-medio montón de barro hasta la siguiente, no mucho más distinguibles que rastros de caracol, pero han sido utilizadas desde…

El tiempo es una cosa peligrosa con la que jugar. Aquella mañana el conserje se esforzó, en medio de salidas de vapores, para ver si podíamos reservarnos tres días. Aquella tarde estuvimos con gente con la que el Tiempo había permanecido quieto desde los Ptolomeos.[114] Me preguntaba, al principio, en qué les afectaba, a ellos o a cualquier otro ser humano, que tal o cual faraón hubiera utilizado para glorificarse los plintos y las columnas de tal otro faraón[115] antes o después de Melquisedec.[116] El telón de fondo de su vida era demasiado inconcebiblemente remoto para que la mente pudiese operar sobre él. Pero a la mañana siguiente nos llevaron a la tumba pintada de

un noble (un ministro de Agricultura) que murió hace cuatro o cinco mil años. Me dijo, palabra por palabra:

—¡Fíjate! Fui muy parecido a tu amigo, el difunto señor Samuel Pepys, de vuestro almirantazgo.[117] Me interesaba enormemente la vida, y la disfruté muy a fondo tanto en la faceta humana como en la espiritual. Me parece que no encontrarás muchos departamentos de la Administración del Estado mejor gestionados que el mío, o una casa más bien llevada, o un grupo más encantador de gente joven… ¡Mis hijas! La mayor, ya lo ves, se parece a su madre. La menor, mi favorita, parece que tira a mí. Ahora te mostraré todas las cosas que hice, y con las que disfruté, hasta que me llegó el momento de rendir cuentas en otra parte.

Y me mostró, detalle a detalle, en color y en dibujo, su ganado, sus caballos, sus cultivos, sus giras por el distrito, a sus contables presentando las cuentas de resultados, y a él mismo, el más atareado entre los atareados, en sus mejores tiempos.

Pero cuando dejamos aquella espaciosa y alegre antesala y llegamos al corredor más estrecho donde en otro tiempo fue depositado su cadáver y donde estaba representado todo su destino, ya no lo entendí tan bien. No comprendía como él, tan experimentado en la vida, podía dejarse acobardar por frisos de apariciones con cabezas de bestia o quedar satisfecho con hileras de figuras repetidas. Me explicó algo en el siguiente sentido:

—Vivimos junto al Río… una línea sin anchura ni grosor. Detrás tenemos el Desierto, al que nada afecta, al que nadie va hasta después de muerto. (Uno no malgasta la buena tierra de cultivo en cementerios.) Prácticamente, pues, nos movemos tan solo sobre dos dimensiones: corriente arriba y corriente abajo. Dejemos de lado el Desierto, al que no hacemos más caso del que hace a la muerte un hombre sano, y verás que no tenemos ninguna clase de telón de fondo. Nuestro mundo es una franja recta de tierra marrón o verde y, durante unos meses, una superficie de agua que refleja el cielo y lo borra todo.[118] Te basta con mirar a los Colosos[119] para darte cuenta de hasta qué extremos de enormidad y extravagancia pueden llegar el hombre y sus obras en este país. Recuerda, también, que nuestras cosechas son seguras y nuestra vida es muy, muy fácil. Por encima de todo, no tenemos vecinos. Es decir, debemos dar, porque no podemos tomar.[120] Ahora, dime tú: ¿qué puede hacer un sacerdote con imaginación si no es enriquecer el ritual y multiplicar a los dioses en los frisos? Un ocio ilimitado, un espacio bidimensional limitado y dividido por la línea hipnotizadora del Río y ceñido por la muerte, visible e inalterable, debe, *ipso facto…*[121]

—A pesar de todo —interrumpí—, no entiendo a vuestros dioses… ¿Qué me dices, por ejemplo, de vuestro culto directo a las bestias?

—¿Prefieres el indirecto? ¿El culto a la Humanidad, con hache mayúscula? Mis dioses, o lo que yo veía en ellos, me satisfacían.

—¿Qué veías en tus dioses que afectase a las creencias y al comportamiento?

—¿Conoces la respuesta al enigma de la Esfinge?[122]

—No —musité—. ¿Cuál es?

—«Todos los hombres juiciosos profesan la misma religión, pero ningún hombre juicioso lo admite jamás» —me contestó. Tuve que contentarme con aquello, porque el corredor terminaba en pura roca.

Había otras tumbas en el valle, pero sus propietarios eran mudos, con la excepción de un faraón que, por las razones más nobles, había roto con las creencias y los instintos de su país[123] y, con ello, estuvo a punto de acabar con él.[124] Uno de sus descubrimientos fue el de un artista que contemplaba las figuras humanas no sobre un plano, sino en bulto redondo o en perfil de tres cuartos, con las extremidades a proporción del volumen y la postura.[125] Sus trabajos,[126] ejecutados con viveza, saltaban a los ojos fuera de la superficie del bajorrelieve de la vieja convención, y lo aplaudí tal como debe hacer cualquier turista bien educado.

—Fue un error fatal, el mío —me susurró al oído el faraón Ajenatón—. Confundí las convenciones de la vida con realidades.

—¡Ah, esas convenciones que mutilan el alma! —grité.

—*Me* entiende usted mal —contestó, más secamente—. Estaba tan convencido de su realidad que creía que eran auténticas mentiras, siendo así que fueron inventadas tan solo para recubrir los crudos hechos de la vida.

—¡Ah, esos crudos hechos de la vida! —grité, todavía más fuerte; porque no se presenta a menudo la oportunidad de causar buena impresión a un faraón—. ¡Debemos enfrentarnos a ellos con los ojos abiertos y la mente abierta! ¿Así lo hizo *usted*?

—No tuve ninguna oportunidad de evitarlos —contestó—. Rompí con todas las convenciones de mi país.

—¡Oh, cuánta nobleza! ¿Y qué ocurrió?

—¿Qué ocurre si se arranca la tapa de un avispero? El crudo hecho de la vida es que la humanidad está solo un poco por debajo de los ángeles, y las convenciones se basan en ese hecho con el fin de que los hombres puedan convertirse en ángeles. Pero si empiezas, como yo hice, por la convención de que los hombres son ángeles, con toda seguridad serán más bestias que nunca.

—Eso —dije, con firmeza— está absolutamente desfasado. Hubiera debido usted aplicar una mentalidad más amplia, llevar a cabo una elevación más vital, y… esto… todas estas cosas, e incidir… bueno, toda esta clase de cosas, ¿sabe?

—Lo hice —dijo Ajenatón tristemente—. ¡Fue lo que me destrozó!

Y también él enmudeció entre las ruinas.

Hay un valle de rocas y piedras en todas las tonalidades del rojo y el marrón, llamado el Valle de los Reyes,[127] donde un pequeño generador a petróleo tose detrás de su mano durante todo el día mientras da electricidad para iluminar las caras de los faraones muertos a cien pies[128] bajo tierra. En todo el valle, durante la temporada turística, hay charabanes[129] y asnos y carros de arena,[130] y aquí y allí parejas exhaustas que han quedado descolgadas de las procesiones chorrean de sudor y se abanican en un pedacito de sombra. A lo largo de los costados del valle, las tumbas de los reyes están pulcramente numeradas, como si fuesen túneles de entrada a minas provistos de peldaños de hormigón, y rejas de hierro para cerrarlas por la noche, y porteros del Departamento de Antigüedades[131] que piden los billetes de entrada correspondientes. Uno entra y oye, desde las profundidades de más allá, las voces de los dragomanes enumerando atronadoramente los nombres y títulos del ilustre y tres veces poderoso muerto. Unos peldaños cortados en la roca bajan a una oscuridad calurosa y silenciosa, hay corredores que serpentean y llevan a pozos vacíos que, se dice, los prudentes constructores esperaban puerilmente que fuesen confundidos con las tumbas auténticas por los futuros ladrones.[132] Arriba y abajo por esos pasadizos trotan todas las razas de Europa con un consistente refuerzo de estadounidenses. El ruido de sus pasos se apaga de pronto en el suelo de una sala alfombrada por un polvo inmemorial que no danzará nunca bajo ningún viento. Levantan la mirada hacia los techos decorados, la bajan a las paredes minuciosamente adornadas, la vuelven para reseguir los sombríos esplendores de una cornisa, contienen el aliento y trepan de vuelta a la violenta luz solar para volver a sumergirse en el siguiente túnel de su programa. Lo que consideran pertinente decir, lo dicen en voz alta, y a veces es muy interesante. Lo que sienten se puede conjeturar por una cierta prisa en sus movimientos, algo así como un intermedio entre la encogida modestia de un hombre bajo el fuego enemigo y la actitud de «¿por qué no lo dejamos ya?» de los visitantes de una mina. A fin de cuentas, no es natural para un ser humano meterse bajo tierra si no es por trabajo o por postrera vez. Tiene conciencia del peso de la madre tierra encima de su cabeza, y cuando a su amenazadora masa se añade,

se mire hacia donde se mire, toda la jerarquía picuda, cornúpeta, alada y coronada de una fe perdida desea, naturalmente, irse. Ni siquiera la visión de un rey realmente grande, metido en su sarcófago bajo luz eléctrica en una sala llena de las pinturas más reconfortantes, lo retiene demasiado tiempo.

Hay quienes afirman que la cripta de San Pedro, con tan solo diecinueve siglos pesándole en los lomos y con tumbas de viejos papas y reyes por todas partes, es más impresionante que el Valle de los Reyes porque explica como se desarrolló, y a partir de qué, una fe existente. Pero el Valle de los Reyes no explica nada fuera de aquella línea absolutamente aterradora de *Macbeth*:

Hasta la última sílaba del tiempo prescrito.[133]

La tierra abre sus secos labios y la recita.

En una de las tumbas hay una pequeña cámara cuyo techo, probablemente por una irregularidad en la roca, no pudo ser alisado como el resto. De modo que el decorador, muy astutamente, lo recubrió con un diseño de trama de tejido muy apretada, una cosa muy parecida a la cretona que, en la vida real, uno colgaría debajo de un techo. Lo hizo a la perfección, allá abajo, en la oscuridad, y a por otra cosa. Al cabo de miles de años, nació un hombre, conocido mío, que, por razones válidas y suficientes, sentía un horror casi demente por cualquier cosa del estilo de un tejido recubridor de un techo. Solía excusarse para no tener que entrar en una mercería en Navidad, cuando anexos apresuradamente ampliados se recubren, en las paredes y el techo, con bordados. Quizá una serpiente o un lagarto había caído sobre su madre desde el techo antes de que él naciera; quizá era el recuerdo de un espantoso ataque de fiebre en una tienda de campaña. Fuese como fuese, la imagen que aquel hombre tenía de la Tortura con mayúscula era una sala subterránea calurosa y atestada de gente y con el techo recubierto con tejidos tramados. Una vez en su vida, en una ciudad muy septentrional donde tenía que hacer un discurso, dio con esa combinación perfecta. Lo guiaron arriba y abajo por corredores estrechos, llenos de gente y calentados al vapor y, finalmente, lo metieron en una habitación sin ninguna ventana visible (por lo que supo que estaba bajo tierra), directamente debajo de un tejido de vistoso tramado que recubría el techo, algo así como un revestimiento de tienda de campaña. Y allí tuvo que decir lo que había de decir mientras el terror pánico le agarrotaba la garganta. Una segunda vez fue en el Valle de los Reyes, donde unos corredores muy similares, llenos de gente, lo llevaron a una habitación cortada en la roca, a varias brazas[134] bajo tierra, y una cosa que parecía una cretona abombada estaba a menos de tres pies[135] de su cabeza.

—Me gustaría echarle la mano encima —me dijo, una vez fuera de nuevo — a aquel decorador. ¿Cree usted que se proponía causar este efecto?

Cada ser humano tiene sus terrores particulares, al margen de los de su propia conciencia. Por lo que vi en el Valle de los Reyes, los egipcios, se diría, ya lo sabían hace un poquito de tiempo. Es indudable que los han infundido a gente de lo más inesperado. Oí dos voces en un corredor que conversaban como sigue:

Ella. Supongo que no se esperaba que viésemos esas tumbas por dentro.

Él. ¿Qué quieres decir?

Ella. Para empezar, se toman tan en serio eso de estar muertos. Está claro que su manera de ver las cosas espirituales no era tan amplia como la nuestra.

Él. Bueno, no hay peligro de que *nosotros* nos dejemos llevar a eso. ¿Le compraste esta mañana al dragomán aquel escarabeo supuestamente auténtico?

6. El rostro del desierto[136]

Remontar el Nilo es como pasar por el túnel entre una doble fila de flagelantes delante de la eternidad.[137] Hasta que uno lo ha visto, uno no puede hacerse una idea de la pasmosa estrechez de ese húmedo chorrito de vida que se desliza invicto entre las fauces de una muerte implacable.[138] Un tiro de rifle iría más allá de los límites más anchos de los cultivos, un tiro de arco de los más estrechos.[139] Una vez más allá de esos límites, vale más que cada cual lleve consigo su siguiente trago hasta que llegue al Cabo Blanco al oeste[140] (desde donde podría hacer señales por si lo recogía algún barco de paso de la Union Castle)[141] o el club Karachi al este.[142] Digamos cuatro mil secas millas[143] a mano izquierda y tres mil[144] a mano derecha.

Soportas el peso del desierto cada día y cada hora. Por la mañana, cuando la cabalgata avanza penosamente detrás del dragomán parecido a un tulipán,[145] te dice:

«Aquí estoy, justo detrás de ese montículo de arena rosa que admiras. Acérquese, querido caballero, que le diré la buena suerte».

Pero el dragomán dice muy claramente:

—Por favor, señor, no se separe del grupo *nada de nada*.

Lo cual, el desierto lo sabe muy bien, no tenías la menor intención de hacer. Al mediodía, cuando los camareros del barco hurgan en las neveras escarchadas en busca de nuestras bebidas para la hora de la comida, el desierto gime, con más fuerza que las norias en la orilla:

«Estoy aquí, a solo un cuarto de milla.[146] Por el amor de Dios, querido caballero, guarde un trago de ese whisky con soda que se lleva a los labios. Hay un hombre blanco, a unos pocos cientos de millas, que está en mi regazo muriendo de sed, una sed que usted podría remediar con un trapo mojado en agua tibia mientras lo retiene tumbado con la otra mano, y él cree que lo maldice a usted en voz alta, pero no lo hace, porque tiene la lengua fuera de la boca y no puede volver a meterla dentro. ¡Gracias, noble capitán!».

Y es que, naturalmente, uno vierte la mitad de la bebida por encima de la borda y recita la vieja oración: «Que llegue a quien la necesita», y vuelve la

espalda a las palpitantes ondulaciones y a los horizontes fluidos del desierto que empiezan su danza de mediodía.

Al atardecer, el desierto se impone de nuevo, ahora engañosamente disfrazado de danzarina de nautch[147] con velos morados, azafrán, dorados de oropel y verde hierba. Hace posturas, desvergonzadamente, ante los deleitados turistas por medio de marañas entretejidas de pelícanos que vuelven a casa, flecos de patos salvajes moteados de negro sobre carmesí, y una bisutería barata de nubes opalinas. «¡Fíjate en mí!», chilla, como si fuese una indigna mujer cualquiera.[148] «¡Admira el juego de mis miembros móviles, las revelaciones de mi alma multicolor! Observa mis seducciones y potencialidades. ¡Estremécete porque te emociono!». Flota a través de todos sus cambios y abandona el escenario en brazos de la oscuridad. Pero a medianoche deja todas sus simulaciones y adopta su forma natural, la cual depende de la conciencia del espectador y de la distancia entre este y el hombre blanco más cercano.

Observarán en el *Benedicite, Omnia Opera*[149] que el desierto es la única cosa no conminada a «bendecir al Señor, alabarlo y ensalzarlo por siempre». Esto se debe a que cuando nuestro ilustre padre, milord Adán, y su augusta consorte, doña Eva, fueron expulsados del Edén, Eblis el Maldito,[150] temeroso de que la humanidad acabase por recuperar el favor de Alá, se puso a quemar y devastar todas las tierras al este y al oeste del Edén.

Curiosamente, el jardín del Edén es prácticamente el centro exacto de todos los desiertos del mundo, desde el de Gobi hasta Tombuctú;[151] y toda esa tierra *qua* tierra está excluida de la misericordia de Dios.[152] Quienes la utilizan lo hacen por su cuenta y riesgo. En consecuencia, el desierto engendra su propio tipo de ser humano, exactamente lo mismo que hace el mar. Yo fui lo bastante afortunado para dar con una muestra, de quizá veinticinco años de edad. Su trabajo lo llevó a la orilla del mar Rojo, donde hombres montados en veloces camellos van a buscar, para introducirlos de contrabando, hachís y a veces armas de fuego transportadas por dhows que las dejan en playas adecuadas. Estos contrabandistas han de ser perseguidos con camellos todavía más veloces y, dado que los pozos son pocos y conocidos, el juego consiste en adelantarse a ellos y ocupar sus puntos de aprovisionamiento de agua.

Pero quizá se salten un pozo o dos y hagan varios días de marcha de una sentada. Entonces su perseguidor debe aceptar riesgos mayores y hacer marchas todavía más crueles con el fin de que la ley se respete. Una cosa a favor de la ley es que el hachís huele abominablemente (peor que un camello

en celo), de modo que, cuando se acercan, no hay razón para perder el tiempo escuchando sus mentiras. No me explicaron como navegan a través de extensiones desoladas ni gracias a qué artes se mantienen vivos en las tormentas de arena y en el calor. Aquello se daba por cosa hecha, y el hombre que así se lo tomaba se consideraba el más corriente de los mortales. Lo emocionó profundamente que le hablasen de una nueva ruta aérea[153] que los franceses están tendiendo en alguna parte del Sahara[154] sobre un tramo sin agua de cuatrocientas millas[155] en el cual, si un avión cae averiado entre dos puntos de aterrizaje, lo más probable es que el piloto muera y se momifique a su lado.[156] Para ser justos con el desierto, raras veces se molesta en borrar las pruebas de una muerte. Hay sitios en el desierto, dicen, donde incluso ahora puedes encontrar a los muertos de viejas batallas, todos ligeros como los nidos de avispa del año pasado, tendidos en grupos de combate o abatidos en la huida, y, aquí y allí, están las rayitas brillantes de los cartuchos vacíos de las balas que dispararon.

Hay valles y barrancos donde ni los contrabandistas más dementes se atreven a refugiarse en determinadas épocas del año; lo mismo que hay residencias para viajeros donde los sirvientes nativos que uno tiene no quieren estar porque de camino a la cocina les dan el alto los centinelas de viejos regimientos sudaneses que ascendieron hace mucho al Paraíso.[157] Y hay un sinfín de voces y advertencias y clamores desde detrás de las rocas. Esto último se debe al hecho de que los seres humanos raras veces viven en un sitio tan absolutamente silencioso como para oír los murmullos de la sangre de la raza en sus propios tímpanos. Ni un barco, ni la pradera ni el bosque proporcionan tanto silencio. Bajé a escuchar, una vez que el barco amarró y el resto de la gente se fue a ver un paisaje, pero no me atreví a alejarme más de una milla[158] del humo de nuestras chimeneas. En aquel punto di con una colina acribillada de tumbas que contenían una multitud de calaveras blancas como el papel, todas sonriendo animadamente como embajadores del desierto. Pero no acepté su invitación. Me habían contado que todos los diablillos han aprendido a arrastrar a la gente hacia el desierto, lo cual explica el complejo y gratuito conjunto de detalles que lo ocupan. Solo a diablos podría ocurrírseles grabar todos los afloramientos de roca con líneas de erosión eólica, o desollarlos hasta sus relucientes nervios mediante rachas de arena; o disponer las colinas de modo que parezcan pirámides y esfinges y suburbios de ciudades en ruinas; o cubrir la superficie equivalente a la de medio condado inglés con estudios en sepia de barrancos, dongas y nullahs[159] entrelazados y ensortijados, trazado cada cual una destreza en

perspectiva excesivamente hábil; o borrar la obra semiterminada con un lavado de arena en tres tintas, tan solo para reemprenderlo al carboncillo en la línea del horizonte. Hacen todo esto con el fin de que los viajeros perdidos crean que pueden reconocer puntos de referencia y corran a identificarlos hasta que llega la demencia. El desierto es todo él un invento del diablo (podría hablarse de inteligencia maldita) atestado de obras fútiles, siempre promete una novedad a la vuelta de cada esquina y siempre lleva, a través de una decoración profusa y de un diseño demasiado cargado, a la misma desolación.

Hubo una mañana privilegiada en la que nos encontramos frente al templo cortado en la roca de Abu Simbel,[160] donde cuatro grandes figuras, cada una de sesenta pies de altura,[161] están sentadas, con las manos en las rodillas, esperando el Día del Juicio. A sus pies hay una pequeña franja de cultivo de un azul verdoso;[162] se diría que contiene detrás de ella todo el peso del desierto, el cual, con todo, lame uno de los costados del templo con una catarata de arena del escarlata más vivo. Se aconseja al turista que vea allí la salida del sol, ya sea desde dentro del templo, donde ilumina un determinado altar erigido por Ramsés[163] en su propio honor,[164] o desde fuera, donde lo sustituye otro poder.[165]

Las estrellas habían palidecido cuando empezó nuestra guardia; los pájaros del río apenas empezaban a susurrar en sus aseos matutinos bajo la incierta luz que tiraba a morado. Después el río brilló mortecinamente[166] como si fuese de peltre; la línea de la elevación de terreno detrás del templo se dejó ver sobre una lechosidad en el cielo; uno sentía más que veía que había cuatro figuras en el pozo de oscuridad que tenía debajo. Estas fueron perfilando su masividad, enormes pero no especialmente aterradoras, mientras progresaba el glorioso rito del amanecer oriental. Unos juncos de la orilla se revelaron por reflejo en negro sobre plata; ondulantes alas curvas convertían el agua quieta en vidrio astillado; la colina del desierto se hizo de topacio, y las cuatro figuras destacaron, pero sin sombreado, sobre su fondo. La intensificación de la luz las inundó de rojo de pies a cabeza y cobraron vida… estaban tan horrible y tensamente pero tan ciegamente vivas como el hombre sujetado a la silla eléctrica antes de que sea accionada la corriente. Uno sentía que si por algún milagro el amanecer pudiera ser demorado un segundo más se liberarían y saltarían hacia solo Dios sabe qué clase de venganza. Pero en aquel instante el pleno sol las clavó en sus sitios, ya no fueron más que estatuas cortadas en franjas de luz y sombra, y dio comienzo un día más.

A unas pocas yardas[167] a la izquierda de las grandes imágenes, cerca de la estatua de una princesa egipcia,[168] cuyo rostro era exactamente igual al de *Ella*,[169] había una lápida de mármol sobre la tumba de un oficial británico muerto en combate contra los derviches[170] hace cerca de una generación.

Desde Abu Simbel hasta Wadi Halfa el río, que ha escapado del dominio de los faraones,[171] empieza a hablar de hombres blancos muertos.[172] Hace treinta años, los oficiales jóvenes en la India mentían e intrigaban[173] furiosamente para ser destinados a expediciones cuyas bases estaban a veces en Suakin,[174] a veces al raso en el desierto, pero las proezas de toda aquella gente han sido hoy completamente olvidadas.[175] Ocasionalmente, el dragomán, moviendo suavemente la mano en dirección este o sudeste,[176] habla de algún combate. Entonces cada cual musita: «Oh, sí. Eso fue Gordon, claro», o bien: «¿Esto fue antes o después de Omdurmán?».[177] Pero el río es mucho más preciso. Mientras el barco tantea el curso decreciente del río como un perro de caza desorientado, los viejos nombres rebrotan al sonido de las palas de las ruedas: «ejército de Hicks… Val Baker… El Teb… Tokar… Tamai… ¡Tamanieh y Osmán Digna!».[178] El río ladea la cabeza se ladea para expresar un nuevo punto de vista: «No podemos desembarcar a ingleses o tropas indias; ante cualquier pregunta, se aconseja el abandono del Sudán dentro de ciertos límites». Eso era Lord Granville[179] gorjeando a los consejeros de Su Alteza el Jedive, y la frase vuelve tan hiriente como la primera vez que lo chocó a uno en el 84.[180] Después… un largo tramo entre palmeras sumergidas… después, claro, llega Gordon… y un corresponsal de guerra irlandés encantadoramente chiflado que se encerró con él en Jartum.[181] Gordon… ochenta y cuatro… ochenta y cinco… el tendido férreo Suakin-Berber, realmente empezado e igual de realmente abandonado.[182] Korti… Abu Klea… la Columna del Desierto…[183] un vapor llamado *Safieh*, y no me refiero al *Condor*, que rescató a otros dos vapores naufragados mientras se alejaban de Jartum caído en las manos ensangrentadas del Mahdi de aquellos días.[184] Después… continúa el suave deslizamiento sobre aguas profundas… otra expedición a Suakin, con Osmán Digna hasta la saciedad e intentos renovados de construir la vía férrea de Suakin a Berber.[185] «Hashin», dicen las palas de las ruedas, que de pronto han perdido velocidad, «la zareba de McNeill… el 15.º de Sijs y otro regimiento nativo…[186] Osmán Digna henchido de orgullo y poder, y Wadi Halfa ciudad fronteriza.[187] Tamai, otra vez; otro asedio de Suakin; Gemaiza; Handub; Trinkitat, y Tokar… 1887.[188]

El río evoca los nombres; la mente, enseguida, recuerda el rostro y cada inflexión de lenguaje de un jovencito de camino hacia Egipto conocido en los viejos tiempos, quizá durante unas horas, en un tren. Tanto el nombre como las facciones se habían borrado completamente de la memoria hasta entonces.

Fue otra generación la que recogió la pelota al cabo de diez años y se apuntó un ensayo en Jartum.[189] Varias personas a bordo del barco de la Cook habían estado en esa ciudad. Coincidían todas en que los precios de los hoteles eran muy altos, pero podías comprar las curiosidades más encantadoras en el bazar nativo. Pero no me gustan los bazares de la variedad egipcia desde un descubrimiento que hice en Asuán. Había un viejo (un musulmán) que me acosaba para que le comprase una baratija u otra, pero no lo hacía con la canallesca camaradería que generaciones de turistas de baja estofa han inculcado a la gente, y tampoco con la seductora ligereza cosmopolita que el egipcio educado en una ciudad adquiere demasiado aprisa, sino con una especie de celo desesperado ajeno tanto a su fe como a su naturaleza. Me toqueteaba, me imploraba, me adulaba, y, mientras yo me preguntaba qué le ocurría, vi detrás de él la hinchada cara de un judío tocado con un fez que lo vigilaba como una comadreja vigila a un conejo.[190] Cuando se movía, el judío lo seguía y se apostaba de modo que no lo perdía de vista. El viejo me miraba, lo miraba y reemprendía sus ruegos. De ese modo puede uno imaginarse a una vieja liebre aporreando frenéticamente una pandereta con la comadreja detrás. Me contaron después que los judíos son propietarios de la mayor parte de los tenderetes del bazar de Asuán y que los musulmanes trabajan para ellos porque los turistas necesitan colorido oriental. Yo no había visto o imaginado jamás a un judío forzando a nada a un musulmán, y aquel color era para mí nuevo y desagradable.[191]

7. El enigma del Imperio[192]

Si paras a saber cuánto sube tu paga
y qué ropas y comidas te darán,
Willie, hijo, no se te ocurra ir al mar.
Porque al mar no le harás nunca falta.

Si preguntas el porqué de cada orden
y discutes con la gente alrededor,
Willie, hijo, no se te ocurra ir a tierra.
Porque la tierra estará mejor sin ti.

Si te paras a pensar en la labor que has hecho
y a presumir de cuanto vale, querido,
quizá acudan los ángeles por ti, hijo,
¡pero en el mundo estás de más, querido![193]

En Halfa[194] sientes el primer hálito de una frontera. Aquí el gobierno egipcio se retira detrás del telón de fondo, y ni siquiera el vapor de la Cook queda retratado en el centro exacto de la postal. En la oficina de telégrafos hay también rastros, diluidos pero perfectamente identificables, de una administración militar. Y la ciudad no huele a nada en ninguna parte, lo cual demuestra que no está cuidada al estilo popular. No hay en ella por ver nada más de lo que hay en el depósito de la chatarra de desguace C.60, donde están los restos del transporte de tropas de Su Majestad *Himalaya*,[195] hoy un pecio en el Hamoaze[196] en Plymouth. Un frente fluvial, un estrecho paseo con terrazas junto al río frente a casas semiorientales, barracones, una mezquita y media docena de calles en ángulo recto, con el desierto abalanzándose hacia el extremo de cada una de ellas, componen toda la ciudad. Cosa de una milla[197] corriente arriba, a la sombra de palmeras, están los bungalows de lo que debieron ser acantonamientos, algunos talleres de reparación de maquinaria y piezas sueltas de una vía férrea. El conjunto de casas encaladas, jardines lastimosos, muros muertos y descampados áridos es la cosa más insignificante que a nadie se le ocurriría buscar en ninguna parte; y cada una de sus porciones se estremece con la vida recordada de ejércitos y

flotas fluviales como el vaso frotado con un dedo sigue vibrando cuando el dedo se retira. Los hombres más impensables han matado aquí el tiempo; miles de millares de toneladas de material de abastecimiento rodaron y fueron empujadas ribera arriba por decenas de millares de manos muy diversas; aquí se levantaron hospitales, se ampliaron enormemente, luego encogieron y se fueron junto con los regimientos; millas y millas de ramales de vía férrea fueron tendidos y arrancados, según las necesidades cambiantes, y luego borrados completamente por la arena.

Halfa ha sido estación término, estado mayor del ejército y meollo del universo. Fue el único sitio donde uno podía estar seguro de que podría comprar tabaco y sardinas, o donde podía esperar cartas para él y asistencia médica para su amigo. Ahora es una encogida cascarilla de ciudad sin ningún hotel presentable, en la que los turistas desembarcan y corren a comprar series completas de sellos sudaneses en la oficina de correos.

Fui a dar un paseo sin rumbo de un extremo de la ciudad a otro, y vi a muchos niños nativos jugando a futbol en lo que quizá fue en los viejos tiempos[198] un campo de ejercicios.

—¿Qué escuela es esta? —pregunté, en inglés, a un jovenzuelo bajito y vehemente.

—«Madrissah»[199] —dijo, muy inteligentemente, lo cual, traducido, significa sencillamente «escuela».

—Ya, pero *¿qué* escuela?

—Sí, madrissah, escuela, señor —y me siguió, pendiente de saber qué más podía querer aquel imbécil.

Un tramo de vía férrea que, en sus tiempos, debió aprovisionar a grandes talleres me llevó entre casas de habitaciones espaciosas y oficinas rotuladas por departamentos, con aquí y allí un oficinista trabajando. Fui orientado y vuelto a orientar por corteses funcionarios egipcios[200] (quería hablar con algún funcionario blanco, pero no había ninguno disponible); no me dejaron entrar en un jardín que pertenecía a la Autoridad; me demoré delante de la puerta de un bungalow al lado de un conjunto de viviendas de los viejos tiempos donde había dos hombres blancos sentados en sillas en una veranda; deambulé bajo palmeras hasta el río atravesado por unos últimos rayos rojos; me perdí entre calderas herrumbrosas y pilas de leña; y por fin vagabundeé de regreso en el crepúsculo, escoltado por el niño y una brigada entera de fantasmas; ninguno me había sido presentado en el pasado, pero los conocía a todos íntimamente. Me dijeron que también a *ellos* los atardeceres solían deprimirlos, y volvieron todos después de la cena a hacerme compañía

mientras yo me dirigía a recibir a una amiga[201] que llegaba de Jartum en un tren nocturno.

Llegó con una hora de retraso, y la pasamos, los fantasmas y yo, en un cobertizo de paredes de ladrillo y tejado de hojalata recalentado durante el día; y, mientras, una multitud de nativos reían y charlaban en alguna parte ahí detrás, a oscuras. Por entonces nos conocíamos tan bien que acabamos tratando todos los temas de conversación concebibles: el paradero de la cabeza del Mahdi,[202] por ejemplo; el trabajo, la recompensa, la desesperación, el reconocimiento, el puro y simple fracaso, todos los motivos reales que nos empujaban a hacer esto o aquello, y todos nuestros otros anhelos. Estuvimos, pues, sentados en silencio y dejamos rodar a las estrellas, como deben hacer los hombres cuando tienen esa clase de acompañantes.

Al cabo de un rato, pregunté:

—¿Cómo se llama la siguiente estación de tren?

—Estación Número Uno —dijo un fantasma.

—¿Y la siguiente?

—Estación Número Dos, y así hasta ocho, me parece.

—¿Y no hubiera valido la pena poner aunque solo fuese a *una* de esas estaciones el nombre de alguien, vivo o muerto, que tuviese algo que ver con la construcción de la línea?

—Bueno, el caso es que no lo hicieron —dijo otro fantasma—. Supongo que les pareció que no valía la pena. ¿Por qué? ¿A *usted* qué le parece?

—Me parece —contesté— que esa es la clase de esnobismo por el que las naciones van al infierno.

El faro delantero de la locomotora se dejó ver por fin, a una distancia inmensa; se encendió la económica luz eléctrica, los fantasmas se desvanecieron, los dragomanes de los diferentes vapores inundaron el andén, vestidos con ropas vistosas, para recoger a los pasajeros que habían reservado pasajes en los barcos de la Cook, y el tren de Jartum vertió un alegre conjunto de personas, adornadas todas con cuernos, pezuñas, pieles, cueros, cuchillos y azagayas que habían comprado en Omdurmán. Y cuando los mozos de cuerda cargaron con sus erizados fardos, fue como la zareba de McNeill sin los camellos.[203]

Dos jóvenes con tarbuch[204] eran las únicas personas que no participaban en el alboroto. Dijo uno de ellos al otro:

—¿Eh?

Dijo el otro:

—¡Eh!

Dialogaron a gruñidos durante un rato. Después uno dijo, bromeando:

—¡Oh, cuanto siento *eso*! Yo creía que iba a tenerte por un tiempo a mis órdenes. Entonces, ¿allí utilizarás la residencia de paso?[205]

—Supongo que sí —dijo el otro—. ¿Sabes por casualidad si tiene el tejado en su sitio?

En aquel punto, una mujer lloró la pérdida de su lanza derviche,[206] y jamás sabré, salvo por las páginas de atrás del Almanaque del Sudán,[207] en qué estado se encuentra la residencia de paso.

La Administración del Sudán, a juzgar por lo poco que oí, es un servicio curioso. Se extiende en silencio desde los límites de Abisinia hasta las tierras pantanosas del ecuador a razón, de promedio, de un hombre blanco por cada varios millares de millas cuadradas. Legisla, cuando es posible, de acuerdo con las costumbres tribales y, cuando no hay precedentes, lo hace en base al sentido común. Está reclutada, entera o casi enteramente, a partir del ejército, va armada principalmente con gemelos y goza de una tasa de mortalidad algo inferior a su reputación. Dicen que es el único servicio en el que se recomienda explícitamente a un hombre de permiso que salga del país y descanse para volver con más empuje al trabajo. Se requiere un alto nivel de inteligencia, y no se hace la vista gorda con los patinazos. Por ejemplo, un hombre de permiso en Londres[208] tomó un tren equivocado en Boulogne y, en vez de ir a París, que era, por supuesto, lo que se proponía, se encontró en una estación llamada Kirk Kilissie[209] o Adrianópolis[210] Oeste, donde se quedó unas semanas. Fue un error que cualquiera hubiera podido cometer en una noche oscura después de un viaje tormentoso, pero las autoridades no quieren creérselo y, cuando dejé Egipto, estaban todavía muy ocupadas friendo al hombre en aceite hirviendo. Son burdamente respetables, hoy, en el Sudán.

Hace mucho, mucho tiempo, antes de la toma de las Filipinas,[211] un amigo mío recibió una reprimenda de un miembro del parlamento británico, ante todo por delitos de sangre porque era militar de profesión, después por asesinato porque había combatido en grandes batallas y, por último y por encima de todo, porque él y sus valientes colegas habían cargado en el contribuyente británico el gasto del Sudán. Mi amigo le explicó que el total de lo que había costado el Sudán al contribuyente británico equivalía al precio de una docena de banderas de la Unión reglamentarias… una por provincia.[212] «Eso», dijo, triunfante, el miembro del parlamento, «es lo que valdrá jamás». Mi amigo siguió justificándose, y el Sudán siguió también adelante. Hoy ha ocupado su puesto como uno de esos milagros aceptados que han sido

obrados sin aparatosidad y sin cabeceras periodísticas por hombres que cumplen con su trabajo y raras veces protestan por cuestiones de reputación.

Pero hace menos de dieciséis años[213] era, a lo ancho y a lo largo, un demencial infierno de asesinatos, torturas y lujuria,[214] un infierno en el que cada hombre que disponía de una espada la utilizaba hasta que topaba con otro más fuerte y se convertía en un esclavo. Era (dicen quienes lo recuerdan) una histeria de sangre y fanatismo; y lo mismo que una mujer histérica vuelve en sí con una salpicadura de agua fría, en la batalla de Omdurmán el país fue doblegado a la cordura por una aplicación de la muerte a una escala que los más esforzados asesinos y torturadores no podrían ni siquiera soñar.[215] En un día y una noche, todos los que poseían poder y autoridad fueron destruidos[216] y, como dice la vieja canción, uncidos al yugo, y no quedó ningún jefe al que ningún seguidor pudiera obedecer. Todos se habían lanzado a la carga hasta el Paraíso.[217] Quienes quedaron en vida esperaban nuevas matanzas, según el estilo al que se habían acostumbrado, y, al no tener lugar, dijeron, desamparados: «No tenemos nada. No somos nada. ¿Nos venderéis como esclavos entre los egipcios?». Los hombres que recuerdan los viejos días de la Reconstrucción (la cual se merece una epopeya por sí sola) dicen que no quedaba nada sobre lo que se pudiera construir, ni siquiera unos restos de naufragio.[218] El conocimiento, la decencia, el parentesco, la propiedad, los títulos, el sentido de posesión, todo había desaparecido. Se dijo a la gente que se sentasen, callasen y obedeciesen las órdenes; y miraron y anduvieron a tientas, como una multitud aturdida después de una explosión. Poco a poco, sin embargo, les proporcionaron comida y bebida y se les guió hasta una especie de orden; se les empleó en tareas cuyo fin jamás soñaron ver; y, casi por medio de la fuerza física, fueron empujados y arrastrados por los caminos de la pura y simple vida. Al cabo de no mucho acabaron por entender que podrían cosechar lo que habían sembrado y que un hombre, e incluso una mujer, podían viajar durante todo un día con dos cabras y una armadura de cama nativa y sobrevivir sin ser expoliados. Pero se les tuvo que enseñar al estilo del jardín de infancia.

Y poco a poco, a medida que comprendían que el nuevo orden[219] era seguro y que sus antiguos opresores estaban muertos y bien muertos, volvieron a ser no solo agricultores, obreros y artesanos sino guerreros sobresalientes marcados por las viejas heridas y las generosas cicatrices que solía infligir el Martini-Henry,[220] guerreros en busca de empleo. Solían merodear y esperar, apoyándose ahora sobre un pie y ahora sobre el otro, orgullosos o incómodamente amistosos, hasta que algún oficial blanco pasaba

cerca. Y a la cuarta o quinta vez que pasaba, tras aprobarse visualmente el uno al otro el moreno y el blanco, la charla (dicen) iba más o menos así:

OFICIAL *(con el aire de haber hecho un descubrimiento repentino)*. Eh, tú, el de al lado de la choza, ¿en qué trabajas?

GUERRERO *(en posición de «firmes» complicada por un intento de saludo)*. Soy Tal-y-Tal, hijo de Tal-y-Tal, de tal y tal sitio.

OFICIAL. Ya. ¿Y…?

GUERRERO *(repitiendo el saludo)*. Y soy también un guerrero.

OFICIAL *(impersonalmente, mirando al horizonte)*. Pero hoy día *todos* dicen esto.

GUERRERO *(en voz muy alta)*. Pero hay un hombre en uno de vuestros batallones que puede confirmarlo. Es el nieto del tío de mi padre.

OFICIAL *(confidencialmente, hablando a sus botas)*. El infierno está lleno de esa clase de nietos de precisamente esos tíos de padres; ¿y cómo voy a saber si el soldado Tal-y-Tal dice la verdad sobre su propia familia? *(Hace gesto de irse.)*

GUERRERO *(quitándose velozmente las prendas que haga falta)*. Quizá. Pero *esto* no miente. ¡Mira! Es de hace diez, doce años, cuando yo era un chiquillo, cerca de la vieja frontera. Sí, Halfa. Fue una auténtica bala de Snider.**[221]** ¡Toca! Esta pequeña en la pierna es del gran combate con que terminó todo el año pasado.**[222]** Pero no soy cojo *(violento ejercicio de pierna)*, no lo soy en absoluto. ¡Mira! Salto. Doy patadas. ¡Loado sea Alá!

OFICIAL. ¡Loado sea Alá! ¿Entonces?

GUERRERO *(coquetamente)*. Entonces, disparo. No soy un vulgar lancero. *(Pasa a hablar inglés.)* ¡Sí, soy un tirador endemoniadamente bueno! *(Acciona el cerrojo del imaginario Martini.)*

OFICIAL. Ya veo. ¿Entonces?

GUERRERO *(indignado)*. Venir *me* ha costado días de marcha. *(Cambia a un engatusamiento pueril.)* ¿Están *todos* los regimientos al completo?

En ese punto solía aparecer el pariente, de uniforme, y si al oficial le gustaba la pinta que tenía, otro «viejo soldado del Mahdi» se añadía a la maquinaria que se construía a medida que funcionaba. En aquellos tiempos se enfrentaban a las situaciones con la luz sin nubes de la razón y una cierta clase de audacia elevada y sagrada.

Hay un cuento sobre dos jeques poco después del comienzo de la Reconstrucción. Uno de ellos, Abdullah del Río, un hombre prudente, hijo de una esclava, hacía profesión de lealtad a los ingleses cada mañana a primeras

horas, y utilizaba esa lealtad como protección frente al hecho de que aligeraba de camellos a otro jeque, Farid del Desierto, todavía en guerra con los ingleses pero un perfecto caballero, cosa que Abdullah no era. Naturalmente, Farid hacía incursiones de represalia y capturaba reses de Abdullah, Abdullah se quejaba a las autoridades, y la frontera hervía. Ante Farid, en su campamento del desierto, con ganado de Abdullah a su alrededor, se presentó, solo y desarmado, el funcionario responsable de la paz en la zona. Después de los cumplidos, porque ya antes habían tenido tratos:

—Le has quitado una vez más ganado a Abdullah.

—¡Pues claro que sí! —fue la acalorada respuesta—. Me roba camellos y se escabulle a vuestro territorio, porque sabe que ahí no puedo seguirlo por nada del mundo; y cuando intento recuperar un poco de lo mío, va a lloraros a vosotros. Es un canalla, un perfecto canalla.

—En cualquier caso, es leal. Si tú te avinieses a serlo también, estaríais los dos en iguales condiciones y entonces, si te robaba, recibiría lo suyo.

—No se atrevería jamás a robar si no tuviese vuestra protección. Dadle lo que hubiera recibido en los tiempos del Mahdi: unos azotes de primera clase. *Tú* sabes que se los merece.

—Me temo que eso no está permitido. Debes dejar que le devuelva todos estos animales.

—¿Y si no te dejo?

—Entonces, tendré que irme, reunir a todos mis hombres y empezar una guerra contra ti.

—¿Y qué me impide cortarte el cuello ahora mismo?

—Para empezar, no eres Abdullah, y…

—¡Ajá! ¡Admites que es un canalla!

—Y por otra parte, lo único que pasaría sería que el Gobierno enviaría a otro funcionario que no comprendería tu manera de hacer, y entonces *habría* guerra, y no saldría ganando nadie excepto Abdullah. Robaría tus camellos y eso le daría buena fama.

—¡Sí, eso pasaría! ¡El bribonazo! Este mundo es duro con los hombres honrados. Pero tú admites que Abdullah es un canalla. Escúchame, y te diré algunas cosas más sobre él. Fue, etcétera, etcétera. Es, etcétera, etcétera.

—Tienes toda la razón, jeque, pero ¿no ves que no puedo decirle lo que pienso de él mientras él sea leal y tú estés contra nosotros? Ahora bien, si *tú* vienes a nosotros, te prometo que le soltaré una bronca… sí, delante de ti… que te gustará oír.

—¡No! ¡No quiero estar a vuestro lado! Pero… Te diré lo que haré. Te acompañaré mañana como tu invitado, quiero decir, iré a tu campamento. Entonces mandas a por Abdullah, y si *yo* juzgo que su grasienta cara queda lo bastante roja delante de mí, me pensaré para más adelante eso de estar a vuestro lado.

Así quedó la cosa, durmieron el resto de la noche, costado a costado, por la mañana reunieron el ganado de Abdullah y lo devolvieron, y por la tarde, delante de Farid, Abdullah fue verbalmente azotado por su malvada vida pasada, y Farid del Desierto se rió y se sometió; y todos vivieron felices por siempre jamás.

En una parte u otra de las provincias más cercanas, el viejo juego excitante debe continuar todavía,**[223]** pero el Sudán propiamente dicho se ha apuntado a la civilización de la clase del bungalow de ladrillo y las buganvilias, y hay un gran colegio técnico en el que los jóvenes aprenden a convertirse en mecánicos, agrimensores, delineantes y empleados de telégrafos, con salarios fabulosos. A su debido tiempo, olvidarán con cuánto tiento tenían que andar sus padres en los tiempos del Mahdi para tan solo medio llenarse la barriga; después, lo que ha ocurrido siempre en otras partes. Creerán sinceramente que ellos mismos consiguieron y desde entonces han mantenido la vida fácil que fue comprada para ellos a tan alto precio.**[224]** Entonces la reivindicación será por «una ampliación del gobierno local», «Sudán para los sudaneses»,**[225]** y así hasta que el ciclo entero haya de recorrerse de nuevo. Es una ley dura pero vieja (Roma murió aprendiéndola, como puede morir nuestra civilización occidental) que si das a un hombre cualquiera cualquier cosa que no se haya ganado trabajosamente por sí mismo harás de él o de sus descendientes, infaliblemente, tus enemigos más encarnizados.



RUDYARD KIPLING (Bombay, India, 1865 - Londres, Reino Unido, 1936). Narrador y poeta inglés, controvertido por sus ideas imperialistas y uno de los más grandes cuentistas de la lengua inglesa. Pertenecía a una familia de origen inglés (su padre, John Lockwood Kipling, era pintor y superintendente del Museo de Lahore), y pasó en la India los primeros tiempos de su infancia. A los seis años fue enviado a Inglaterra, donde estudió en el United Services College de Westward Ho, en Devonshire, ambiente que luego describió en la novela *Stalky C*.

Vuelto en 1882 a la India, se dedicó al periodismo en calidad de subdirector de *The Lahore Civil and Military Gazette* y, después, entre 1887 y 1889, de *The Pioneer*. A los veintiún años publicó su primer libro, *Departmental Ditties* (1866), colección de versos de circunstancias, y a los veintidós el primer volumen de narraciones, *Cuentos simples de las colinas* (1887), al que siguieron, en 1888-89, otros seis: *Tres soldados, Bajo los cedros deodaras, El rickshaw fantasma, La historia de los Gadsby, En blanco y negro y El pequeño Guillermo Winkie*.

En tales relatos, situados en el ambiente de la vida india según podía entenderla un inglés y escritos en un lenguaje directo y vigoroso que recuerda la jerga militar, Kipling reveló un agudo espíritu de observación, capacidad inventiva y una habilidad especial en la descripción de tipos característicos de

oficiales y muchachos inspirados en la realidad inmediata. El estilo rápido y escueto, el tono rudo y frecuentemente cínico, y el crudo realismo que pronuncia los de St. Crane y Hemingway ofrecen un sabor de experiencia vivida, con matices de anécdota narrada bajo las tiendas de un campamento de soldados en el curso de las prolongadas velas nocturnas.

Luego de un largo viaje por el Japón y los Estados Unidos, que relató en una serie de cartas (*Letters of marque*) publicadas en *The Pioneer* y más tarde en los dos volúmenes de *De mar a mar* (1889), escribió otra serie de narraciones indias para *The Macmillan's Magazine*, reunido luego en *Peripecias de la vida* (1891). En Inglaterra publicó también una colección de baladas, *Canciones de cuartel* (1892), que, junto con los versos siguientes de *Siete mares* (1896) y de *Las cinco naciones* (1903), inspirados en las épicas empresas de la estirpe anglosajona y en sus fieles centinelas esparcidos por todos los lugares de la Tierra, su poderío industrial y colonial y sus glorias marineras, hizo de Kipling el poeta del triunfante imperialismo británico de la época victoriana.

Luego de haber intentado sin demasiado éxito la novela en *La luz que se apaga* (1891), realizó otros largos viajes a Estados Unidos, Australia y Sudáfrica. En 1892 contrajo matrimonio con Caroline Starr Balestier, de Nueva York, y se estableció con ella en Battleboro, en Vermont, donde vivió cuatro años y compuso varias obras que revelan el influjo americano, singularmente el de J. London, en la exaltación de la vida primitiva y del retorno a la naturaleza: *Invenciones varias* (1893), *El libro de la jungla* (1894), *El segundo libro de la jungla* (1895) y *Capitanes intrépidos* (1897).

En *El libro de la jungla* y su continuación presenta un mítico mundo animal, regulado por las férreas leyes de la fuerza, donde Mowgli, el cachorro humano, es acogido fraternalmente y encuentra de nuevo las huellas de una afinidad y una simpatía atávicas; se trata de la primera obra maestra de cuantas escribiera Kipling para muchachos. A ella siguieron más tarde *Precisamente así. Historias para niños* (1902) y las delicadas leyendas, llenas de «humour» y lirismo sutil, reunidas en *Puck* (1906) y *Recompensas y hadas* (1910).

Vuelto a Inglaterra en 1896 tras una disputa con su cuñado, establecióse definitivamente en una localidad de Surrey, donde permaneció —excepto en el curso de un viaje a América y de otro realizado a Sudáfrica durante la guerra anglo-boer— hasta su muerte. En 1907 obtuvo el Premio Nobel y en 1926 la medalla de oro de la Royal Society of Literature.

Sus últimas obras son colecciones de relatos y de textos diversos escritos con ocasión de la primera Guerra Mundial. Las más importantes son *Debits and Credit* (1926) y *Limite and Renewals* (1932). La obra maestra de Kipling es *Kim* (1901), en la que a través del hilo conductor de las aventuras de un muchacho ofrece un cuadro clásico de los aspectos más pintorescos de la India. Así como la producción poética de nuestro autor ha perdido gran parte de su interés debido a su carácter excesivamente declamatorio y circunstancial, en sus textos narrativos, en cambio, se da todavía, como dice Henry James, «la magia irresistible de los soles tórridos, de los imperios sometidos, de las religiones salvajes y de las guarniciones inquietas».

Notas

[1] «Try as he will, no man breaks loose / From his first love, no matter who she be. / Oh, was there ever sailor free to choose, /That didn’t settle somewhere near the sea?». Estos versos de Kipling encabezaban esta primera parte de *El Egipto de los magos* en el número de julio de 1914 de *Cosmopolitan Magazine*. Formarían más adelante la primera estrofa del poema «The Virginity», incluido en *The Years Between* (1919). Aquí y en adelante, los versos se traducen con fidelidad prioritaria al contenido, procurando que la cadencia no se aleje exageradamente de la del original inglés. La apertura y simpatía hacia la cultura islámica que Kipling expresa en estos versos es reiterada y ampliada en la estrofa siguiente del poema acabado: «Lo que es a mí, no me entretiene ni divierte contemplar un montón de barcos en el mar, pero puedo entender el punto de vista del vecino a partir de ciertas cosas que me han ocurrido». <<

[2] Peninsular and Oriental Steam Navigation Company [compañía peninsular y oriental de navegación a vapor]. <<

[3] *Serang*: término indio por jefe de grupo. *Lascar*: término tanto coloquial como legal para designar a un marinero del lejano Oriente, especialmente indio. <<

[4] Aunque residió la mayor parte de su vida en Inglaterra, Kipling se consideró siempre indio o, más exactamente, «sahib» británico de la India. <<

[5] Musulmán del entonces territorio y hoy estado indio de Gujarat, con capital en Surat. <<

[6] Kipling se había acostumbrado a los viajes desde la infancia. En 1913, estaba por cumplir (el 30 de diciembre) cuarenta y ocho años. <<

[7] En el sistema de jerarquización social del hinduismo, las distinciones de casta no se aplicaban a los niños hasta más o menos los ocho años. <<

[8] El *Titanic*, que había naufragado hacía unos meses, tenía tres hélices. Los barcos de doble hélice eran corrientes desde hacía una treintena de años. <<

[9] Los ingleses en la India solían comentar, en tono irónicamente ponderativo, que navegar con la compañía P & O era «lento, pero caro». <<

[10] La población natal de Shakespeare, lugar de culto para turistas. <<

[11] Port Said era la primera escala del viaje. <<

[12] Interpretación jocosa de la frase latina, cuya traducción correcta sería: «¿Quién nos separará?». <<

[13] Entiéndase, por «angloindio», de aquí en adelante, inglés residente en la India y no (como hoy tendería a ser empleado el término) hijo/a de inglés/a e indio/a. <<

[14] El «nosotros» alude a los ingleses residentes en la India, que viajaban a Inglaterra tanto como podían. <<

[15] Mantenemos la grafía empleada por Kipling para designar su ciudad natal, cuyo nombre cambió a Mumbai en 1995. <<

[16] Para transportar correo se utilizaban barcos veloces. <<

[17] Especie de mantequilla muy usada en la cocina india. <<

[18] Los angloindios del barco están de vuelta a la India, vía canal de Suez, tras una estancia en Inglaterra. <<

[19] Aunque con los conflictos actuales en Afganistán se han popularizado los términos «pastún» y «pashtun» para designar a la etnia mayoritaria de este país, optamos por la grafía correcta más cercana a la del término empleado por Kipling («Pathan»). <<

[20] Este término no es agradable para los musulmanes, porque los define como fieles al profeta y no al Dios único, pero su empleo debe entenderse como un desliz involuntario de Kipling, cuyo respeto y simpatía hacia los musulmanes son sinceros. <<

[21] El mismo año (1848) en que publicó su obra maestra, *La feria de las vanidades*, Thackeray publicaba *The Book of Snobs (El libro de los esnobs)*, que popularizó el término. <<

[22] Prototipo del «esnob rural» en *The Book of Snobs*, de William Thackeray. <<

[23] Los djinns o jinns son, en el folclore árabe y en la religión musulmana, unos seres espirituales inferiores a los ángeles. Viven en un mundo similar y paralelo al de los seres humanos y, lo mismo que en Europa los duendes o los trasgos, suelen ser malévolos o cuando menos inquietantemente traviesos. <<

[24] El canal de Panamá estaba entonces en la fase final de su construcción. Fue inaugurado en agosto de 1914. <<

[25] Sociedad de clasificación y análisis de riesgos. En la época, se ceñía exclusivamente al ámbito de la navegación. <<

[26] Entiéndase que la abadía de Westminster no debería compartir con ese barco el respeto a una antigüedad monumental, y que la vida del pasajero no debería parecerse a la de los delincuentes menores de edad internados en el reformatorio de Borstal. <<

[27] La empresa se había fundado muy poco después del final de las guerras napoleónicas. En 1913 llevaba, pues, casi un siglo de existencia. <<

[28] Véase nota 3. <<

[29] La Canadian Pacific Railway era, además de una empresa de ferrocarriles, una naviera. <<

[30] En un inglés «holandizado»: «O if you live in Leyden town / You'll meet, if troot pe told, / De forms of all de freunds who tied / Vhen du verst six years old». Versos de Charles Godfrey Leland en el poema cómico «Breitmann in Leyden», de *The Breitmann Ballads* (1871) <<

[31] «Blessed be the English and all their ways and works, / Cursed be the Infidels, Heretics and Turks!». Estos versos de Kipling serían los iniciales de su poema «Jobson's Amen» («El amén de Jobson»), incluido en *A Diversity of Creatures* (1917). <<

[32] El túnel ferroviario de Saint Gotthard, en Suiza, se había abierto en 1882. Con 15 kilómetros, fue, durante más de un siglo (hasta la apertura del túnel de Seiku en Japón, de 53 kilómetros, en 1988) el túnel más largo del mundo. <<

[33] El multimilenario junco es todavía hoy una embarcación característica del Lejano Oriente, y el multicentenario dhow lo es de los países árabes. <<

[34] Del canal de Suez, en cuya boca norte está Port Said. <<

[35] O «ifrits». En rigor, son una subcategoría de djinns (v. nota 23). Frecuentan con preferencia los sitios solitarios. <<

[36] En el folclore árabe, genios o demonios del desierto y los cementerios, devoradores de cadáveres. <<

[37] Los miembros del Parlamento inglés cobraban entonces 400 libras anuales; el sueldo anual del joven era, pues, de unas 270 libras, equivalentes, en la actualidad, a entre 23 y 24.000 libras y, por lo tanto, a 27 o 28.000 euros. Hay que tener en cuenta, con todo, que, en la descripción idealizada de su héroe predilecto, el funcionario colonial, Kipling omite mencionar que gozará de numerosas ventajas materiales y sociales adicionales al sueldo. <<

[38] Los vagones de tren de lujo de la empresa creada por George Pullman eran famosos desde que uno de los primeros en fabricarse formó parte del tren funerario de Abraham Lincoln en 1865. <<

[39] Los vagones Pullman tenían un pasillo central y asientos a lado y lado a lo largo de todo el vagón. <<

[40] Después de una compra masiva de acciones del canal de Suez al gobernante egipcio, Ismail Pachá, en 1875, Gran Bretaña controlaba la gestión colectiva de Egipto a todos los niveles del Gobierno y de la Administración a través de agentes que, integrados en comisiones mixtas formadas por un británico, un francés y un egipcio, se encargaban en teoría de velar (únicamente) por los intereses económicos de los tres países. Pese a la paridad formal con Francia, Gran Bretaña movía los resortes cruciales del poder desde que, en 1882, Francia se había retirado temporalmente de Egipto ante la revolución independentista, aplastada por las armas por los británicos, encabezada por el coronel Arabi. <<

[41] Kipling había pasado por Zagazig (ciudad del delta del Nilo) hacía cuarenta y dos años, en 1871, en su primera salida de la India para estudiar en Inglaterra de los cinco a los dieciséis años, volviendo en 1882 a la India, que volvió a dejar en 1889 para residir en distintos países, pero sobre todo en Inglaterra. <<

[42] Ambas batallas se libraron durante la invasión británica de Egipto en 1882, llevada a cabo con el fin de aplastar la revolución independentista encabezada por el coronel Ahmed Arabi (o Urabi). La noche del 10 de septiembre de aquel año, en Kassassin, las fuerzas egipcias lanzaron un ataque a la luz de la luna contra el ejército británico, bordearon la victoria pero tuvieron que retirarse. El 12 del mismo mes, en Tel-el-Kebir, en las proximidades de El Cairo, el ejército britànico (17.000, general Garnet Wolseley) atacó al amanecer a unas tropas egipcias (22.000, coronel Arabi) exhaustas, inferiores en armamento y precariamente fortificadas, y tomadas tan de sorpresa que el coronel Arabi, que se había echado a descansar, corrió al combate sin tiempo de calzarse las botas. Los egipcios tuvieron más de dos mil muertos o heridos, las bajas británicas no llegaron a quinientas. Arabi fue capturado y desterrado a Ceilán. <<

[43] Si Kipling imputa a sus compañeros de viaje la falta de sensibilidad ante batallas coloniales británicas, él mismo alude a El-Obeid (Al-Ubayyid) sin dedicar ningún recuerdo (aunque sí lo hará más adelante, en la 6.ª parte) a la batalla a la que esa población dio nombre (1-4 de noviembre de 1883), en la que un ejército angloegipcio (10.000, general William Hicks) fue aplastantemente derrotado por las tropas sudanesas del movimiento religioso y nacionalista, antibritánico y antiegipcio encabezado por Mohamed Ahmed, el Mahdi (el Guía o Redentor). Los sudaneses vencedores dejaron libres a unos dos mil soldados egipcios prisioneros y pasaron por las armas a la oficialidad británica capturada. <<

[44] Gran nudo ferroviario inglés alrededor del cual se desarrolló un activísimo núcleo urbano que posteriormente fue absorbido por Londres. <<

[45] Los viajes aéreos comerciales apenas empezaban a dejar de ser una quimera. La primera línea aérea de transporte de pasajeros (en zepelín) existía en Alemania desde hacía menos de tres años. <<

[46] La profecía burlesca de Kipling en torno a lo impensable de un futuro próspero y modernizado para poblaciones que él veía como irremediablemente perdidas en indomables extensiones desérticas se ha cumplido con Gondokoro, que con los progresos en los medios de transporte declinó en importancia como punto de enlace entre el extremo navegable del sur del Nilo y el norte de Uganda, pero no se ha cumplido con El-Obeid (Al-Ubayyid), hoy una ciudad de varios cientos de miles de habitantes. <<

[47] El teniente de navío Thomas Waghorn creó, en los años 1830, una ruta primordialmente terrestre de transporte de correo entre Gran Bretaña y la India que, respecto al transporte en barco por el cabo de Buena Esperanza, acortaba el tiempo de varios meses a media docena de semanas. <<

[48] Cita más o menos exacta, aunque trivializada deliberadamente por el cambio de contexto, del Corán, sura 73, 7. <<

[49] Tipo de coche tirado por cuatro caballos. Con ese término podía designarse en la India una hilera de coches de caballos. <<

[50] Los habitantes de la ciudad entonces india y hoy pakistaní de Lahore, en el Punyab, eran y son, como los de El Cairo, mayoritariamente musulmanes. <<

[51] Véase nota 20. En adelante, dejaremos de comentar en nota el empleo de este término que, empleado por Kipling, debe entenderse como un sinónimo exacto de «musulmán». <<

[52] Tres pies: cosa de un metro. <<

[53] Personaje (un holandés inocentón) creado por el humorista norteamericano Charles Godfrey Leland. Sobre el personaje y los versos que siguen, véase nota 30. <<

[54] La primera gran agencia de viajes, hoy todavía activa, había sido fundada por Thomas Cook a mediados del siglo XIX. **<<**

[55] Es decir, hasta la primera catarata del Nilo. <<

[56] Así como los afrits (nota 35), en el folclore árabe, son los genios o demonios de los espacios desolados, los marids lo son de las aguas. <<

[57] La publicidad oral de sus productos por parte de los vendedores callejeros. <<

[58] Alusión a una historia de *Las mil y una noches*, «Ali Malik Al-Zahir y los dieciséis capitanes de policía». <<

[59] El título de esta parte, en el número de agosto de 1914 de *Nash's Magazine*, era «Cairo, Sorceress of Cities» («El Cairo, la ciudad hechicera»). <<

[60] «These were never your true love’s eyes. / Why do you feign that you love them? / You that broke from their constancies, / And the wide calm brows above them!». Estos versos son los primeros del poema «The Oldest Song» [«La canción más vieja»], publicado en *Nash’s Magazine* y en *Cosmopolitan Magazine* en agosto de 1914. <<

[61] Para ciertos musulmanes, manera despectiva de designar a un cristiano. <<

[62] Los convenios o tratados llamados «capitulaciones» concedían a representantes de países extranjeros en Egipto la jurisdicción sobre los asuntos e intereses de los ciudadanos de sus respectivos países. El efecto era, lógicamente, reducir, complicar y parcelar las competencias de las autoridades egipcias. <<

[63] La queja de Kipling apunta hacia disimular el hecho de que a los británicos no les hacían ninguna falta las «capitulaciones» porque sus agentes controlaban estrechamente todas las instancias de poder egipcias desde 1875 (véase nota 40). <<

[64] El arshin es una antigua medida de longitud persa, muy empleada en Rusia, equivalente más o menos a 0,71 metros. El codo es una enigmática medida de longitud, procedente quizá de Egipto, empleada en el Antiguo Testamento para, por ejemplo, dar las dimensiones del arca de Noé; su equivalencia debe rondar el medio metro. Ezequiel menciona esa medida varias veces. <<

[65] Kipling usa el término «satrapía» en su sentido coloquial de territorio sometido a un poder tiránico y no en su sentido estricto de provincia del antiguo Imperio persa. Egipto se había independizado, a finales del siglo XVIII, del imperio Otomano, del cual, con todo, en la ficción protocolaria, siguió siendo un virreinato hasta que el imperio desapareció a los pocos años de la visita de Kipling a Egipto, con la revolución turca de 1922 y la proclamación de la república turca en 1923. Mostrando a Egipto como un país independiente *de Turquía*, enmarañando la exposición de su efectivamente complejo estatus jurídico y mostrándolo (como hará acto seguido) como una encrucijada de influencias, controles políticos e intereses económicos de diversas potencias europeas, Kipling difumina, sin negarla, la sencilla verdad de que estaba de hecho (no de derecho) sometido colonialmente a Gran Bretaña. <<

[66] Personaje de *Martin Chuzzlewit* (1843-1844), de Dickens. Pecksniff toma a jóvenes bajo su tutela con la finalidad teórica de enseñarles arquitectura, pero no les enseña nada y vive a costa de ellos. <<

[67] No siendo, técnicamente, Egipto un país «extranjero» para Gran Bretaña, esta no podía tener allí una embajada, las funciones de la cual eran ejercidas por una «agencia». El «agente» británico en Egipto solía proceder de las altas finanzas privadas, cuyos intereses protegía más directamente que los (coincidentes) intereses gubernamentales. <<

[68] «Eton Wall game», juego de equipo emparentado con el rugby, exclusivo del elitista colegio Eton. <<

[69] Entonces como ahora el principal museo de antigüedades egipcias del mundo. <<

[70] Sobre el Sudán, apenas visitado por Kipling pero uno de los ejes vertebradores de su *Egipto de los Magos*, véanse partes 6 y 7 de esta obra. **<<**

[71] Militantes del partido de los Jóvenes Turcos, orientado a la reforma del Imperio otomano con objeto de devolverle grandeza y poder. Los aspectos autoritarios, expeditivos y violentos del partido, aquí reflejados, sin duda relacionables con la fuerte presencia en él de militares, dieron a veces a sus actos un aire revolucionario (destierro temporal del sultán), pero fue un predecesor inmediato de los fascismos (el exterminio de armenios en 1915 tuvo lugar con ellos en el poder). El partido gobernó, con el sultán reducido a un instrumento suyo, a partir de pocos meses más tarde, pero, tras alinear a Turquía con las potencias del Eje en la Primera Guerra Mundial, su poder sobrevivió breve tiempo a la derrota. <<

[72] La traducción del título inglés alternativo de *Las mil y una noches*, «Arabian Nights» («noches árabes»), aquí empleado por Kipling, encajaría mucho mejor en el contexto. <<

[73] Personajes de *Las mil y una noches*. El zapatero cairota Maruf huye de su mujer maltratadora, Fátima (el añadido «el-Orra» es de Kipling, y hasta ahora no se sabe a qué responde), y vive una aventura de tesoro escondido. <<

[74] Genio, duende. Véase nota 23. <<

[75] La mezquita («musjid») cairota Adliyah, cuyo nombre Kipling simplifica en «Adelia», fue construida en el año islámico 906 (1501 del calendario gregoriano), lo cual no limita la posible antigüedad de los orígenes del cuento, dadas las incontables interpolaciones que se hicieron a lo largo de los siglos en los textos de *Las mil y una noches*. <<

[76] Hacía veintidós años que Kipling no pisaba su India nativa. La había dejado en 1889, y, como prolongación de un viaje por Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda, la visitó a finales de 1891, con la intención de pasar allí algún tiempo, pero volvió precipitadamente a Inglaterra al enterarse de la muerte de su amigo Wolcott Balestier, con una de cuyas hermanas, Caroline, se casó muy poco después. <<

[77] Según ciertas tradiciones, Cam, uno de los hijos de Noé, es el antepasado común de todos los pueblos africanos. La Biblia (Génesis, 9:18-19), que atribuye a Cam cuatro hijos (Génesis 10:6 y Crónicas 1:3), se limita a decir que a partir de los hijos de Noé, Cam, Sem y Jafet, fue repoblada «toda la tierra» después del Diluvio. <<

[78] «La muy resplandeciente», construida en el 359 del calendario islámico (970 del gregoriano). <<

[79] Hoy, claro está, la mezquita de al-Azhar no «es» la Universidad de El Cairo, sino que está en la zona universitaria de la ciudad. <<

[80] Cita más o menos exacta del Corán, sura 53, 4. <<

[81] Sin duda Kipling se refiere a la mezquita Auwal, la más antigua del barrio malayo (Bo-Kaap) de Ciudad del Cabo, construida en el 1208 del calendario islámico (1794 del gregoriano). <<

[82] O «mullah». Experto en teología y derecho islámicos. <<

[83] «Destacado» por cuanto que formaba parte de un destacamento militar británico que estaba entonces en El Cairo (normalmente, las tropas estaban en la zona del canal). <<

[84] En tiempos pasados. <<

[85] Esta parte, en el número de septiembre de 1914 de *Nash’s Magazine*, se titulaba «Social Reform in Egypt» («Reforma social en Egipto»). **<<**

[86] «I do not ask for saintly souls to spur me on my way / Or male or female devilkins to lead my feet astray. / If those are added, I rejoice… if not, I shall not mind». Estos tres versos, que encabezaban esta parte en el número de septiembre de 1914 de *Cosmopolitan Magazine*, se convirtieron (con unas pocas modificaciones) en los primeros del poema «A Pilgrim’s Way», incluido en *The Years Between* (1919). **<<**

[87] Término que designa a un guía turístico e intérprete en países donde se habla el árabe, el turco o el persa. <<

[88] Guías de viaje que tomaban (y toman) su nombre de la editorial que las publicaba y las publica todavía, la Baedeker, fundada en 1839. Las Baedeker fueron durante mucho tiempo las guías de viaje prácticamente exclusivas, y «Baedeker» un sinónimo de guía de viaje. <<

[89] El Nilo Azul nace en Etiopía, el Blanco en Uganda, y confluyen en Jartum, en la zona central del Sudán, formando el Nilo. <<

[90] Véase nota 38. <<

[91] Kipling debe referirse a una «igualdad» en el ámbito del trato privado. En el ámbito público la «igualdad», si acaso, no era entre mujeres y hombres ingleses, sino entre las mujeres inglesas y las norteamericanas, dado que en ninguno de los dos países las mujeres podían elegir ni ser elegidas para cargos públicos. Los progresos hacia el sufragio femenino no fueron realmente importantes hasta después de la Primera Guerra Mundial. Cuando Kipling escribe esto, corrían todavía los tiempos en que se alimentaba a la fuerza a las feministas encarceladas en huelga de hambre y, el mismo mes en que Kipling iniciaba el viaje a Egipto, febrero de 1913, militantes feministas británicas incendiaron la casa del político David Lloyd George. <<

[92] De cuatro a siete metros. <<

[93] Aproximadamente, otros tantos metros. <<

[94] Como nativo de la India, donde no hay leones, Kipling emplea aquí la palabra «tigre» para referirse al mayor felino del área. <<

[95] No se sabía entonces que gran parte de las riberas del Nilo del Egipto de tiempos faraónicos estaba poblada por una tupida vegetación selvática. <<

[96] Tres kilómetros. <<

[97] Génesis 46, 34. La frase alude a la conflictividad entre un pueblo agricultor como el egipcio y uno nómada y ganadero como el de Israel. <<

[98] Un acre equivale más o menos a 0,4 hectáreas. Los márgenes de precio indicados por Kipling serían, en equivalencia actual, aproximadamente entre 2.500 y 18.000 euros. <<

[99] En equivalencias actuales, más o menos entre 400 y 800 euros. <<

[100] En equivalencias actuales, cerca de medio millón de libras o del orden de 700.000 euros. <<

[101] Plural felahin. Palabra de origen árabe que designa al campesino en los países árabes. <<

[102] Nombre de once reyes de las dinastías XIX y XX egipcias que reinaron, entre ambas, desde los últimos años del siglo XIII a.C. hasta comienzos avanzados del siglo XI a.C. A falta de designación numérica, hay que entender que o bien se trata del más importante de todos ellos, Ramsés II, reinante del 1290 al 1224 a.C., o bien es un modo de aludir a todos los reyes, o a cualquiera de ellos, del Egipto faraónico. **<<**

[103] El primer representante (a partir de 1914 el cargo se transformó en alto comisionado) británico en Egipto era, entonces, el general Sir Herbert Kitchener, por quien (pese a ser uno de los héroes populares del colonialismo británico) Kipling, que lo conoció en el viaje que narra en estas páginas, sentía una fuerte antipatía. Lo llamaba «el faraón con espuelas». <<

[104] Esta parte, en el número de octubre de 1914 de *Nash's Magazine*, se titulaba «Interviewing Pharaoh» («Entrevistando a faraón»). <<

[105] «He that died o’Wednesday / Is finished with for aye. / Seeing life is vapor. / Seeing flesh is grass. / Seeing life is ashes. / Seeing flesh is clay. / But grass comes back as cattle. / And cloud comes back as rain. /But ashes mend a footpath, / And clay can tamp a drain. / So why should he and Pharaoh / Not come back again?». A diferencia del resto de los versos que encabezan las distintas partes de *El Egipto de los magos*, estos no fueron posteriormente integrados a un poema más extenso. El primer verso está tomado de Shakespeare, *Enrique IV*, acto V, escena 1, última entrada (Falstaff). **<<**

[106] Aunque las excavaciones estaban supervisadas por arqueólogos egipcios, una parte muy considerable de lo que se obtenía en ellas iba al extranjero. <<

[107] Dado que, como contará algo más adelante, Kipling visitó las excavaciones del Metropolitan Museum en Deir el-Bahari, es probable que tenga en mente al mecenas del Metropolitan, el magnate norteamericano John Pierpoint Morgan. Por entonces ya otro mecenas, Lord Carnavon, financiaba las excavaciones, que desembocarían en el descubrimiento de Howard Carter de la tumba de Tutankhamón en el Valle de los Reyes. <<

[108] Alusión a la creencia egipcia antigua de que la «vida» de la persona muerta era tanto más plena cuanto más vinculada permanecía la momia a su ajuar funerario, toda merma en el cual, por lo tanto, suponía aminorar o limitar las actividades de ultratumba de su difunto poseedor. <<

[109] En el tiempo de la visita de Kipling, una misión arqueológica alemana (1907-1914), encabezada por Ludwig Borchardt, trabajaba en Amarna, en el emplazamiento de Ajetatón, la ciudad creada por el rey hereje Ajenatón. En el mismo sitio había operado la misión del prusiano Richard Lepsius (1843-1845). Y el hecho es que la mejor colección de objetos de la época de Ajenatón (incluyendo el famoso busto de Nefertiti) estaba y sigue estando en el Museo Egipcio de Berlín. <<

[110] El Metropolitan Museum llevó a cabo excavaciones en Egipto entre 1906 y 1935, sobre todo en las pirámides de Amenemes I y Sesostris I (dinastía XII), en Lisht, en el oasis de Jarga y en el sitio visitado y aquí descrito por Kipling: Deir el-Bahari, un complejo de tumbas y templos funerarios (entre los que destaca el de la reina Hatshepsut) cercano al Valle de los Reyes, en la ribera oeste del Nilo, frente a Luxor (junto al emplazamiento de la antigua capital de Tebas). <<

[111] Este sueño lo vio cumplido el egiptólogo Howard Carter en 1919, es decir, seis años después de la visita de Kipling, con el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón. <<

[112] Media docena de kilómetros. <<

[113] Hubo entierros de reyes y reinas en Deir el-Bahari entre Mentuhotep II (reinante de 2046 a 1995 a.C.), de la dinastía XI, hasta Siamun (reinante de 986 a 967 a.C.), de la dinastía XXI. Hubo entierros no regios hasta la dinastía XXIII (818-715 a.C.). <<

[114] Alusión a la dinastía ptolemaica de Egipto (numéricamente la trigésimo segunda), fundada en 323 a.C. por un general de Alejandro Magno, Ptolomeo Sóter, el cual adoptó el título de faraón en 305. Todos los reyes de la dinastía (quince) se llamaron Ptolomeo, y todas las reinas que ejercieron oficialmente el poder se llamaron Cleopatra, siendo con la muerte de la famosa Cleopatra VII (y la muerte poco después de su hijo con Julio César, Cesarión, cuyo nombre de reinado fue Ptolomeo XV) en 30 a.C. que se extinguió la última dinastía del Egipto antiguo, siendo reemplazada en el poder por prefectos que gobernaban la provincia romana de Egipto. <<

[115] Era una práctica habitual, en el Egipto antiguo, que un rey utilizase edificios u objetos suntuarios de reyes anteriores, cambiando el nombre inscrito en ellos. <<

[116] Personaje bíblico (Gen. 14:18-20, Salmo 110:4), príncipe y sacerdote canaanita que bendijo a Abraham. Según cierta tradición judía, no ajustada a la cronología bíblica, Melquisedec era Sem, uno de los hijos de Noé. En tiempos de Melquisedec y Abraham (comienzos del segundo milenio a.C.), en el Egipto faraónico, al cabo ya de más de un milenio de existencia, reinaban los reyes de la dinastíaXII. <<

[117] Como funcionario, Samuel Pepys (1633-1703) fue primer secretario del Almirantazgo. En lo personal, fue un hombre activo, multifacético, amante de la vida, según refleja el diario que mantuvo entre 1660 y 1669, al que debe su fama actual. <<

[118] Durante el desbordamiento anual del Nilo, hoy controlado por la presa de Asuán. <<

[119] Las dos gigantescas estatuas sedentes, de unos 18 metros de altura, llamadas «colosos de Memnón» (por el nombre de un héroe griego del ciclo épico troyano), situadas en la orilla oeste del Nilo, encaradas a Luxor, representan en realidad al rey Amenofis III, de la dinastía XVIII, a la entrada de cuyo complejo funerario, hoy desaparecido, fueron erigidas. Fue el padre del rey hereje Ajenatón. Reinó entre 1386 (o 1388) y 1349 (o 1351/1350) a.C. <<

[120] El Egipto antiguo tuvo conflictos bélicos endémicos con sus (distantes) vecinos los libios, y debe buena parte de su fama actual a la política expansionista de los grandes reyes guerreros de las dinastías XVIII y XIX (Tutmosis III, Ramsés II) hacia el Sinaí, el Líbano y Siria, sobre todo en el marco del prolongado conflicto con los hititas, pero en términos generales la afirmación de Kipling es más exacta de lo que sería la afirmación contraria. El Egipto antiguo fue, en mayor medida que un país invasor, un país invadido (por los hiksos, los persas, los macedonios, los romanos), y tuvo paz a lo largo de la gran mayor parte de su historia. <<

[121] Kipling emplea la fórmula latina en su sentido original de «por el hecho mismo» y no en su sentido coloquial de «enseguida». <<

[122] Juego entre la Esfinge griega, la cual devoraba a quienes no sabían responder a su enigma, y la Esfinge egipcia, la estatua colosal de cuerpo de león y cabeza humana (como el monstruo griego del que recibe el nombre) que, de espaldas a la pirámide del rey Quefrén, de la dinastía IV, y cerca de la avenida de su complejo funerario, en la necrópolis de Guiza, representa (seguramente) a este mismo rey. <<

[123] La tumba del rey hereje, Ajenatón, no está en Deir el-Bahari sino mucho más al norte, corriente abajo, en la zona de Amarna, en dirección inversa a la del hilo narrativo general (de ahí el traslado literario de la tumba de Ajenatón al Valle de los Reyes), que es el de una remontada del Nilo, corriente arriba, en dirección sur, siendo así que estamos cuatrocientos kilómetros hacia el norte, corriente *abajo*, bastantes días *antes* de la visita narrada en los párrafos anteriores a Deir el-Bahari. <<

[124] El «rey hereje», que reinó a mediados del siglo XIV a.C., cambió su nombre de reinado de Amenofis IV a Ajenatón («Grato a Atón») cuando instauró el culto a un dios único que se manifestaba en el disco solar, Atón. Poco después cambió la capitalidad del país de Tebas a la ciudad fundada por él, Ajetatón («Horizonte de Atón»), situada en el área llamada hoy Amarna. Usualmente, Ajenatón es contemplado (y así lo ven tanto Kipling como todos los narradores que se han ocupado de él) como un visionario religioso y un reformador moral revolucionario, aunque, de modo ya sea contrapuesto, ya complementario, a veces se entiende que el dios único de Ajenatón refleja la voluntad del rey de recuperar un poder absoluto y único en contra, en particular, del poderoso sacerdocio del dios principal del panteón tradicional egipcio, Amón. El conjunto del pueblo egipcio, fuese por apego a las tradiciones o por oposición política y social a un intento de absolutismo, no se alineó con la reforma de Ajenatón, la cual quedó aniquilada ya durante el breve reinado de su hijo (hasta 2010 se le creyó su yerno) Tutankhamón, en el cambio de cuyo nombre (empezó a reinar como Tutankhatón, «Imagen Viva de Atón») se refleja el regreso al viejo culto, com Amón como dios principal, y al anterior sistema de poder. <<

[125] Hubo, en el arte de Amarna, un artista destacado, el escultor Tutmosis, que quizá orquestara la revolución artística del reinado de Ajenatón. El arte del período amarniense se desplazó de la canónica idealización estilizada y de la expresión de la serenidad a través del hieratismo del arte egipcio antiguo anterior (y posterior) hacia un vivo realismo y la representación dinámica de actividades físicas o relacionales como, por ejemplo, en la famosa escena del rey y la reina jugando con sus hijas. El propio rey fue descrito por los artistas como acentuadamente andrógino, lo cual reflejaba la fusión de lo masculino y lo femenino en la unicidad del dios Atón, y también con una estilización realista que roza lo caricaturesco, con el cráneo no ya alargado sino apepinado, el rostro desmesuradamente largo de mejillas chupadas, la barriga prominente pese a la flacura general y las extremidades fuera de las proporciones habituales en la figura humana. La reina, en cambio, su mujer, Nefertiti, quizá por una excepción idealizadora o quizá por simple realismo, está representada como una mujer de facciones y figura impecablemente regulares y armoniosas. <<

[126] Probablemente Kipling no se refiere en concreto al escultor Tutmosis, sino que utiliza como recurso narrativo la atribución del arte del período de Amarna a un único artista genial y revolucionario. <<

[127] De Deir el-Bahari, muy cerca del Valle de los Reyes, nos habíamos desplazado a Amarna, cuatrocientos kilómetros al norte, y ahora hemos deshecho camino otros tantos kilómetros hacia el sur hasta el Valle de los Reyes, cerca de Deir el-Bahari. El orden cronológico sigue supeditado al orden narrativo de la obra en su conjunto, que se corresponde con una remontada unidireccional del Nilo desde la orilla del Mediterráneo hasta el Sudán. <<

[128] Una treintena de metros. <<

[129] Kipling emplea el término francés, adoptado por la lengua inglesa, «char-à-bancs», literalmente «carro de bancos», carromato para transporte discrecional de pasajeros instalados en bancos de madera, tirado por animales o movido a motor. Tanto el vehículo como las palabras que lo designan en diferentes idiomas están en desuso. <<

[130] Vehículos de tracción animal o a motor ideados para circular sobre arena.
<<

[131] Hoy Consejo Superior de Antigüedades. En rigor, no se llamaba «departamento» sino «servicio» (originalmente su nombre fue en francés: *Service des Antiquités*). Fue fundado por el gobernante egipcio Said Pachá por consejo del egiptólogo francés Auguste Mariette, en 1858, para regular y controlar las actividades arqueológicas en Egipto y para combatir el abultado tráfico ilegal de antigüedades hacia fuera del país. Siempre dependió del Gobierno egipcio y, por lo tanto, desde 1875, si bien estuvo en gran medida gestionado por egiptólogos egipcios y franceses, dependió en la práctica de quienes controlaban a aquel Gobierno, es decir, los británicos. <<

[132] En el momento de la visita de Kipling, ni una sola tumba excavada del Valle de los Reyes había escapado del saqueo ya en tiempos antiguos. La de Tutankhamón, que sería descubierta seis años más tarde (en 1919), también había sido robada, pero los ladrones habían sido capturados y los tesoros devueltos a la tumba. Una preocupación constante de los arquitectos de las tumbas fue, en efecto, despistar a los ladrones. **<<**

[133] Shakespeare, *Macbeth*, acto V, escena 5, 21. Traducción de José María Valverde, Barcelona: Planeta, 1999. **<<**

[134] La braza (equivalente a algo menos de dos metros) es una medida náutica. Kipling la emplea para sugerir una inmersión en este ámbito densamente terrestre. <<

[135] Cosa de un metro. <<

[136] Esta parte, en el número de noviembre de 1914 de *Nash's Magazine*, se titulaba «The Dead of Old Battles» («Los muertos de viejas batallas»). A diferencia del resto de las partes de la obra, en el número del mismo mes de *Cosmopolitan Magazine* no había versos iniciales. **<<**

[137] Es decir: el viajero por el Nilo es amenazado por el desierto a lado y lado, del mismo modo que la víctima del suplicio del túnel es golpeada desde ambos lados por la doble hilera de agresores entre los que ha de desfilar. <<

[138] El desierto, en Egipto, no es tan solo una amenaza de muerte, sino que es la residencia de los muertos y una imagen de la muerte misma. La falta de vida en la «tierra roja» contrasta con la concentración de vida humana, animal y vegetal en la «tierra negra», la franja de cultivos junto al Nilo. El desierto era también, sin embargo, una formidable protección militar: el rey persa e invasor de Egipto Cambises II, desde Tebas, junto al Nilo, mandó contra el oasis de Siwa, cerca de la actual frontera de Egipto con Libia, cuyos habitantes se negaban a reconocerlo como rey, un ejército (de 50.000 hombres según Herodoto) que desapareció sin dejar rastro, posiblemente engullido por una monstruosa tormenta de arena, en 525 a.C. <<

[139] El alcance máximo de los mejores rifles o fusiles de la época, como el Springfield M1903 o el Mauser español modelo 1893, era de algo más de cuatro kilómetros, y un potente arco inglés alcanzaba (y alcanza) hasta unos pocos cientos de metros. Kipling atenúa estilizadoramente las variaciones de anchura, que en realidad son mucho mayores, desde los cero milímetros hasta los cientos de kilómetros. No tendría gran valor descriptivo hablar de una anchura media, la cual, digamos, con todo, en coincidencia aproximada con la magnitud máxima que da Kipling, viene a ser del orden de una decena o docena de kilómetros, o sea, cinco o seis por ribera. <<

[140] La península del Cabo Blanco, rematada al sur por el cabo del mismo nombre, limítrofe entre Mauritania y el Sahara Occidental, es el área continental africana más occidental. Una recta trazada desde cualquier punto de un largo tramo del Nilo hasta el Cabo Blanco pasaría, en efecto, exclusivamente por áreas despobladas del desierto del Sahara. <<

[141] La Union Castle era una naviera entonces de bastante reciente creación (1900) especializada en líneas mercantes y de pasajeros entre Europa y África. <<

[142] En este itinerario hasta la ciudad hoy pakistaní (entonces india) de Karachi, o hasta el «club Karachi» en alguna ciudad india, se cruzaría la porción del desierto del Sahara situada al este del Nilo, el desierto de Arabia y territorios desérticos de Irán, del (actual) Pakistán y (quizá, si se trata de un club en la actual India) del norte de la India. <<

[143] Unos 6.500 kilómetros. <<

[144] Cerca de 5.000 kilómetros. <<

[145] Por su ropa de colores, en contraste con el color blanco que era entonces de rigor para la ropa de los turistas en el norte de África. <<

[146] Unos cientos de metros. <<

[147] Las danzarinas de nautch, una danza erótica india y pakistaní, desprovista de significados religiosos, simbólicos o ceremoniales, ejecutada, con acompañamiento de instrumentos de percusión, tan solo para el placer de los espectadores, visten ropas muy vistosas (y a menudo muy escasas). <<

[148] Kipling emplea en todo este pasaje el recurso, irreproducible en castellano, de convertir al desierto en una entidad femenina, personalizándolo, además, mediante una mayúscula inicial. La traducción exacta, pero inviable, sería, en este punto: «como cualquier otra mujer indigna». <<

[149] Primeras palabras que dan su título a la oración matutina en la liturgia de la Iglesia anglicana. La traducción del comienzo es: «Vosotras, obras del Señor, bendecid al Señor». <<

[150] Más comúnmente, Iblis. En la religión islámica, el diablo, el príncipe de los espíritus malignos. Cuando Dios ordenó a los ángeles venerar a Adán se negó a obedecer, alegando que él estaba hecho de fuego y Adán solo de barro. Por su orgullo fue expulsado del paraíso, y juró dañar en todo lo posible a los seres humanos, en quienes veía la causa de su caída en desgracia. <<

[151] Situar el jardín del Edén en Mesopotamia es una tradición tan larga que ciertos textos de las civilizaciones de Sumer y Akkad, entre el cuarto y el tercer milenios a.C., ya aluden a una especie de paraíso. <<

[152] Entiéndase que la tierra del desierto, por cuanto que es tierra sin vida, es pura materia y, por lo tanto, está en el polo opuesto de lo espiritual. <<

[153] Kipling seguía con pasión los progresos de la navegación aérea en general y, en particular, los de la aviación. Cuando viajó a Egipto, habían pasado menos de diez años desde que los hermanos Wilbur y Orville Wright habían hecho volar por primera vez a un «más pesado que el aire» (17 de diciembre de 1903). <<

[154] Probable alusión a los vuelos en Marruecos, hacía cosa de año y medio, preparatorios de futuras líneas de pasaje, del aviador francés Henri Brégi, que el 13 de septiembre de 1911, a bordo de un avión Bréguet, voló de Casablanca a Rabat, el 19 del mismo mes de Rabat a Mequinez, y al día siguiente de Mequinez a Fez, esta vez con un pasajero a bordo. <<

[155] Algo más de 600 kilómetros. Los tres vuelos de Brégi (véase nota anterior) sumaban en total más o menos la mitad de esa distancia. <<

[156] No es restar méritos a los pioneros de la aviación el constatar que esta dramatización de Kipling responde sin duda a su entusiasmo mezclado con una información que debía haberse hinchado en la transmisión boca a boca. En sus tres vuelos en Marruecos, Brégi no estuvo en ningún momento a una distancia superior a no muchas decenas de kilómetros de una u otra ciudad importante. <<

[157] Por «regimientos sudaneses» entiéndase los regimientos angloegipcios (con oficialidad británica y clase de tropa sobre todo egipcia, pero también india y sudanesa) que participaron en las guerras del Sudán entre 1881 y los alrededores del cambio del siglo XIX al XX. En este punto empieza Kipling a desarrollar una estrategia literaria orientada a convertir las guerras del Sudán, en particular la primera (1881-1885), perdida aplastantemente por los británicos frente a los «nativos» sudaneses, en hechos remotos y fantasmales (literalmente fantasmales aquí y otra vez más adelante). <<

[158] Cosa de kilómetro y medio. <<

[159] Los tres términos son casi sinónimos, pero «donga» es empleado en Sudáfrica y «mullah» en la India. Los tres, con matices diferentes, dadas las diferentes orografías, en cuanto a dimensiones, forma, etc., designan una depresión de tierra causada por la erosión del agua. Por medio de la aparente incongruencia de triplicar, refiriéndose al desierto, la designación de surcos abiertos en la tierra por el *agua*, Kipling pone sutilmente de relieve la fluidez geológica del desierto, la variedad en formas y dimensiones de sus grietas rocosas y la fuerza y persistencia de los vientos que las han trabajado. <<

[160] En su remontada del Nilo, Kipling ha llegado a cosa de 500 kilómetros al sur del Valle de los Reyes y de Deir-el-Bahari y está ahora a unas pocas decenas de kilómetros de alcanzar la frontera sudanesa. <<

[161] Veinte metros. <<

[162] El entorno inmediato del templo cambió, medio siglo después de la visita de Kipling, cuando el templo fue desplazado entero, cortado a bloques, en 1968, a un par de centenares de metros de distancia, hasta una colina artificial de unas decenas de metros de altura, para que no quedase cubierto por las aguas del lago Nasser, generado, unos años más tarde, por el remansamiento del Nilo causado por la entrada en funcionamiento de la presa de Asuán. **<<**

[163] Cuando no se precisa de qué Ramsés se trata, o bien es una metonimia para aludir a todos y cualquiera de los reyes del antiguo Egipto o bien (como aquí) se alude a Ramsés II, de la dinastía XIX, reinante de 1290 a 1224 a.C. <<

[164] No un altar, sino el conjunto entero del doble templo fue erigido, en la primera mitad del siglo XIII a.C., en honor de Ramsés II por partida doble: como dios (el rey era divino) y como presunto vencedor en la batalla de Qadesh contra los hititas (los cuales la celebraron como victoria suya). Por la monumentalidad del templo y su emplazamiento en Nubia, Egipto hacía una demostración de poder y riqueza ante sus vecinos en el sur, los nubios, y creaba, con el templo y el complejo urbano a su alrededor, un centro de influencia y difusión de la cultura y la religión egipcias en dirección al interior de África. <<

[165] El «otro poder» distinto al de Ramsés fuera del templo es el sol naciente, el cual, sin embargo, en la ortodoxia religiosa del Egipto antiguo, no era una entidad distinta ni de Ramsés II ni de ningún faraón. Además de ser divino por sí mismo, el rey egipcio era una deidad solar: el rey vivo «era» el dios Horus como sol diurno, mientras que el rey muerto «era» Osiris como sol nocturno o subterráneo. <<

[166] Kipling emplea aquí una palabra acuñada por él, *dimmered*, construida sobre el verbo *dim*, amortiguar la intensidad (de una luz). Se entiende por el contexto que el neologismo de Kipling alude a una amortiguación no de la luminosidad, sino de la oscuridad del río. <<

[167] A unos pocos metros. <<

[168] Por debajo del nivel de las rodillas de las cuatro estatuas gigantes de Abu Simbel hay las representaciones estatuarias de distintos miembros de la familia real. <<

[169] Ayesha, la diosa-vampiresa que protagoniza *Ella* (1887), la segunda novela más popular (la primera es *Las minas del rey Salomón*) de H. Rider Haggard, gran amigo de Kipling. <<

[170] El mayor Benjamin Tidswell, allí enterrado, había muerto en campaña (en la Expedición del Nilo, enviada en socorro de Gordon asediado en Jartum), pero no en combate sino de enfermedad, en 1885. «Derviche» era el término incorrecto, pero usual, de referirse a los combatientes sudaneses del movimiento mahdista (véase nota 206). <<

[171] Es decir, el Nilo, ahora alrededor de la frontera del Sudán, ya no fluye dentro de tierras sobre las que hubiese reinado ningún faraón. <<

[172] Kipling se dispone a evocar la guerra o, mejor dicho, las guerras del Sudán, insistiendo más en la primera (1881-1885), catastrófica para los británicos pero, según la presenta Kipling, remota y fantasmal, y poniendo poco énfasis en la segunda (1896-1898), presentada como poco más que un juego y un trámite en la vuelta a una «normalidad» consistente en el dominio británico sobre los «nativos». Los «hombres blancos muertos» fueron oficiales británicos (murieron centenares, quizá unos pocos millares), estando formada la clase de tropa, en la que hubo muertos a decenas de millares, por egipcios (principalmente), indios y sudaneses no insurrectos. La guerra se libró en tres frentes, de los que Kipling evocará dos: el del valle de Nilo, en la franja central del Sudán, y el de los puertos del mar Rojo, al noreste, dejando de lado un tercer frente, el de Darfur, al oeste, provincia en la que la actividad bélica cesó poco después de la aplastante derrota del coronel austríaco-anglo-egipcio Carl Slatin ante los sudaneses en la batalla de Om Waragat (4 de noviembre de 1882). Quizá la omisión de las tropas británicas en Darfur se deba a que Slatin era prácticamente el único «hombre blanco» del ejército a su mando, cuyo grueso estaba compuesto por sudaneses de tribus no adscritas a la insurrección. <<

[173] Así lo hizo, por ejemplo, movilizando a todas sus relaciones para ser destinado desde la India al Sudán en guerra, el entonces teniente Winston Churchill. <<

[174] Puerto de la costa sudanesa del mar Rojo, único enclave que conservaron los británicos en el Sudán desde que lo evacuaron, vencidos, en 1884-1885, hasta el inicio de la segunda guerra del Sudán en 1896. Suakin fue, en aquel intervalo, la principal base británica de operaciones contra los sudaneses, aunque el general Kitchener, que dirigió la reocupación del Sudán en 1896-1898, no eligió Suakin para lanzar su ofensiva, sino el valle del Nilo. <<

[175] El olvido, un elemento más en la estrategia de Kipling de «remotizar» las guerras del Sudán, se debía a lo poco gratificante que era la primera de aquellas guerras (la de 1881-1885) para el orgullo británico. El levantamiento sudanés contra un Egipto convertido de hecho en colonia británica, encabezado por el líder religioso Mohamed Ahmed, llamado el Mahdi («el guía esperado en el camino recto», el Redentor), y después de su muerte (1885) por el califa Abdullah el Taaisha, venció repetidamente a los ejércitos británicos entre 1881 y 1898 y mantuvo la independencia del Sudán entre 1883 y 1898. <<

[176] Es decir, señalando hacia los puertos del mar Rojo, el único frente bélico que los británicos pudieron mantener activo, desde el puerto de Suakin que conservaron, después de la derrota general en la primera guerra del Sudán de 1881-1885. <<

[177] Los dos nombres propios de las guerras del Sudán más populares entre los británicos. La suerte del general Gordon, sitiado por los sudaneses en Jartum desde marzo de 1884, inquietó a la opinión pública británica hasta tal punto que el gobierno de Gladstone tuvo que rectificar su posición de no dejarse arrastrar por Gordon a una profundización del conflicto sudanés y a organizar una expedición de rescate que llegó a Jartum dos días después de que la ciudad hubiera sido tomada y Gordon hubiera muerto (26 de enero de 1885). En la batalla de Omdurmán, el 2 de septiembre de 1998, el ejército británico (26.000, general Herbert Kitchener) disponía de un armamento tan superior al de los mahdistas (quizá 50.000, califa Abdullah) que sufrió menos de medio millar de muertos y heridos por entre quince y veintitantos mil los sudaneses vencidos. El movimiento mahdista ofreció todavía una resistencia armada residual, pero el Sudán volvió a caer bajo control británico. <<

[178] En el Sudán central, el ejército de 10.000 hombres del general William Hicks fue aniquilado entre el 1.º y el 4 de noviembre de 1883 por tropas sudanesas en la batalla de El-Obeid en la primera ofensiva británica en busca de aplastar el levantamiento mahdista. En la franja costera del mar Rojo, una columna angloegipcia de 3.500 hombres bajo el mando del general Valentine («Val») Baker que se dirigía a levantar el asedio mahdista de la ciudad de Tokar fue destruida en la primera batalla de El-Teb (4 de febrero de 1884). Varias expediciones en auxilio de la guarnición británica de Tokar fueron derrotadas por las fuerzas sudanesas bajo el mando del vencedor de El-Teb, Osmán Digna, quizá el general más capaz no solo de los mahdistas sino de ambos bandos en todo el curso de la guerra. Entretanto había llegado a la costa sudanesa del mar Rojo un ejército expedicionario británico (4.500, general Gerald Graham) con la misión expresa de levantar el asedio de Tokar. El intento sudanés de explotación del éxito de El-Teb fue frustrado por el ejército de Graham, primero en la segunda batalla de El-Teb, el 29 de febrero de 1884, y después en la de Tamai (o Tamanieh) el 13 de marzo, después de la cual los habitantes británicos de Tokar y su guarnición fueron trasladados a la ciudad portuaria de Suakin. Al cabo de un año sin conseguir progresos en la ocupación de territorio, el ejército de Graham abandonó el Sudán por mar, dejando una guarnición en Suakin, población portuaria convertida en el único enclave bajo dominio británico en todo el Sudán. <<

[179] El secretario de Estado de Asuntos Exteriores en el gabinete liberal de William Gladstone que decidió la evacuación británica del Sudán. <<

[180] En 1884, cuando el gobierno Gladstone decidió la evacuación del Sudán.
<<

[181] El general Charles George Gordon, encargado de evacuar a las guarniciones británicas del Sudán, era uno de los principales enemigos de la evacuación. Sin duda con la idea de forzar a su Gobierno a lanzar una expedición de rescate que aumentase la presencia militar británica en el Sudán, se encerró en Jartum asediado por los mahdistas en marzo de 1884. Frank Power, corresponsal del *Times*, narró el asedio de Jartum desde dentro de la ciudad en una serie de colaboraciones periodísticas y cartas personales que, hasta julio, pudieron llegar a Londres, contribuyendo su publicación a movilizar a la opinión pública a favor de la expedición de rescate. El 10 de septiembre, Gordon mandó a Power Nilo abajo en un barco de vapor que fue capturado por los mahdistas, muriendo todos sus ocupantes. <<

[182] El proyecto de unir por vía férrea Suakin, en la costa del mar Rojo, y Berber, al norte de Jartum, empezó a ponerse en práctica en 1884 y fue abandonado en 1885 con tan solo unas decenas de kilómetros construidos. <<

[183] La población sudanesa de Korti fue la base avanzada de operaciones de la expedición de rescate del general Gordon, llamada Expedición del Nilo (7.000, general Garnet Wolseley). Desde Korti, corriente arriba, el Nilo traza un largo bucle hacia el nordeste antes de volver a orientarse hacia Jartum, al sur. Mientras el grueso de las tropas, siguiendo la orilla del Nilo, se alejaba temporalmente de Jartum, un destacamento de camelleros, la Columna del Desierto (2.000, general Herbert Stewart), se lanzó a través del desierto hacia el sur, en línea recta hacia Jartum, topó con una columna de intercepción sudanesa y la venció en la batalla de Abu Klea, el 17 de enero de 1885. Dos días más tarde, la columna libró otra batalla en El Gubat (o Abu Kra), en la que el general Stewart cayó mortalmente herido, sucediéndolo en el mando el coronel Charles Wilson. Debilitada, la columna se dirigió hacia el Nilo, al este, en busca de cuatro barcos de vapor enviados por Gordon Nilo abajo desde Jartum. <<

[184] El *Safieh* era uno de los cuatro vapores enviados por Gordon Nilo abajo. Los tres restantes se llamaban *Tewfikieh*, *Bordein* y *Telahawiyeh*, siendo estos dos últimos los que naufragaron cuando un destacamento de la Columna del Desierto, a bordo de ellos, al mando del oficial de marina Charles Beresford, se alejaba de Jartum tras averiguar que había caído «en las manos ensangrentadas del Mahdi». *Condor* era el nombre de una de las cañoneras a vapor de la Expedición del Nilo, junto a las llamadas *Beacon*, *Cygnet* y *Decoy*. **<<**

[185] Cuando el ejército expedicionario del general Graham se retiró, en 1885, los británicos conservaron en la costa sudanesa del mar Rojo poco más que Suakin. En 1886, fueron enviadas a Suakin nuevas tropas británicas y fue nombrado gobernador militar de la zona el coronel Herbert Kitchener, que se enfrentó a tropas sudanesas bajo el mando de Osmán Digna. Tras una cierta ampliación del enclave británico de Suakin hubo algún intento de resucitar el proyecto del tendido férreo de Suakin a Berber. <<

[186] Kipling vuelve ahora a aludir a la expedición de 1884-1885 del general Graham a la franja costera del mar Rojo. En Hashin, al norte de Suakin, el 20 de marzo de 1885, un escuadrón de lanceros bengalíes se replegó tras contener un ataque sudanés. Tres días antes, el 17 de marzo, algunas unidades de la brigada del general John McNeill estaban a medio construir una zareba (fortificación de campaña hecha con arbustos espinosos) en campo abierto cuando tuvieron que rechazar un ataque sudanés, retirándose después hasta Suakin. El 15.º [regimiento] de Sijs [de Ludhiana] participó en la acción de «la zareba de McNeill»; el «otro regimiento nativo» fue el 28.º de Infantería Nativa de Bombay, y hubo también en la batalla varias otras unidades de envergadura inferior. <<

[187] Es decir: Wadi Halfa, que había sido tan solo formalmente una ciudad fronteriza entre un Egipto y un Sudán controlados ambos por los británicos, había pasado a marcar una frontera real entre tierras bajo dominio colonial británico (Egipto) y el Sudán como primer país africano emancipado (al menos temporalmente), por medio de una guerra, de una dominación colonial. <<

[188] Acciones bélicas libradas en el frente del mar Rojo a partir de 1886, con Kitchener al mando de las fuerzas británicas de la zona y Osmán Digna al de las sudanesas. Tamai, que ya había sido escenario de una batalla el 13 de marzo de 1884, fue tomada por los británicos el 17 de marzo de 1886. En Gemaiza o Gemazieh, unas fortificaciones avanzadas de Osmán Digna en su asedio a Suakin cayeron en manos británicas el 20 de diciembre de 1888. En Handub tuvo lugar, el 17 de enero de 1888, una escaramuza en la que Kitchener recibió la única herida en combate de toda su carrera militar. Trinkitat es una población al centro del Sudán, pero hay otra de ese nombre, a la que Kipling se refiere, en la costa del mar Rojo, en cuyas playas y en cuyos alrededores hubo desembarcos, embarques y otras acciones bélicas de la guerra del Sudán. Tokar, cerca de Suakin pero tierra adentro, fue la principal base de los sudaneses al mando de Osmán Digna en sus operaciones contra las fuerzas de Kitchener hasta que la ciudad fue tomada por los británicos en 1891. <<

[189] No fue exactamente «otra generación» británica la que libró la segunda del Sudán (1896-1898), que empezó once años después del final de la primera (1881-1885), pero aquí culmina la operación literaria de Kipling de relegar la derrota británica frente a los sudaneses a un lejano pasado fantasmal. Ya desde 1892 Kitchener hacía planes para la recuperación del dominio británico sobre el Sudán, y fue en 1895 (a los diez años de la muerte de Gordon en Jartum) cuando el Gobierno británico lo autorizó a ponerlos en práctica. La expedición partió en marzo de 1896 y «marcó el ensayo» el 2 de septiembre de 1898 ganando sobre las tropas sudanesas la batalla de Omdurmán, tras la cual el Sudán cayó de nuevo bajo el dominio colonial británico. Si no se tratase de Kipling, cabría ver la metáfora rugbística como un simple desacierto literario, pero encaja demasiado bien en su estrategia de olvido y minimización de la primera guerra del Sudán. Con la atribución de las derrotas británicas en el Sudán a «otra generación» Kipling las convierte en agua pasada y, acto seguido, presenta como un «juego» la reocupación británica del Sudán, trivializando así el hecho de que un país de «nativos» hubiese vencido a las fuerzas británicas en toda una guerra, los hubiera mantenido en jaque a lo largo de cerca de dos décadas de independencia nacional y hubiese resistido durante dos años y medio al formidable ejército de Kitchener entre 1896 y 1898. El orgullo de Kipling como «hombre blanco» y como británico había de estar todavía más tocado porque el Gobierno británico, para lanzar la segunda guerra del Sudán, había tenido que firmar a toda prisa un tratado de paz entre iguales con el Gobierno del país vecino del Sudán, Etiopía, cuyo ejército había ganado otra guerra de «nativos» contra europeos, venciendo repetidamente a las fuerzas italianas (1895-1896) y aniquilándolas en la batalla de Adua (1.º de marzo de 1896), hechos todos que Kipling ni siquiera menciona. Por lo demás, con esta metáfora deliberadamente banalizadora empieza a torcerse (y se torcerá mucho) lo que queda de párrafo. <<

[190] Alusión a la creencia de que la mirada de la comadreja hipnotiza a los conejos. <<

[191] Los incondicionales de Kipling tratan de suavizar esta manifestación de antisemitismo alegando que en otros pasajes de otras obras Kipling no ve con malos ojos a los judíos, y que antes que aversión a los judíos lo que aquí muestra es simpatía por los musulmanes. Quizá hay que dar la causa de Kipling por perdida en este punto y ver este brote antisemita como una consecuencia más de los desenfoques emocionales, perceptivos, éticos, intelectuales y literarios que comportaba la defensa por parte de Kipling de un sistema imperial sostenido sobre una fantasiosa e inestable jerarquía de superioridades e inferioridades entre los seres humanos de distintas «razas» y culturas. <<

[192] El título de esta parte, en el número de diciembre de 1914 de *Nash's Magazine*, era «Sudan the Respectable» («Sudán el respetable»). <<

[193] «If you stop to find out what your wages will be / And how they will clothe and feed you, / Willie, my son, don’t you go on the Sea. / For the Sea will never need you. / If you ask for the reason of every command, / And argue with people about you, Willie, my son, don’t you go on the Land. / For the Land will do better without you. / If you stop to consider the work you have done / And to boast what your labour is worth, dear, / Angels may come for you, Willie, my son, / But you’ll never be wanted on Earth, dear!». Estos versos forman el poema «Mary’s Son» («El hijo de Mary»), compuesto por Kipling en 1911. Se publicaron, sin el título, encabezando esta parte de *El Egipto de los magos* en el número de diciembre de 1914 de *Cosmopolitan Magazine*. <<

[194] Wadi Halfa, ciudad sudanesa pocos kilómetros al sur de la frontera con Egipto, poco al norte de la segunda catarata del Nilo. Desde Asuán, donde la primera catarata del Nilo marcaba el fin del trayecto del vapor en el que viajaban, Kipling y su mujer, junto con otros turistas, viajaron hasta Wadi Halfa a lomos de asno. La ciudad que hoy lleva este nombre se construyó cuando la que visitó Kipling quedó, en los años 1970, bajo las aguas del lago Nasser, el embalse de la presa de Asuán. <<

[195] Cuando fue botado en 1854, el *Himalaya* era el vapor más grande del mundo, no siendo superado hasta 1870. Según la muestra Kipling, Wadi Halfa tiene una existencia fantasmal, lo mismo la guerra que le dio vida. Kipling no tardará en representar de nuevo la guerra del Sudán (ya lo ha hecho en el capítulo anterior) por medio de fantasmas. <<

[196] Porción del estuario del río Tamar, al sudoeste de Inglaterra. <<

[197] Cosa de kilómetro y medio. <<

[198] He aquí un buen ejemplo, entre muchos otros que no señalamos, de la aparente naturalidad con que Kipling sitúa en tiempos remotos una guerra que había empezado hacía una treintena de años y terminado hacía una docena. Es muy posible que el niño con el que está a punto de hablar («en inglés», según precisará) hubiese nacido mientras todavía duraban las operaciones bélicas en el Sudán. <<

[199] En castellano suele escribirse, simplificando, «madrasa». Escuela islámica. <<

[200] El Sudán estaba, formalmente, bajo Administración egipcia, con los británicos controlando, a través de funcionarios civiles y militares que copaban los puestos clave, tanto la Administración de Egipto como la del Sudán. <<

[201] En realidad, al matrimonio amigo formado por Neltje de Graaf, autora de libros sobre flores y pájaros, y el editor Frank Nelson Doubleday, cuyo apodo de «Effendi» procedía de Kipling. <<

[202] Mediante una pincelada de cuestionable humor negro, Kipling busca desdramatizar el acto de barbarie más sonado del general en jefe de las fuerzas británicas en la segunda guerra del Sudán. Después de la batalla de Omdurmán, en 1898, el general Kitchener hizo desenterrar el cadáver del primer y principal dirigente del movimiento de independencia sudanés, el Mahdi, arrojarlo al río después de decapitarlo y volar la tumba con pólvora. Kitchener conservó la cabeza del Mahdi con la idea de enviarla al Colegio de Cirujanos de Londres, pero tuvo que renunciar a hacerlo ante la reacción de horror de la opinión británica. La cabeza del Mahdi acabó recibiendo sepultura en una nueva tumba cuyo paradero fue mantenido en secreto por los asistentes al entierro. Winston Churchill, que participó como oficial en la campaña de Omdurmán, en su libro *The River War (La guerra del río),* admite que los actos de salvajismo por parte de las tropas británicas estaban propiciados por la percepción que se les inculcaba de que los sudaneses eran fanáticos y primitivos. <<

[203] Batalla de la guerra del Sudán ya aludida antes, librada el 17 de marzo de 1885, en la que una unidad tipo brigada de fuerzas británicas, al mando del general John McNeill, fue sorprendida a medio construir una zareba (fortificación de espinos) por atacantes sudaneses. <<

[204] Sinónimo de fez, tocado masculino de forma troncocónica, sin alas. Muchos funcionarios coloniales británicos adoptaron su uso. En sus fotografías más conocidas, los más famosos generales británicos vencidos en el Sudán (Slatin, Hicks, Baker, Gordon) llevan puesto un fez. <<

[205] «Rest-house» designaba un alojamiento temporal para funcionarios coloniales británicos de gira o con asignaciones provisionales. <<

[206] En sentido estricto, un derviche era y es un miembro de una orden mística musulmana, pero los británicos usaron el término para designar a los combatientes mahdistas sudaneses. Empleada de ese modo, la palabra tenía una doble connotación de fanatismo y primitivismo; Kipling refuerza esta última mediante la asociación con la lanza, siendo cierto, por lo demás, que los combatientes sudaneses, a cortos de armas de fuego, solían buscar el cuerpo a cuerpo provistos de armas blancas. <<

[207] Boletín anual de la administración colonial británica en el Sudán. <<

[208] Según parece, la anécdota que Kipling se dispone a contar fue realmente protagonizada por un oficial del ejército llamado Fox. **<<**

[209] O Kirklareli, ciudad al norte de Turquía. <<

[210] Nombre antiguo de la ciudad de Edirne, al norte de Turquía, a veces, como aquí, todavía empleado para designarla. <<

[211] Alusión a la guerra entre España y Estados Unidos en 1898. <<

[212] El Sudán colonial estuvo dividido en ocho provincias. Quizá Kipling les suma las divisiones administrativas del sur de Egipto, que también fueron escenarios bélicos, según él mismo ha precisado antes, desde Abu Simbel hasta la frontera sudanesa en Wadi Halfa. <<

[213] No es que Kipling se disponga a abandonar su estrategia narrativa de convertir en remota la guerra del Sudán, sino que juega con la elasticidad en la percepción del tiempo y se dispone a subrayar la eficiente rapidez de lo que denomina «la Reconstrucción». <<

[214] Si bien no debe conocerse ninguna guerra a gran escala en la que no se hayan perpetrado crímenes sexuales, la del Sudán no destacó en ese aspecto, aunque desde el bando británico se dijo que el Mahdi había abandonado su ascetismo y se había entregado desenfrenadamente a los placeres sensuales. Probablemente Kipling da por cierta esta imputación y por medio de la vaguedad la hace extensible a todo el Sudán mahdista. **<<**

[215] Frente a medio millar escaso de bajas entre las fuerzas británicas en Omdurmán, se estiman unas 15.000 bajas sudanesas, aunque hay estimaciones que las hacen subir a 10.000 muertos, 13.000 heridos y 5.000 prisioneros. La guerra del Sudán fue el teatro de varias de las batallas más mortíferas del siglo XIX: sin contar los muertos a consecuencia de heridas, las fuerzas del bando británico habían tenido unos 8.000 muertos en Om Waragat, donde se alcanzó esa cifra en unos veinte minutos, otros tantos en El Obeid, cosa de 7.000 en el asedio y toma de Jartum, y, sumando las bajas mortales sudanesas en esas mismas batallas, el número de muertos se sitúa en todos estos casos muy por encima de los 10.000. Con unas pocas salvedades (Borodino [1812], y Waterloo [1815]), las más sangrientas batallas del siglo XIX en Europa o América quedaron bastante por debajo de esa cifra sumando los muertos en combate de ambos ejércitos. En la primera guerra considerada «moderna», la guerra civil americana, por ejemplo, no hubo ni una sola batalla en la que se alcanzase esa cifra; en Gettysburg hubo algo más de 7.000, en la de Chickamauga algo menos de 4.000. Kipling escribe muy poco antes de que la primera guerra mundial cambiase las magnitudes de las cifras de bajas mortales en batalla. <<

[216] Entiéndase como un efecto retórico. En realidad, el dirigente máximo del mahdismo, el califa Abdullah, continuó ofreciendo resistencia armada a los británicos durante más de un año, hasta que fue vencido y muerto en la batalla de Umm Diwaykarat el 24 de noviembre de 1899. Osmán Digna fue capturado todavía más tarde, a comienzos de 1900. <<

[217] La batalla de Omdurmán consistió, principalmente, en cargas sudanesas repelidas por el ejército británico, el cual disponía de una superioridad de armamento tan abrumadora que, más que batalla, hubo matanza. «Los derviches», cuenta un testigo británico de la batalla, el coronel Frank Rhodes, «simplemente venían y caían muertos». <<

[218] El Sudán, claro está, no hubiera podido sostenerse ni sostener una guerra con Gran Bretaña durante las cerca de dos décadas de independencia del período mahdista sin disponer de órganos operativos de gestión colectiva. El régimen mahdista consistió en un órgano central de gestión supratribal, formado por el Mahdi y sus lugartenientes (califas y emires, servidos, cada cual, por un estado mayor de *mukuddums*), que descansaba sobre un consejo de jefes de tribu. Sobra decir que Kipling no reconoce como válido ningún sistema de gobierno para «nativos» que no sea un calco de la Administración colonial británica en la India. <<

[219] El «nuevo orden» era el restablecimiento de justamente el mismo orden contra el que el pueblo sudanés se había rebelado a comienzos de los 1880, con la diferencia de que, después de la guerra, la Administración colonial angloegipcia puso más cuidado que antes en evitar los actos y actitudes más provocadores. En el tiempo de la visita de Kipling a Wadi Halfa, por ejemplo, el gobernador británico del Sudán era (desde 1899) el general Reginald Wingate, un profundo conocedor del Sudán y de sus habitantes, autor del libro comparativamente más ponderado escrito sobre la primera guerra mahdista por un participante en ella, *Mahdism and the Egyptian Sudan [El mahdismo y el Sudán egipcio]* (1891). <<

[220] El fusil de retrocarga y una bala empleado por las fuerzas británicas en la primera guerra del Sudán (1881-1885). Gracias a las armas de esta clase tomadas a las tropas coloniales vencidas, los sudaneses dispusieron de unas decenas de miles de fusiles. En la campaña de Kitchener de 1896-1898, el fusil Martini-Henry fue empleado tan solo por los sudaneses, ya que las fuerzas británicas estaban equipadas con el entonces modernísimo Lee-Enfield (que sería empleado por el ejército británico en toda la primera guerra mundial), con el que se podían hacer cinco disparos sin recargar. <<

[221] El Snider-Enfield era un modelo de rifle más viejo que el Martini-Henry, usado todavía por algunas unidades de las fuerzas británicas en la primera guerra del Sudán. <<

[222] Es decir, la batalla de Omdurmán, en 1898. <<

[223] La resistencia sudanesa a la colonización continuó, en efecto, hasta el logro de la independencia, proclamada el 1.º de enero de 1956. Una de las fuerzas vertebradoras del movimiento independentista fue el mahdismo, recompuesto desde 1899 en lo que se llamó neomahdismo. <<

[224] Kipling creía sinceramente en la vocación altruista del imperialismo y el colonialismo británicos. Que Gran Bretaña perdiese a decenas de millares de combatientes en batallas contra los sudaneses *en beneficio de estos últimos* es, para él, comprensible y lógico por cuanto que congruente con su idea del imperio. <<

[225] En cierto modo, la futura ingratitud sudanesa hacia el paternalismo colonial británico es una profecía acertada. Las incontables divisiones, en el subcontinente sudanés, entre etnias, culturas y religiones, entre norte y sur, etcétera, fomentadas por la Administración colonial británica como medio de dominio derivaron, en el Sudán independiente (desde 1956), en diversas guerras civiles, y han conducido a la secesión como nuevo Estado del Sudán del Sur en 2011, pese a lo cual no consta que ningún sudanés del norte o del sur haya manifestado ninguna añoranza por el régimen colonial. <<